

Las mil y una noches de guerra y paz y una más

Revivir del Ave Fénix



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

**Las mil y una noches
de guerra y paz y una más**

**Las mil y una noches
de guerra y paz y una más**

Revivir del Ave Fénix

*Las mil noches de guerra y paz
y una más. Revivir del Ave Fénix*

© Consuelo Arbeláez Gómez
© Lina María Palacio Lemos
© Luisa Fernanda Santamaría
© Yenni Landázuri
© María Yomaira Agudelo Gómez

Fondo Editorial
Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición de textos:
Daniela Perrone Martínez
Andrés Felipe Soto Gaviria

Apoyo editorial:
Paula Camila Mayorga

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: septiembre, 2026
ISBN: 978-628-97637-3-7

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz de las autoras. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.

La cubierta de esta publicación fue realizada con apoyo de herramientas de inteligencia artificial.

Llevo años escuchando historias que llegan sin pedir permiso, en medio de una conversación, de una visita, de un silencio que de repente se rompe. Y, aun así, cada vez que termino de leer un testimonio como los que reúne este libro, me pasa lo mismo: me quedo un rato sin saber bien qué hacer con lo que acabo de recibir.

Eso me pasó con estas páginas.

Aquí hay mujeres que enterraron esposos, hermanos, compañeros de lucha, y que aprendieron a cargar esa historia como quien carga algo que pesa pero que no se puede soltar. Hay noches de insomnio convertidas en diario, porque el dolor, en algún momento, necesitó aprender a decirse de otra manera. Hay testimonios que llegaron hasta la Jurisdicción Especial para la Paz porque hacía falta que alguien, con toda la autoridad del Estado, dijera en voz alta lo que pasó. Hay escritura que se le pide de favor al perdón, sin que eso signifique olvidar. Y hay fotos de familia miradas una y otra vez, buscando en el gesto de unas manos entrelazadas todo lo que ya no está.

Son voces distintas, con historias distintas, y sin embargo hay algo que las une, algo que da título al libro: la manera en que Scheherazade convirtió el relato en un modo de seguir viva. Aquí también se cuenta noche tras noche. Ahora no para salvarse de un rey, sino porque contar es, de alguna forma, lo único que puede hacerse con un dolor así de grande: ponerlo afuera, dejar que otros lo vean, para que a nadie más le pase lo mismo.

En el museo tratamos de hacer algo parecido, aunque a otra escala: abrir un lugar donde estas historias puedan quedarse, sin que nadie las suavice ni las resuma. Este libro hace ese trabajo mejor que cualquier vitrina. Se lee y se entiende que la memoria no es un ejercicio del pasado, sino una manera muy concreta de seguir vivo en el presente. Se nota en cada carta que alguien se escribe a sí misma, en la ternura casi terca con la que se nombra a quienes ya no están, en la firmeza frente a la justicia, en los versos que insisten en la reconciliación aun después de todo.

Revivir del Ave Fénix. De eso se trata, al final: de levantarse de las cenizas sin fingir que no hubo fuego. Ese gesto, el de contar para no repetir, escribir para sanar sin borrar nada, es quizás lo más honesto que puede ofrecer alguien que sobrevivió a la guerra en este país.

Y lo que queda, después de leer, es una certeza sencilla: estas historias costaron algo muy caro contarlas, y llegaron hasta aquí gracias a la terquedad de no dejar que el silencio ganara.

Luis Eduardo Vieco Maya

Director del Museo Casa de la Memoria

Introducción

No había una vez. Hay y existe un país que no es lejano: es cercano, tan cercano que tiene dos mares y es la puerta de entrada al sur del continente americano.

Es un país hermoso. Como dije, lo bañan dos mares que, por sí mismos, encierran una inmensa riqueza. Tiene todos los climas y, por ende, una extraordinaria diversidad de especies animales y vegetales; posee agua en abundancia y también tantos minerales y metales que, desde sus orígenes, ha sido saqueado, robado y violentado por reyes y reinas extranjeros, de sangre azul, acostumbrados a vivir entre la oscuridad de sus palacios, sus excesos y sus hipocresías.

Vinieron a este país y a otros vecinos en busca de las riquezas que les permitieran seguir viviendo como parásitos, y aún lo harían. Pero, además de dejar un legado de sangre y muerte, también sembraron en algunos criollos la enseñanza de que era posible vivir como reyes o reinas, aunque no llevaran corona ni tuvieran sangre azul.

Esos nuevos parásitos son quienes han gobernado este país a lo largo de su historia. Como sus antecesores, lo han saqueado y han sometido a su propio pueblo bajo la apariencia de una falsa libertad y una falsa democracia, dejando, una vez más, una estela de sangre y muerte. Es en este país hermoso y diverso, que, pese a todos los esfuerzos por despojarlo, aún no han terminado de robar, donde nacimos estas mujeres.

No somos reinas, con corona o sin ella. Somos mujeres guerreras, luchadoras, madres, esposas e hijas, unidas por ese hilo de sangre, desaparición y muerte.

En este país cercano llamado Colombia hay una ciudad, la segunda más importante del país y una de las que más ha sufrido la violencia. Allí, los reyes y reinas sin corona han querido cambiar su sangre por una azul, inyectándose el color de la barbarie para parecerse aún más a sus maestros. En ese intento han cometido algunas de las peores atrocidades imaginables.

Gracias a la resistencia y la terquedad de mujeres y hombres víctimas de esas barbaries, esta historia comenzó a conocerse y a contarse, pese a los intentos por ocultarla. Como parte de esa lucha nació la Casa de la Memoria, en Medellín, como un espacio de reivindicación para las víctimas del conflicto armado en este país cercano.

Y es allí donde nace nuestra historia de juntanza.

La Casa contaba con una directora que tenía completamente claro cuál era su propósito. Trabajó con las víctimas y para ellas, y fue en ese escenario donde aparecimos nosotras.

La primera fue Rosa, hoy exiliada en España. Ella conoció a Blanca Li y así comenzó nuestra historia.

Sherezade le narraba cada noche al rey Schahriar las historias que había leído en los libros: relatos de antiguos reyes y reinas, cuentos y poemas con los que entretenía al monarca para salvar su propia vida.

Nosotras contamos, en narrativa y poesía, no lo que hemos leído ni lo que otros nos han contado, sino lo que hemos vivido, para que no se repita y para ayudar a salvar la vida de otros.

Tenemos una y mil noches de historias de amor, de miedo, de amistad, de soledad, de guerra, de esperanza y de paz. No se las contamos a los reyes ni a las reinas, sino a la gente del común; a los jóvenes que nacieron y siguen naciendo, y a quienes se les quiere ocultar la verdad a toda costa; a los indiferentes que aspiran a vivir como los reyes sin corona y prefieren creer únicamente lo que dicen los medios, porque muchos de ellos ni siquiera han leído las historias de países lejanos como el de Sherezade, donde un rey violaba y asesinaba cada noche a una joven virgen después de desposarla, como castigo por la infidelidad de su primera esposa, a quien también asesinó.

Tampoco saben que, en este país cercano, los reyes sin corona también violan, asesinan y desaparecen. No solo a doncellas, sino también a hombres, mujeres, niñas y niños, como se relata en las páginas que siguen.

Aprendiendo a resistir

Consuelo Arbeláez Gómez



Consuelo Arbeláez Gómez

Soy Consuelo Arbeláez Gómez, viuda de mi primer esposo y compañero de vida y luchas, Gabriel Jaime Santamaría Montoya, y de mi segundo esposo, Luis Evelio Orozco, otro luchador, además de la pérdida de un número considerable de mis amigos y compañeros de lucha, primero como militante de la JUCO (Juventud Comunista) y, luego, en el PCC (Partido Comunista Colombiano). Soy sobreviviente del genocidio contra la UP (Unión Patriótica) y hoy dedico mi vida a la lucha por los más necesitados y por la resistencia al dolor de las viudas e hijos de todos los ausentes por la violencia política que me tocó afrontar.



¿Para qué y por qué escribo?

Siempre me hago preguntas cuando veo unas motas de algodón blanco con sus figuras caprichosas en esa caja azul que cubre la tierra.

Son llamadas nubes y adquieren caprichosamente figuras que en nuestra comprensión las asimilamos a cualquier figura específica.

Cuando el sol radiante las ilumina, adquieren tonalidades que reflejan el arcoíris, o se tornan azules celestes o iluminan sus bordes con una luz transparente. En la medida que reciben el sol, se calientan de tal manera que comienzan a llorar y vierten sus lágrimas como lluvia sobre el planeta Tierra. Lavan los prados, jardines, pero también van lavando el dolor y la miseria que entre hermanos no hemos podido superar.

Es el mismo proceso que se desarrolla cuando nos atrevemos a escribir sobre la superficie suave de una hoja de papel. Dejamos caer lentamente con pinceladas movidas por nuestras manos, las vivencias, reflexiones, tristezas y alegrías. Las volvemos palabras surgidas de amarrar una a una las letras del abecedario, las cuales, al leerlas, están contando una historia: nuestra historia.

Esas mismas letras que en nuestra niñez, las amarrábamos para leer: mama te amo, mama me mimas. Ahora con el correr de nuestros días, con los sucesos aciagos de la violencia desgarradora que continuamente hemos padecido, nos habla de rostros con terror, de angustias, de tristezas y de ausencias grises y alargadas. Esas mismas letras nos gritan a nuestros ojos palabras como: masacres, horror, llanto, tristezas y dolor, viudas y huérfanos. Ese alfabeto ya no se ilumina como las nubes bajo el sol, las letras una a una se oscurecieron en silencio y se soltaron por el aire, galopantes como jinetes, saltando sobre montañas de campos arrasados por las transnacionales, hurgando en sus entrañas, extrayendo nuestros minerales, robando nuestros recursos naturales para el imperio invasor de turno.

Por encima de los picos de la montaña el sol se desliza escurridizo, simulando un afán, para no ver la tragedia en toda su magnitud. Los campesinos con su perro al lado y el ceño fruncido y sus manos vacías del alimento cultivado para sus familias. Se pasea el horror desatado por los latifundistas, arrebatando las tierras con la violencia y produciendo el desplazamiento hacia las ciudades.

Así, poco a poco, y el tecleo insistente del computador. Esas letras van buscando a los actores de esa historia, a los culpables de su efímera existencia en las escenas de dolor y terror, producidas por las violencias genocidas. Así se van borrando poco a poco, cada letra del abecedario que nos hable del sol, de la alegría, de nubes como algodón que nos convida recordar y a escribir, a recordar y volver a escribir. Nos empujan a buscar el olvido momentáneo y a mirar en el horizonte el colorido aleteo de las mariposas al volar en busca de un azul horizonte o una colorida flor.

Por encima de los picos de la montaña el sol se desliza escurridizo, simulando un afán, para no ver la tragedia en toda su magnitud. Los campesinos con su perro al lado y el ceño fruncido y sus manos vacías del alimento cultivado para sus familias. Se pasea el horror desatado por los latifundistas, arrebatando las tierras con la violencia y produciendo el desplazamiento hacia las ciudades.

Agosto de 2017



Demasiado resumido para dos vidas

Soy Consuelo Arbeláez Gómez, nacida en Itagüí el 22 de septiembre de 1948, hija de padre liberal gaitanista y afectado también por la violencia política. Ingresé a la JUCO (Juventud Comunista) en plena juventud y allí compartí sus ideas de justicia a través del COESIJ (Club Obrero Estudiantil de Integración Juvenil). Me inicié en el Teatro Popular y Revolucionario, comenzando por las obras de Bertolt Brecht.

Corrían los años de la posguerra al martirizado Vietnam y, por ello, formé parte de los clubes de los años 70 y de las ideas existencialistas, hasta que comencé a conocer las teorías marxistas-leninistas, la línea maoísta y soviética de aquel entonces.

Estudiaba Derecho en la Universidad Autónoma cuando decidí cortar con esta formación y aprender y beber en la antigua Unión Soviética lo que eran las ciencias políticas y económicas, lo cual afianzó más en mí la lucha por una mejor patria.

Escogí las tesis marxistas-leninistas como una opción de lucha en aquel entonces. Conocí —en medio de las luchas estudiantiles— a quien sería mi esposo y padre de mis dos hijas: Gabriel Jaime Santamaría Montoya, militante y dirigente de la JUCO en Medellín, más

tarde miembro del Comité Central del PCC. Además, él fue fundador y coordinador de la UP (Unión Patriótica) en Antioquia y diputado vicepresidente de la Asamblea Departamental de Antioquia por la UP, lugar en el cual fue asesinado el 27 de octubre de 1989.

Como militante activa de la JUCO y, más tarde, en el PC, fui profesional del trabajo dirigido del PC, en el sector metalúrgico, con el objetivo de ganar simpatizantes como activos militantes para la causa revolucionaria.

En los momentos más difíciles del país, formé parte de la Dirección Regional y del Secretariado del Partido en Medellín, desempeñando el cargo de financiera del PC al lado de Avelino Castro, hoy desaparecido, y de Mario Giraldo, ya muerto. Recuerdo que en aquella época le hicieron un atentado que nos obligó a enviarlo a la URSS para la reconstrucción de la parte inferior de su rostro. Fui la secretaria ejecutiva de la UP Departamental en Antioquia en los momentos más difíciles y en el momento del asesinato de Gabriel Jaime Santamaría, con el cual viví 17 años compartiendo alegrías, tristezas y la vida misma.

Nos conocimos todavía jóvenes. Fue en el Club Obrero Estudiantil de Integración Juvenil (COESI), en Medellín. Era el lugar de encuentro para quienes practicaban todas las modalidades del deporte y la cultura, situado en la calle Carabobo con Bolívar. Llegué a este lugar como voluntaria en los quehaceres de dicha oficina y como participante del grupo de teatro experimental con los clásicos revolucionarios de aquella época, después de mis jornadas de trabajo en una empresa.

No hubo ningún amor a primera vista; simplemente observé que, en medio de una oficina situada en el mismo lugar de dicho club, estaba él: Gabriel Jaime. Su figura alta y corpulenta siempre estaba acompañada de muchos jóvenes que yo, hasta ese momento, no entendía a qué se dedicaban. Fue Carlos Gónima, otro compañero asesinado, abogado y, más tarde, personero auxiliar del municipio de Medellín, el encargado de enlazarnos con las razones que traía para mí. Con su voz delgada me dijo un día: «Que si quiere tomar un fresco con Gabriel».

Mucho más tarde supe que todos se mofaron de Gabriel Jaime diciéndole que yo era una fiera. Y sí tenían razón. Realmente yo me salía del contexto de las mujeres dulces y tradicionales que, ante un asedio,

contestan dulzonamente que sí. Más tarde, fui invitada, a través de otro compañero, Alberto Revelo, también asesinado y quien estudiaba Derecho en la Universidad Autónoma, para ir a la casa de Gabriel Jaime.

Allí conocí ese día al maestro Jaime Santamaría Vasco, padre de Gabriel Jaime, quien también denotaba una figura recia, alta y agradable, y un paísa en toda la extensión de la palabra.

Así comenzó nuestro destino, yo con mis afanes y Gabriel Jaime con los suyos. Eran tantas las ocupaciones que manteníamos que, una vez comenzada nuestra relación y cuando solo habían transcurrido tres meses, me propuso muy seriamente que nos casáramos, porque según él: «Yo era la mujer que necesitaba. Porque yo me entregaba a todo lo que me proponía con todo y sombrero»

Se inicia entonces la fusión de dos vidas que, con alma y sombrero, nos entregamos, a través del estudio y el conocimiento de los clásicos del marxismo y el leninismo, de la filosofía, de la economía política y del materialismo histórico, a la búsqueda de una sociedad más justa y por la conquista del poder que nos llevara a cambiar las injusticias y la inequidad con la mayoría de la población, que eran los más necesitados, los más pobres y quienes solo obtenían miseria en sus malogradas vidas.

Fuimos una pareja, políticamente hablando, perfecta. Como humanos y como pareja tuvimos los mismos desaciertos que otras parejas puedan tener, solo que sorteamos las dificultades normales porque nos unían muchos otros ideales, otras metas diferentes; nuestro objetivo no era conseguir dinero, tener un trabajo bien remunerado o una casa.

Por ello, llegamos a ser profesionales del PC los dos, y el solo hecho de graduarnos en aquella época no era nuestra intención. Esto llevó a que él se graduara de ingeniero industrial diez años más tarde de haber terminado esta primera carrera en un aula, a la que llegó después de ser expulsado de la UdeA, donde llevaba tres años de Química Pura, por haber encabezado los primeros paros en aquella universidad.

Estuvimos en muchos tropeles juntos; encabezamos la dirección del primer paro nacional en los años 80. Más tarde estuvimos con la población del Oriente antioqueño, en el paro por la unificación tarifaria en la prestación de los servicios públicos y por mejores tarifas, lo cual nos valió un encarcelamiento con otros dirigentes de Sintratextil Río Negro.

Cuando no actuábamos juntos, me tocaba buscarlo en las inspecciones o en las cárceles de Medellín, porque siempre estaba al lado de los más necesitados, como en el caso de la lucha contra la contaminación de Andercol junto al barrio Tricentenario, en donde participamos juntos, pero fue a él a quien detuvieron con otros cien jóvenes más.

En otros momentos, como en la defensa de la tierra para la vivienda, por medio de las invasiones, modalidad en aquella época para quienes no tenían un rancho para vivir, izábamos la bandera nacional para que la fuerza pública respetara, y llegamos a coronar estas tareas, algunas veces acompañados por nuestra diputada del Partido Comunista, Gilma Valencia, quien nos acompañaba y elevaba su voz pidiendo respeto a esta acción de masas.

Logramos constituir una JUCO (Juventud Comunista) de masas, con influencia en las universidades y en muchas empresas de Medellín. De aquella JUCO recuerdo hoy a los jóvenes militantes asesinados dentro de la sede política en la época cuando comenzaron las amenazas y persecuciones a nuestra labor con el surgimiento de la Unión Patriótica (UP).

También ayudamos a la consolidación de la sede del Colombo Soviético y de la Casa de la Amistad con Cuba. En aquella época fueron tantas y tantas las tareas y propuestas que desarrollamos, que solo cinco años después y sin pensarlo estábamos esperando a nuestra primera hija y luego a la otra. Habíamos renunciado a tener hijos o hijas, porque considerábamos que, con ellas, nos podían hacer el daño más terrible, siendo un obstáculo para nuestra lucha por una mejor sociedad.

No nos tocó, en aquella época de luchas, conocer la nueva tecnología, ni el celular ni el computador. Cuánta ayuda nos hubiera dado esta tecnología, si con una maquinita portátil Gabriel Jaime se trasladaba a las regiones, al campo, a las veredas, y escribía telegramas, notas, denuncias y exigencias. Cuánto más hubiera podido hacer con la nueva tecnología.

Como hombre y padre, amó mucho a sus hijas y le dolía la situación de los niños con escasos recursos. Era un hombre de 24 horas de trabajo y, como se llegó a decir por otros políticos, tenía el don de la ubicuidad: estaba en muchas partes, porque de un lugar salía para otro sin descanso. Leía hasta el cansancio y el poco sueldo que a veces

ganaba lo invertía, en buena parte, en comprar todos los periódicos, libros o revistas y todo lo que pudiera leer.

Como político no tenía las mañas de la política de hoy; mostraba las cartas sobre la mesa y exponía con sinceridad y fuerza sus ideas. Era diplomático y conciliador, con una mentalidad muy abierta, y siempre propició el acercamiento y la unidad con otras fuerzas de izquierda, en donde participamos unitariamente.

Como diputado, en sus dos períodos, siempre fue respetuoso, pero firme en la exposición de sus ideas, fuerte en sus denuncias sobre las masacres o asesinatos, lo cual le mereció ser candidateado para el Senado con Bernardo Jaramillo.

Después de formada la Unión Patriótica, acontecimiento en el cual los dos participamos con anterioridad, buscando la negociación y la tregua en aquella época, nos tocó sufrir la persecución, las amenazas y los asesinatos de la gran mayoría de nuestros amigos, amigas y compañeros. A pesar de todo, nunca pensamos abandonar nuestra tierra. Sin embargo, hoy pienso por qué razón, en aquella época tan dura, solo Gabriel Jaime tenía que irse y refugiarse en el exterior, mientras yo seguía con el trabajo en la Asamblea Departamental y sola con las niñas, con amenazas, cambiando continuamente de residencia, aun después de viuda. Era como si se pensara que a las mujeres no nos pasaría nada.

La tragedia y el genocidio contra la U.P. que nos ha tocado vivir ponen de presente el precio que, generación tras generación, hemos tenido que pagar por ejercer el derecho a pensar diferente. Para mi generación queda muy claro que las élites políticas siempre han actuado y actuarán con demencia y perversidad. Por todo ello no podemos olvidar a nuestros muertos y desaparecidos, viudas, hijos y huérfanos; son semilla del actual acuerdo de paz.

Recordamos algunos de tantos que ya no están: Gabriel Jaime Santamaría Montoya, Alejandro Cárdenas, Antonio Martínez, Carlos Gónima López, Pedro Luis Valencia, Argemiro Colorado, Julio César Uribe, Pablo Córdova, Diana Cardona S., Norman Vallejo, Francisco Gaviria, Diego Arcesio Restrepo, Edilma Moreno, Alberto Restrepo, Elkin Martínez, Ramón Castillo, Hernando Gutiérrez, Jaime Nevado, Darío

Fernández, Mario Cuartas, Argemiro Correa, Alberto León Muñoz, Enoc Ocampo Núñez, Hildebrando Lora, Froilán Arango, Darío Arango, Otilia Serna y tantos y tantos más. Nuestros jóvenes de la JUCO en Medellín: Luz Marina Ramírez, María Concepción Bolívar y otros más.

Los inolvidables: Héctor Abad Gómez, Leonardo Betancur, Luis Felipe Vélez, Jesús María Valle, Ramón Emilio Arcila y muchos más defensores de derechos humanos.

En homenaje a esas memorias, me dediqué con todas mis fuerzas, así como se lo prometí a Santamaría, mi esposo, en el discurso de despedida que le hice en La Alpujarra, en la Asamblea Departamental, en donde permaneció en cámara ardiente por tres días, a organizar y ayudar a las viudas que, hasta ese momento, ya habían quedado solas y, junto con otras conocidas, como la viuda de Héctor Abad Gómez, de Carlos Gónima, de Alejandro Cárdenas, de Luis Felipe Vélez, entre muchas otras. Así, constituimos la Fundación La Alborada, con Personería Jurídica y asesoradas por algunos abogados que, para esa época, nombró la Presidencia de la República. Dicha fundación acogió a las viudas de cualquier partido político, pero víctimas de la violencia política que nos tocó vivir en esa década.

Logramos ayudas importantes, tales como 16 viviendas gratis para las viudas de los diferentes partidos políticos, tres jubilaciones para viudas de profesores de la UdeA, con la colaboración y orientación del entonces director del Consejo Administrativo de la Universidad, el exmagistrado Carlos Gaviria, hoy también ausente.

También conseguimos algunos empleos para un viudo y otras viudas, con la colaboración de Cecilia Faciolince, la viuda de Héctor Abad Gómez; atención psicológica para otras y conocer la vida de muchas de ellas que, aunque vivían con hombres luchadores, no tenían conocimiento, en su gran mayoría, del objetivo y las causas por las cuales asesinaron a sus esposos, consecuencia de la formación machista y de la ausencia de formación feminista en las mujeres de aquella época.

Debe ser difícil para cualquier ser humano imaginarse, siquiera, cómo nos tocó vivir esa época de terror, porque no todos la percibían. Aunque recordar hace que el dolor fluya como una costra adherida a la antigua herida y que removemos cuando recordamos, se siente el corazón muy

seco; los deseos de vivir son muy limitados y se comienza a reflexionar sobre el pasado, para confirmar que fueron esos pasos de antaño los que nos encaminaron a abrazar las ideas de justicia y equidad.

Hoy yo sé por qué llegué a la vida pública, al trabajo con la comunidad, a sentir pena por el dolor ajeno y alegría por el bienestar, no solo de los seres humanos, sino además por el brillo en los ojos de los perros con amo; a sentir tristeza por los niños maltratados y/o abandonados, pero también por todos los animales repudiados, maltratados y lanzados a la calle por quienes ya no los quieren, no los aman.

Gabriel Jaime y yo éramos dos revolucionarios que amábamos nuestro país y estábamos dispuestos a morir si era necesario.

En la medida en que la situación del país se complicaba, así mismo se complicaban nuestras vidas, teniendo que renunciar a seguir viviendo normalmente en nuestro núcleo familiar. No quisimos huir de nuestro país; jugábamos a escaparnos de la muerte. Era como estar en medio de la guerra, pero sin desfallecer. Siento que realmente soy sobreviviente desde antes y desde siempre.

Supimos encontrar los acechos en el diario vivir para resistir y estar en las huelgas, en el paro, en el mitin, en algunos casos juntos, él y yo, como en el segundo paro cívico del Oriente antioqueño por la unificación de las tarifas de servicios públicos, cuando fuimos detenidos con otros dirigentes cívicos y, luego de algunos días, fuimos liberados por orden de la Gobernación y por presión del pueblo.

Tuve que enfrentar el peligro con mi esposo, una detención de ambos, desandando nuestros pasos, unidos para evadir la muerte que nos acechaba con más fuerza desde la creación de la Unión Patriótica. Unas veces nos llegaban los panfletos amenazantes con letras de periódico, las mismas letras del abecedario que hoy enlazo para evocar esas situaciones dolorosas.

Cuántas veces, en los aeropuertos, ensayamos los adioses: él para el exilio, mientras yo seguía en el partido y en la Asamblea Departamental como su asesora, cumpliendo tareas, yendo a las regiones, escribiendo las denuncias sobre las situaciones de nuestros compañeros en las regiones campesinas, en el Nordeste, el Bajo Cauca, Urabá, toda Antioquia y el Valle de Aburrá.

En medio de esos continuos adioses y cambios de vivienda, adoptando medidas de seguridad para burlar a la muerte y salvar a las dos niñas que ya teníamos, y cuyas consecuencias en ellas fueron la depresión y la inestabilidad emocional.

Dejamos de ser una familia normal; habían logrado separarnos con amenazas, intervenciones del teléfono, registros de vivienda en mi ausencia y que perduraron aun después de viuda, en los apartamentos en donde vivía con mis dos hijas. De nada servía vivir en unidad cerrada con vigilancia. Entraban como si fueran invisibles, ya que ni siquiera en las porterías se daban cuenta; guardaban silencio cómplice y nos tocaba, a mis hijas y a mí, mudarnos nuevamente, buscando que ni siquiera los vecinos conocieran nuestro trajinar.

Santamaría nunca aceptó quedarse en el exterior y abandonar la lucha en su país y, además, sin nosotras, pensando en el peligro también nuestro. Cuando regresaba, nos tocaba alojarlo en hoteles o en casas de conocidos, y acortar el tiempo para que pudiera verse unos instantes con sus hijas.



Ese fatídico 27 de octubre de 1989

Ese día era como todos los días. Nadie presagiaba lo que sucedería dentro de la Asamblea Departamental, porque Gabriel Jaime Santamaría cumplía con sus labores como tribuno del pueblo, ya que era nuestro diputado por la Unión Patriótica en Antioquia.

La llamada me llegó al teléfono de la sede de la U.P. Departamental, en donde cumplía mis labores de atender a unos trabajadores metalúrgicos, militantes de la U.P.

No puedo describir lo que sentí, me tapé la boca para no gritar y, presurosa, salté al carro oficial que Gabriel Jaime me había enviado hacía diez minutos para que fuera a la Asamblea Departamental y preparáramos el plan de trabajo para el fin de semana.

Como pudimos, el conductor y yo llegamos hasta La Alpujarra. Subí corriendo las escalas y, al llegar al segundo piso, dentro del edificio de la Asamblea Departamental en donde quedaba su oficina como vicepresidente de la Asamblea, allí estaba él.

Sentado y con su mano derecha aún sostenía el teléfono. Después me enteré de que hablaba en ese momento con el personero de Apartadó.

Los 30 y más balazos disparados con ráfaga de una subametralladora *Atlanta*, la cual tenía el silenciador malo, le destrozaron el cráneo y, por ahí derecho, mis ilusiones y deseos de vivir. Los disparos llegaron hacia abajo, junto al límite exacto del escritorio en su cintura.

El que lo había asesinado era un joven imberbe, solo tenía 20 años y yacía en el piso a los pies de Gabriel Jaime, porque, cumplido su acto, los dos escoltas oficiales cumplieron con el otro plan: asesinarlo para evitar que hablara y se conociera la verdad. Pero lo más insólito fue que ese joven que mutiló nuestras esperanzas —las mías, las de mis hijas y las de un pueblo que creyó en él— era hijo de una vecina del apartamento que, entre tantos desplazamientos interurbanos que tuve que hacer, había ocupado hacía poco.

No pudo asesinarlo en ese apartamento a donde yo me había mudado con mis hijas hacía poco. Llevábamos tiempo huyendo y no podíamos vivir juntos como una familia. Éramos errantes, era imposible llevar una vida normal huyéndole a la muerte.

Nunca más nuestras vidas volvieron a ser normales, porque llevábamos en nuestro ser todo el dolor y el frío que, yo creo, solo quienes hemos vivido una situación igual podríamos sentir.

Con mi recuerdo y dolor,

Consuelo Arbeláez G.

Viuda de Gabriel Jaime Santamaría y de todos nuestros compañeros y amigos.

A los veinte años de ausencias

Cuando me llamaron para decirme que se haría un recordatorio de Gabriel Jaime Santamaría, me puse a pensar: ¿y qué podría decirles hoy después de 20 años del asesinato de Santamaría, después de 20 años de búsqueda de la verdad, de luchar con las dos hijas y de convivir por más de 17 años con quien fuera mi esposo y compañero de luchas, de buscar que mis hijas salieran adelante en sus estudios, de ganarme el pan todos los días en un lugar en el que nunca pensé hacerlo: en el ente oficial, en el Municipio de Medellín?

Sabía que irremediamente esta sería una cita con el dolor, pues tendría que tocar el hombro al señor recuerdo y decirle: «hey, venga recordemos el dolor». Recordemos todo lo que vivimos hace 20 años, cuando todavía creíamos que era posible en este atormentado país cambiar la suerte y el destino de la mayoría de los colombianos, de aquellos que se levantan sin con qué comer y que luchan por salir adelante en medio de tantas necesidades.

Sí. Era una cita con el dolor y solo el recuerdo me permitía conversar con el dolor, pues recordar a Gabriel Jaime Santamaría es volver a vivir aquellas épocas cuando tocábamos el cielo con las manos, cuando aún era posible soñar que hombro a hombro todos y todas reconstruiríamos un nuevo país en donde la injusticia y la inequidad fueran cosa del pasado.

Nunca pensamos, a pesar de todas nuestras teorías políticas y económicas, que nuestro proyecto de la Unión Patriótica fuera a ser cercenado de un solo golpe, asesinando a lo más hermoso que teníamos a nuestro lado: a nuestros compañeros, amigos de la vida, esposos, hijos, hermanos. No. Nunca olvidaremos que esta oligarquía proimperialista y egoísta, con su odio de clase en un grado tal que no permitió que nuestro proyecto alcanzara las metas.

Nuestros sueños se volvieron pesadillas con este genocidio y quedamos, quienes sobrevivimos a esta vorágine, a la deriva del camino, con nuestros sueños mutilados y nuestra fe y esperanza aplazadas.

No escatimó esta burguesía, en su voracidad, aún después de muertos nuestros compañeros, de arremeter contra nuestras militantes y dirigentes. Nos persiguió y nos tuvieron en la mira por un buen tiempo, porque seguían presumiendo que éramos peligrosos, aumentando así tanta soledad.

Por eso hoy te evoco, recuerdo y dolor, para que juntos de la mano recordemos aquella figura alta, recia, de rostro redondito, de contextura gruesa pero elegante y de una mente muy lúcida para analizar los acontecimientos, con una voz de barítono para alzar su protesta y denunciar en los recintos oficiales y en la plaza pública, a favor de los más necesitados, para denunciar los crímenes, los atropellos y las masacres como la de Segovia que se veía venir.

Sí, hoy nos cogemos de la mano, recuerdo y dolor, para traer hasta nosotros aquel recuerdo que tanto me hace sufrir cuando lo pienso, hasta dudo que haya existido.

No quisiera aceptar esta dura realidad o lo que llaman «elaborar el duelo». No me interesa olvidar; por el contrario, siempre quiero recordar quién fue Santamaría en mi vida, en la vida de mis hijas y en la vida de los colombianos y colombianas. Y es que en Santamaría tengo que recordar a todos mis amigos, amigas y compañeros que también fueron obligados a partir de este mundo, que son tantos que es mejor no mencionar sus nombres, pero que los tengo como un tatuaje en lo más hondo de mi ser, en lo que algunos llaman alma, otros espíritu o corazón.

Hoy quiero que quienes lo conocimos y compartimos con él sus anhelos, sus sueños y sus luchas, lo traigamos con su risa poco común a este recinto y le digamos: no te hemos olvidado. Aún permaneces al lado de todos los que se fueron contigo, en nuestras mentes, en nuestros anhelos diarios por una patria mejor.

¿Cuándo será? Yo personalmente veo ese túnel muy largo y no diviso esa luz que dijiste tenía que haber al final del túnel. Cuánto necesitamos de tu voz de aliento para que, como dice aquel poema de la canción, podamos decidir si sigo poniendo esta sangre en tierra.

Cuánto hubieras podido hacer con mucha más eficiencia si te hubiera tocado conocer la nueva tecnología: el computador y el celular. Si solo con tu maquinita de escribir, que cargabas cuando te dirigías

a los lugares más apartados, hacías escrito tras escrito, denuncia tras denuncia, informes, telegramas.

Cómo sería si hoy estuvieras con nosotros y tuvieras un computador portátil. Estoy segura de que no te alcanzarían las 24 horas para emitir comunicados, cuando terminabas de leer interminablemente el día y parte de la noche, cuando podías, todas las revistas, todos los periódicos, siempre con ese afán de estar informado de todo cuanto sucedía.

Cómo sería si tuvieras el celular, a cuántos rincones de la patria hubieras llegado con tus orientaciones. Cuántas distancias hubieras acortado para alcanzar a tu gente, nuestra gente, nuestro pueblo. Cuántas soledades nos hubiéramos ahorrado, cuántas lejanías hubiéramos acortado.

Cómo no recordar esos 17 años, de los cuales los últimos cinco los vivimos bajo frecuentes amenazas anónimas, llamadas telefónicas, elaborando un listado cada mes para separar direcciones diferentes, con teléfono y apoyo logístico para que pudieras dormir evadiendo la muerte.

Hoy recuerdo a aquellas personas que nada tenían que ver con la UP, sin embargo, nos ofrecían su morada, su apoyo logístico para que pudieras dormir una noche burlando el cerco de la muerte.

Aquellas personas, aquellos seres sensibles y solidarios, no los volví a ver, pero cuánta gratitud guardo para ellas, pues eran liberales o conservadores que no tenían nuestros ideales, pero comprendían la importancia de nuestra lucha y la apoyaban, así fuera en esos momentos tan aciagos que se prolongaron por cinco años. Por ello, Santamaría, cómo te dolías, ya que debido a esta situación no pudiste volver a ordenar tus lecturas. Mantenías ropa en diferentes lugares, tu presentación personal se hacía muy difícil. Amanecías hoy en una casa, mañana en otra o en un hotel, encontrándote con las niñas de manera circunstancial, cuando podía llevártelas a un hotel o a un lugar cualquiera para que pudieras hablarles.

No pudiste disfrutar la vida de hogar con tus hijas, como tampoco pudimos vivir como una pareja normal. Estos *ires y venires* nos desestabilizaron en todo sentido y eso también tiene un precio, el cual se paga en la vida en pareja y familiar. Pero te fuiste, mejor, te hicieron ir, y no pudimos seguir haciendo planes de trabajo cada

fin de semana, preparando reuniones, trazando orientaciones, ayudando a los más necesitados, pero también a los locos o a los orates, como siempre lo hacías.

Recuerdo que a Santamaría llegaban jóvenes con algún grado de locura y, después de conversar con ellos, abrazaban las ideas de la UP y se convertían en los voceadores del periódico La Voz Proletaria. Ellos hablaban de Santamaría como de un papá y le decían: «compañero, ¿qué hay que hacer?», y lo hacían con desinterés, la mayoría de las veces con el estómago vacío. Santamaría sentía alegría con ellos cuando los veía entusiasmados; eran los que más gritaban en los mítines, en las protestas. Era que el sentido de vivir los sacaba como de un letargo y les daba bríos para seguir viviendo.

Por eso nunca sabrás cuán dura es la insolidaridad de aquellos que pensamos serían los primeros en ayudarnos a las viudas, a los huérfanos. La realidad que encontramos al quedar solas con los hijos es bien fuerte. Nunca olvidaré cuando un dirigente nacional me dijo: «Consuelo, la solidaridad, por obvias razones, no te la podemos brindar».

Esa obvia razón me costó muchas noches de dolor y de reflexiones. Yo pienso que la solidaridad no tiene color político, lo mismo que el dolor. Porque si somos de un pueblo, de la clase trabajadora, no debe importar ningún sello del partido, y más en este caso, cuando se trataba de un luchador de toda la vida y de una viuda que también luchó hasta quince días antes de que lo asesinaran, enarbolando los dos una sola bandera al lado de los desvalidos. ¿Cómo podía echarse al mar tantos años de lucha y de sueños por falta de un sello en aquel momento fatídico?

Sin embargo, no fue solo mi realidad, sino la de tantas viudas e hijos, hoy ya jóvenes. He podido constatar que la mayoría también se ha preparado académicamente, que ha logrado salir adelante o lo está haciendo, porque han tenido unas mamás que en medio del dolor los han empujado a seguir adelante.

Para Santamaría se volvió una preocupación muy grande la situación de las mujeres viudas de los compañeros, y recuerdo cuando me decía: «Mija, ¿qué podemos hacer por ellas?».

El que siempre había sido solidario con la toma por la vivienda, en los paros cívicos como el del oriente antioqueño en el cual se dejó encarcelar para acompañarme en la detención que me hicieron con otros cinco compañeros dirigentes de Sintratextil Rionegro en el año 1981, historia que, contada, no habló sino de los hombres detenidos. Con el paro de Itagüí, en donde detuvieron a más de 100 activistas y entre ellos a cuatro mujeres, entre las cuales estaba una de mis hermanas, su cuñada. En la toma de la autopista Medellín-Bogotá por exigir la descontaminación del barrio Tricentenario, lo cual le valió la detención con otros 100 jóvenes.

Solamente cuando mueres, Santamaría, reflexiono más y me dedico —como así te lo había prometido en el discurso de despedida en La Alpujarra, en la Asamblea Departamental de Medellín— a organizar las viudas de ese momento. Y con otras viudas como la de Héctor Abad Gómez, Carlos Gónima, Alejandro Cárdenas, Luis Felipe Vélez, entre otras, fundamos la organización Fundación La Alborada, con personería jurídica, que acogía a las viudas de cualquier partido político, pero víctimas de la violencia política de esa década que nos tocó sufrir.

Entre los logros que obtuvimos podemos contar la consecución de 16 viviendas para 16 viudas que no poseían, por intermedio de la Vicepresidencia de los Derechos Humanos de la Presidencia de la República creada en aquel entonces, algunas asistencias psicológicas y, además, jubilaciones para quienes eran viudas de profesores de la Universidad de Antioquia.

Valga mencionar en este último la gran ayuda que, en aquella época, con una buena asesoría, me brindó el Dr. Carlos Gaviria, quien era del Concejo de Profesores de la Universidad de Antioquia, orientación para buscar los requisitos que se exigían para lograr las jubilaciones. Nunca olvidaré que fue muy solidario con nosotras. Pero también existen otras viudas que aún luchan por hacer de sus hijos e hijas personas preparadas académicamente y no han podido hacerlo. Son las familias desplazadas que habitan lugares de alto riesgo en Medellín en condiciones mínimas; no poseen vivienda digna y no solo fueron desplazadas del afecto de su esposo o compañero, o de un hijo, sino también desplazadas de su terruño y no poseen ni una mínima pensión.

Hoy, cuando fluye nuevamente el dolor como una costra en la antigua herida, la cual removemos cada que recordamos, sentimos el corazón seco, los deseos de vivir son muy limitados. Casi puedo confesarles que, contrario a muchos y muchas que gritan y gritan con ahínco que sí, que saldremos adelante, yo miro la vida de una manera diferente, soy menos optimista, casi que se vuelve al existencialismo.

Analizo con más serenidad y mayor reflexión lo que hicimos, y a veces no encuentro justificación por no haber estado más tiempo al lado de mis hijas, aún pequeñas, por dedicarme a la lucha por una mejor vida para todos y todas.

Me parece que se hace necesario dosificar el tiempo para la brega pública y para la brega privada. También en la lucha lograr formar hijos e hijas positivos y con alegría para vivir y ayudar a otros.

La esfera privada, o la esfera doméstica, pesa mucho más en quienes quedamos viudas de la presencia física y de los afectos de nuestros compañeros, pues quedamos a la deriva y en la búsqueda de un futuro, muy solas, aún, si se llega a tener un nuevo compañero, no podremos olvidar que se nos desmoronó no solo nuestros sueños y anhelos de un cambio en nuestro país, sino también lo afectivo, además de lo económico y eso es un obstáculo para preparar a los hijos.

Algún día, si logramos reconstruir esta Patria tan martirizada, espero podamos recoger experiencias no solo positivas, sino también las negativas como errores que no puede cometer ningún movimiento revolucionario o de avanzada, democrático si se quiere, para la reconstrucción o logro de una mejor vida para todos y todas.

Es posible que hoy esperaran solo una tímida conferencia para recordar, pero quise regalarles mi dolor y mi tristeza en este día de recordación, que es también el de muchas y muchos en nuestro país, teniendo en cuenta que lo privado también es político.

Porque, además, creo que es necesario reconstruir también nuestra parte interna, nuestro yo, que ha sido tan olvidado por cada uno y una de nosotros por otros momentos públicos.

Como la vida es una huella de triunfos y fracasos, de amor y de dolor, quise hablarles de lo que vivimos muchas y muchos al lado de Santamaría, porque hay mucho dolor por lo que vivimos y porque, así

como hay tiempo para todo, hoy es el tiempo de recordar, pues aunque al recordar nos vuelva a doler, esto solo fue posible aceptando que el recuerdo nos trajera el dolor.

Termino con un aparte de un poema de Mario Benedetti que dice: «Para saber qué será de nosotros habrá que mirarnos cara a cara y eso será difícil para todos, para los desollados en el cráter, para los calcinados en la ladera, para lo que la lava le pasó al ladito, para los que quedaron a salvar la muerte, para los que se fueron obligados y grises».

Con mis recuerdos de la mano del dolor.

Escrito el 27 de octubre, a los 20 años de la ausencia.

Otra ausencia dolorosa: 27 de septiembre de 2024

Llevaba 24 septiembres cumpliendo años al lado de su figura serena, calmada, conciliadora en las dificultades. No en vano había sido líder desde su juventud.

Llegó a ser el representante de los trabajadores, sus compañeros en su empresa de trabajo; así mismo fue el representante, en la universidad, de sus compañeros estudiantes de Derecho. Compartimos 25 años de vida, de luchas, de alegrías, de tristezas por la ausencia sistemática de nuestros familiares, amigos o compañeros de lucha.

Su vida siempre había estado impregnada por la lucha y el entusiasmo para resolver las dificultades de su niñez, por ser hijo de madre soltera y tener que compartir sus años de adolescencia en la casa de un tío exmilitar, duro con sus años normales de vivencias.

Esas penalidades y dificultades forjaron su carácter, le dieron alas para volar alto y buscar, más tarde, vivir en independencia. Así mismo, lo llevaron a forjar una relación de pareja demasiado rápido para sus años.

Los destinos de la vida y las decisiones personales lo empujaron también a vivir solo después. Fue en esas soledades cuando se forjaron otros lazos de unión con mis soledades también.

Así comenzamos a vivir unos amaneceres juntos y a compartir penas y alegrías, pero siempre con su brazo cálido como sostén para las tristezas que yo arrastraba conmigo como producto de mi anterior vida, que me dejó la pérdida de mi primer esposo y padre de mis hijas menores.

Realmente fue una vida cálida, con las preocupaciones propias de cualquier pareja que le toca afrontar y resolver las preocupaciones diarias, pero con el aliciente del trabajo de los dos para sostener el hogar.

Todo era normal, hasta que un día fatídico él comenzó a sentirse mal de salud y, en esos ires y venires con la EPS, su estado se fue deteriorando cada vez más, hasta llegar al terrible día de la verdad: tenía cáncer en la laringe, con metástasis en los pulmones.

Sucedió lo inminente: tener que aceptar que esa vida se escapaba de su cuerpo, de mi vida y de la de mis hijas. Así llegó el día 22 de septiembre, día de mi cumpleaños, el cual siempre celebrábamos

juntos. Pero ese día él se encontraba ya con un diagnóstico pésimo, situación que siempre resolvía diciéndome: «No te preocupes, yo de esta salgo», y alzaba su brazo como una señal de victoria.

Ese 22 de septiembre estábamos con mi hija Luisa, quien me ayudó mucho en su enfermedad. Evelio se encontraba sentado en las afueras de la casa, recibiendo los rayos del sol para que le calentaran no solo su cuerpo, sino su espíritu, y hubo un momento en que le pidió a Luisa que cortara flores del jardín y las amarrara en un ramo.

Luego, oigo que me llaman y él, Evelio, con su cabeza hace un gesto de llamado, invitándome a acercarme. Y entonces, a la vez que me entrega el ramo, agacha su cabeza, con su rostro estremecido, y la apoya sobre mi brazo para que yo no viera su llanto.

Siempre, en los momentos difíciles, he asumido una posición silenciosa, pues el horror que me llena el cuerpo me empuja a internarme en mi silencio interior.

Ese día fue terrible para mí; era el primer cumpleaños que nos encontrábamos en esas circunstancias tan dolorosas. En una tristeza silenciosa que los dos albergábamos internamente, sin expresarla externamente. No en vano, a los cinco días siguientes, y después de cuatro días de quimioterapia, en una madrugada fatídica me tocó llevarlo a urgencias.

Allí, después de todo un día con los ojos abiertos, estiró su brazo hacia mí y luego el otro, como despidiéndose y, como aterrorizado, cerró sus ojos. Supe que un paro respiratorio se lo había llevado; se lo llevó de una manera tan pausada que su energía y presencia volaban a otras esferas del universo ese fatídico 27 de septiembre.

Sentí que se había derrumbado mi vida, que mi energía también se derrumbaba, que estaba sola, inmensamente sola en este mundo y que no había la posibilidad de comenzar de nuevo, así, tan sola, sin horizontes y sin la posibilidad de seguir luchando por un mundo mejor, si no tenía ese brazo fuerte y solidario que me levantaba y empujaba cuando me sentía desfallecer.

Fue ese mi primer cumpleaños doloroso y con un pronóstico silencioso, pero adivinado, el cual significaba que nunca más habría cumpleaños de vida juntos.

Desde ese día no me interesa saber que llegarán más 22 de septiembre a mi vida, porque no tendré su figura y sus brazos para levantarme si desfallezco, ni para sentir su calor ante la frialdad de este mundo tan descompensado con los seres humanos, pero también con los animales.

Que tu paz algún día llegue a mi vida es lo único que deseo para seguir viviendo así, tan sola, sin ti.

Hasta siempre,

Consuelo Arbeláez, pero sin consuelo.

Medellín, 11 de julio de 2025.



Carta a la que fui

Querida Consuelo:

Te escribo desde el silencio que dejan los que ya no están. Desde el eco de tantas voces que alguna vez me rodearon y que ahora me hablan solo en el murmullo de la memoria. Te escribo desde el tiempo en que el cuerpo aprendió a sostener la ausencia sin quebrarse, desde un lugar donde el dolor se volvió parte del paisaje y, sin embargo, todavía florecen la ternura y la esperanza.

Han pasado muchos años desde aquella mujer de 47, de paso firme y mirada encendida, que todavía creía que las causas justas bastaban para sostener la vida. Hoy sé que la justicia, aunque indispensable, no alcanza por sí sola: se necesita también el amor, la paciencia y esa obstinada capacidad de seguir caminando aun cuando el horizonte parece borrarse. Te recuerdo, Consuelo, con la fuerza de quien todavía se atreve a pronunciar nombres, a defender la memoria, a desafiar el miedo que intentaba instalarse en los días.

A veces me pregunto si aquella mujer de 47 años sabía realmente cuánto peso llevaba sobre los hombros. Si intuía que cada paso que daba no era solo suyo, sino de todos los que la habían precedido, de los que fueron silenciados, de los que ya no podían hablar. En tus manos, sin que lo advirtieras, cargabas fragmentos de una memoria colectiva, de una historia rota que tú insistías en remendar con palabras, con abrazos, con acciones pequeñas pero firmes.

Recuerdo tu manera de mirar el país: no con ingenuidad, sino con esa mezcla de tristeza y esperanza que solo tienen quienes han visto lo peor del ser humano y, aun así, eligen seguir creyendo. A veces, cuando las noticias se volvían insoportables, te refugiabas en la escritura, en la costura, en los gestos mínimos de ternura que salvaban el día. Esa era tu forma de resistir. Tu manera silenciosa de decirle al mundo que todavía valía la pena estar viva.

Tú venías de un tiempo duro, de una historia que se escribió con sangre y coraje. Habías visto caer a compañeros, a amigos, a amores. Habías

sobrevivido a la incertidumbre, al miedo, al exilio, a las amenazas que te robaban el sueño. Y, aun así, seguías allí: levantándote cada mañana con la convicción de que la vida, incluso en medio del horror, debía ser defendida. Esa terquedad tuya —esa fe obstinada en la dignidad— fue lo que te mantuvo de pie cuando todo parecía perdido.

En tu mirada se mezclaban los fantasmas del pasado y la luz del porvenir. Habías aprendido que recordar no era un acto de nostalgia, sino de justicia. Recordar era devolverles el rostro y la voz a quienes habían querido borrar. Por eso escribías, por eso hablábamos tanto de la memoria: porque sabías que el olvido era una segunda muerte y tú no ibas a permitir que la historia se repitiera en silencio.

Ahora, al mirar hacia atrás, quiero abrazarte con ternura. Quiero decirte que hiciste lo que debías, incluso cuando dudabas, incluso cuando temías estar perdiendo la fe. Quiero que sepas que tu dolor no fue en vano. Que las ausencias que te marcaron no fueron solo heridas, sino raíces: de ellas brotó la fuerza que hoy me sostiene.

Recuerdo aquel año en que todo pareció detenerse. Cuando la muerte volvió a tocar tu puerta, no como amenaza política, sino como destino íntimo. Tu segundo esposo —compañero de caminos, de días tranquilos y de silencios compartidos— partió, dejándote un vacío que ninguna consigna podía llenar. Fue otro tipo de dolor: más hondo, más callado, más doméstico. No había enemigos visibles, no había lucha que emprender, solo el peso inmenso de la soledad.

Lloraste en silencio, Consuelo. No como quien se rinde, sino como quien se purifica. Te dolió su partida, sí, pero también te dolieron todos los que antes se habían ido, como si su muerte encendiera de nuevo la memoria de las otras pérdidas. Fue entonces cuando comprendiste que el duelo no termina, solo cambia de forma: que los muertos viven en nosotros, en la manera en que nombramos, en cómo cuidamos, en lo que defendemos.

Aprendiste, a través del amor y la pérdida, que la memoria no es un museo de dolores, sino un jardín donde las ausencias florecen. Que recordar no es quedarse en el pasado, sino honrarlo con la vida presente. Y que, aunque a veces el alma se sienta cansada, siempre hay algo — una palabra, una mirada, una causa, una hija— que te invita a seguir.

Eras y sigues siendo una mujer de convicciones firmes, pero de corazón tierno. Una mujer que no se permitió el lujo del odio, aunque tuvo razones para sentirlo. Que entendió que la justicia sin amor se vuelve fría y que el amor sin justicia se vuelve ciego. Esa lección, que el dolor te enseñó con dureza, es la que hoy guía mis pasos.

Si pudieras verme ahora, creo que te sentirías orgullosa. No porque todo haya salido bien, nunca fue así, sino porque has sido fiel a tu esencia. Has aprendido a vivir con los huecos, a habitar la ausencia sin dejar que te devore. Has hecho de la memoria una forma de ternura y del recuerdo una manera de seguir amando.

A veces, cuando el viento sopla fuerte y me trae el eco de viejas canciones, cierro los ojos y te veo. Te veo en esa Consuelo que camina por las calles con paso sereno, que habla despacio, pero con firmeza, que abraza a los suyos como si cada abrazo fuera un acto de resistencia. Y entonces entiendo que no hay distancia entre nosotras: que la mujer que fui y la que soy se encuentran en ese punto donde el amor vence al miedo y la memoria se convierte en esperanza.

Recuerdo también tus manos incansables, esas que no solo escribían, sino que sostenían, curaban, alimentaban. Tus días se repartían entre el trabajo con la comunidad, las reuniones, las marchas, las palabras que buscaban hacer visible lo que tantos querían esconder. En medio del cansancio, encontrabas en tus hijas la ternura que te devolvía al sentido. Ellas, con su mirada limpia y su impulso creador, recogieron tus banderas, tejieron tu legado y lo transformaron en arte, en memoria viva. Fue su manera de decirte: «No estás sola, mamá. La historia sigue latiendo». Y tú, viéndola andar, supiste que nada había sido en vano.

Tu vida fue, y sigue siendo, un ejercicio de fidelidad: a los tuyos, a tus convicciones, a esa idea de justicia que no se negocia, aunque duela. Fuiste testigo de tiempos oscuros, pero también sembradora de luz. A tu alrededor, muchos callaron; tú elegiste hablar, escribir, recordar. Convertiste la pérdida en palabra, la rabia en acción, el amor en una forma de resistencia. De eso está hecha tu historia: de dolor, sí, pero también de una esperanza que no se rinde.

Hoy quiero que sepas que todo ese camino ha tenido sentido. Que los nombres que pronunciabas siguen vivos en la memoria de quienes

aprendimos a escuchar. Que las lágrimas que derramaste han regado la tierra donde nuevas voces florecen. Y que incluso los silencios — esos silencios que parecían vacíos— guardaban la semilla de lo que somos ahora. Gracias por tu fuerza, por tu ternura, por haber creído cuando muchos dejaron de hacerlo.

Si pudiera abrazarte ahora, lo haría despacio, como quien cierra un círculo. Te diría que el dolor se ha vuelto más manso, que los recuerdos ya no hieren: acarician. Que seguimos caminando, con tus pasos y los de todos los que amaste. Que la memoria, al final, no pesa: sostiene.

Y que cada vez que escribo tu nombre, Consuelo, no lo hago para recordar el pasado, sino para celebrar la vida que sigue latiendo en ti.

Con amor, gratitud y esperanza,
La que eres ahora...



Y sigo intacta...

Lina María Palacio Lemos



Lina María Palacio Lemos

Mujer lesbiana, autista, lideresa social, docente y escritora. Su lucha es por los derechos humanos de la población LGBTQ+, las víctimas del conflicto armado en Colombia, las mujeres sobrevivientes de la trata de personas y la protección de los niños, niñas y adolescentes de explotación sexual y reclutamiento. Es cofundadora de la organización de mujeres sobrevivientes y diversas AVE FÉNIX, la cual se encarga de ayudar a sanar, proteger y denunciar la violencia en el marco del conflicto armado a través de la escritura, la denuncia y la sanación emocional. Hizo parte del legado de la Comisión de la Verdad en el capítulo LGBTQ+. Su vida ha transcurrido alzando la voz por la defensa, protección y cuidado. Autora de Cáncer del alma, El verdugo ¿también llora? e Hilos de sangre.

Después del infierno: fragmentos de un diario

Fragmentos de un diario

Junio, 2012

Lunes 07:50 a. m.

Sigo viva, no sé si sea bueno o malo, pero acá estoy con mi alma sangrando. Me levanté con dolor de cabeza, no quiero llamar a la enfermera, no quiero que entre nadie, pero es difícil en una habitación compartida de un hospital de bajos recursos.

¡Sigo viva! Y le pongo estos signos, pero realmente no lo digo con un sentir en específico. No siento nada.

Sigo viva (estoy gritando en mi cabeza).

Escribo esto como quien prueba si la tinta de mi lapicero todavía sale.

No recuerdo todos los rostros, creo que mi mente decidió protegerme. Pero recuerdo el ruido, el peso del odio, los sollozos de mi hija, los gritos, el sabor de la palabra «castigo» repetida como si fuera una oración.

No fue un castigo.

Lo escribo con tinta azul para que no se me olvide, esto fue violencia. Malparidos, me violaron.

Mi cuerpo duele en lugares que no sabía que existían, pero lo que más duele no es mi cuerpo físico, es la sensación de haber sido arrancada de mí, la sensación de suciedad, de asco y de miedo.

Me miro las manos, siguen siendo más, jum... eso me sorprende.

Tengo mucha rabia, odio este mundo.

Escucho pasos, ya no es hora de escribir.

A lo lejos escucho ruidos, llantos, niños que corren sonrientes, felices entran al consultorio de vacunación con la promesa de un dulce. Cinco minutos después se escucha un grito escueto y sin respiración, la voz de la madre mimosa intenta calmar a la pequeña exfeliz. Me identifico con ella: en un momento estás en la vida feliz, sonriente con sus sueños revoloteando por el aire y en menos de lo que piensas, te encuentras en una sala de hospitalización, esperando tu turno para

hacerte unos exámenes, para saber si esa tarde esos seis tipos te pegaron gonorrea, sífilis o sida, o peor: si estás preñada.

Lloro, me duele todo, no puedo sentarme bien, me levanto, camino, me duelen mis entrañas... Tengo hambre, pero debo esperar a que extraigan, como vampiros, uno o dos, o quizás tres tubos de mi sangre tal vez contaminada.

Entra la enfermera y con voz melancólica me pregunta: «¿cómo te sientes?». Le sonrío sin sentirlo. Sobó mi brazo y se fue.

11:05 p. m.

Me acuesto con mis manos llenas de agujeros, tres tubos, una citología y una prueba de ETS. Estoy más adolorida y con mi dolor oloroso a médico.

Martes, 3:30 a. m.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo. La habitación en penumbra y un silencio que me entraba por los poros de la piel, me confirmaban una soledad martillante. Miré a todos lados, pero no había nada, la habitación estaba sola, ni siquiera yo contaba como algo vivo; era como un objeto más, inanimada, inerte, exinanida.

Me levanté de la cama y encendí la luz. Temía a la oscuridad, aunque creo temerle más a la oscuridad de mi alma. No podía dormir, así que tomé agua y me senté a escribir. Las palabras me estaban ahogando, me las imaginaba peleando por salir en un tumulto desbordante, y así las plasmaba incoherentes, delirantes, no sabía qué significaban, no las entendía, quizás por el desorden en que salieron, quizás se sentían morir allá adentro.

«Tengo miedo no dormir quiero morir por que a mí me pasa a mi todo esto, me odio, los odio, que me pasa... que sucederme».

Las palabras son el escape del dolor, del amor, de la alegría, del miedo, de la frustración.

Miércoles, 6:34 a. m.

No era nada, solo silencio y penumbra.

Viernes, 3:23 a. m.

Estoy deambulando por la calle. Qué paz, qué tranquila la noche. La soledad se vuelve el aliciente de mis temores, camino sin rumbo, parezco un alma en pena: qué busca mi alma, qué busca mi pensar, me temo, me huyo, me evito, pero mi temor ronda en mis recuerdos, en mi piel.

Lunes 2:15 a. m.

La rabia otra vez llegó hoy, entró sin tocar la puerta.

Rabia porque usaron la palabra «lesbiana» como si fuera un delito, rabia porque quisieron «corregirme», rabia porque creyeron que el amor entre mujeres necesita disciplina armada.

Me dijeron que después de eso «se me iba a quitar». ¿Qué se me iba a quitar? ¿Lo lesbiana? Jum..., no creo, nació conmigo, lo llevo en mi sangre, en mi cuerpo, en mi esencia, es como un lunar, y eso no se irá.

Hoy pensé en ella, en su sonrisa tenue, en su carcajada estruendosa, en su cuerpo, en cómo me sostenía la mirada sin miedo. No, no se me quitó. Eso también me da rabia y orgullo.

Miércoles, 1:57 a. m.

No puedo dormir, temo cerrar mis ojos y encontrarme con sus miradas, con ese olor, con sus fusiles.

¿Por qué no tengo amnesia?

Jueves, 2:37 a. m.

Soñé con botas, desperté con el corazón disparado, me palpitaba a mil.

El infierno no es un lugar, es un recuerdo que regresa cuando el mundo se queda en silencio. Fui al espejo, esperaba ver una sonrisa, pero solo vi unas ojeras, mis ojos hinchados de llorar, vi a una víctima.

Vi a una mujer rota y respirando al mismo tiempo. Respirar se volvió mi acto de resistencia.

Viernes, 9:35 a. m.

Estoy acá en Belencito, sentada, esperando un mercado. Mis hijos esperan que llegue con algo, porque no he tenido tiempo de buscar trabajo, solo de llorar. Todo se quedó allá en esa casa, malditos, ojalá

se pudran, miro a mi alrededor y solo veo penurias, rostros desolados, tristes, hambrientos. No quiero estar acá.

No quiero su miseria, su lástima, también los odio, no nos protegen y después vienen con su limosna a reivindicarse.

Ayer pensé en ellos, en cómo podría conseguir una granada y tirárselas allá. Que se pudran.

Mis hijos tienen comida, no fue tan malo, me trataron bien.

Sábado, 3:25 a. m.

Hoy estuve con Gloria, la psicóloga, es lo único humano que me hace salir de la cama, me dijo que tenía un grupo de víctimas de violencia sexual. Entré a ese tal grupo de víctimas.

Domingo, 11.15 a. m.

Hoy dije en voz alta: «Soy lesbiana». Todas me miraron, todas me escucharon, no fue un discurso, no hubo aplausos, solo mi cuarto y mi voz temblando, la palabra salió herida, pero salió.

Me pregunto si algún día podré dejar que alguien me toque sin que mi piel encienda una alarma, no lo sé todavía. Me duele el ser y, a veces, a veces me deja de rodillas, me apaga. Mis labios están resacos de llorar, pero sigo aquí. Aunque ellos intentaron convertirme en silencio, quisiera gritarles que no lo lograron.

Martes, 2:00 a. m.

Hoy han pasado ya 61 días.

Hoy también dije en voz alta: «Soy lesbiana», pero esta vez en el grupo. Todas me miraron, todas me escucharon, tampoco fue un discurso, y tampoco hubo aplausos, pero se sintió bien saber que no me apagaron del todo.

Jueves, 3:00 p. m.

Hay días en que la culpa intenta sentarse a mi mesa, como hoy. No la saco, quizás no provoqué nada, o quizás lo provoqué todo. No merecía nada, o quizás me merecía todo.

Ser lesbiana no es un desafío, es una verdad.

Sé que intentaron quebrarme el deseo, pero sigo siendo terca, mi corazón sigue latiendo por ellas, por las mujeres, eso no lo pudieron torcer. Quisiera decirles que eso no funciona, gritarle a cada grupo, soldado, u hombre que no, que violar a una mujer no la hace más mujer, que violar a una mujer o a un hombre trans no les va a hacer hombre o mujer. No vamos a cambiar la forma de amar, ni de respirar, ni de sentir, ni de vibrar, solo nos lastimarán, pero esa llama seguirá ahí. En cambio, ustedes, basuritas, su alma no valdrá nada, cada violación cavará un hueco más profundo en sus mentes, sus almas y sus hombrías marchitas.

Siento que viví un infierno, pero lo duro es vivir después del infierno, porque es aprender a habitar un cuerpo que fue campo de batalla y convertirlo, poco a poco, en territorio propio, amado, aceptado y perdonado otra vez otra vez. No estoy intacta, eso lo sé, temo mirarme al espejo, sí, mucho, pero estoy consciente y eso, para ellos, sí que es derrota.

Viernes, 11:59 a. m.

Hoy caminé sola por la calle, parece algo mínimo, pero mi cuerpo iba alerta, midiendo sombras, calculando pasos detrás de mí. No es paranoia, es miedo el miedo que tengo en mi memoria.

Temo, tiemblo, lloro. La guerra no siempre suena a disparos, a veces suena a botas que no están, pero que mi corazón insiste en escuchar.

Me detuve frente a una vitrina, me vi reflejada junto a la ciudad. Medellín sigue viva, mientras yo me consumo, el mundo no se detuvo el día que intentaron borrarle. ¿Será qué lo lograron?

Me dio rabia que el mundo no se detuviera. También los odio. Qué ironía, porque luego entendí algo: yo tampoco me detuve.

Domingo, 5:56 a. m.

Anoche no pude dormir y sigo sintiendo rabia por eso, siento que hasta el sueño me robaron, aunque para ser sincera, hace mucho tiempo lo perdí. Fui a la reunión con las otras mujeres, las escuché reír a través del cristal. Siento que las odio porque las escuché contar sus historias, pero reían.

Falsas, pensé, mientras despacio y tímidamente cruzaba la puerta, eran unas historias muy parecidas en la raíz, la misma táctica de todos los bandos... Violencia usada como herramienta de corrección, como mensaje, como advertencia.

Una de ellas dijo: «No somos lo que nos hicieron. Somos lo que decidimos hacer después».

Hipócritas, pensé, y me dio mucha rabia.

Las veía reírse, no sufrían, no lloraban, no sentían el mundo hundirse bajo sus pies, a lo mejor no les pasó nada, solo fingen, pero: ¿para qué? ¿por qué? Aunque sentí que esa frase me golpeó el pecho por dentro: «Después». «Después» es una palabra inmensa. «Después» no es olvido, «después» es miedo, terror, desespero y más infierno.

2013

Martes, 1:23 a. m.

Estoy deseando dormir, pero mis ojos se resisten a cerrarse; qué temor tan grande invade mi ser. Cómo dormir si están en mi mente, siento su respiración en mis pechos, en mi cuello, en mi ser... trato de cerrarlos pensando en ti, mi bella Oriana, pero ellos, como ninjas alocados, te alejan a patadas de mi pensamiento...

«¡No te vayas!», grito, mientras descubro que estoy sola en esto que se hace llamar habitación.

Miércoles, 3:33 a. m.

No he de derramar una lágrima más, aunque el dolor me invada, aunque la incertidumbre me agobie, ¿dónde estarán mis impuestos, señor Estado, acaso no me alcanzan para pagar un escudo o no lo merezco por ser una ciudadana de a pie?

¿Por qué he de vivir oculta, si la madre tierra es de todos, por qué temerle al fusil, si he de volver a ti, tierra querida?

¿Por qué correr si el dolor estanca el ser? He de morir cuando tenga que morir, quizás no han de extrañarme, pero he de morir, sin dolores o con ellos, pero he de morir, sin esperanzas o con ellas, pero he de morir.

¿Qué más queréis de mí, guerra maldita?, ¿qué más queréis de mí, seres infames? No te bastó con mi feminidad, no te bastó con mi dignidad, con mi paz, mi amor y mi tranquilidad, queréis llevarte mi vida, pues tomadla maldita zozobra; tomadla, hombres torpemente creedores de poder. No la necesito, si he de tenerla así, vacía, temerosa y triste, se la doy, llevadla lejos, muy lejos.

Día...

Hoy toqué mi propio cuerpo sin sentir rechazo, pasé cada dedo por mi piel como reconociendo.

Es extraño escribirlo, pero es verdad, durante meses mi piel fue territorio ajeno, la habitaba como quien vive en una casa vandalizada.

Hoy, mientras me bañaba, sentí agua y no sentí invasión. Sentí agua, quién se sorprende por sentir agua, quizás es una pequeña victoria, pero es gigante para mí.

Viernes, 3:50 a. m.

La rabia no se ha ido. Ya no quiero que se vaya del todo, la rabia es energía, es combustible, es memoria que se niega a volverse silencio.

Me niego a que lo que hicieron se convierta en una estadística fría: fue un crimen, fue odio dirigido, fue violencia lesbofóbica. Y decirlo así, sin adornos, me devuelve la dignidad a ratos.

No quiero ser más vergüenza, porque soy evidencia.

Domingo, 2:51 a. m.

Llevo muchos días sin salir, no quise ir al médico, he llorado toda la noche, no he comido nada. No quiero nada.

Quiero volver a enamorarme un poco, no de una persona, sino de la posibilidad... la posibilidad de que alguien me mire sin querer corregirme, la posibilidad de que una mano me toque con consentimiento y no con dominio, la posibilidad de desear sin miedo.

No sé por qué mi cuerpo aún tiembla a veces, pero ya no tiembla solo por terror, también tiembla por anticipación, por rabia, por impotencia, porque ya no está conforme sólo con el silencio: quiere gritar y que su voz resuene.

Un año ya, jum...

Ellos intentaron usar mi cuerpo como lección. No aprendí obediencia, pero aprendí resistencia. Ser lesbiana no es lo que me puso en el infierno, el odio fue lo que lo hizo.

Y yo sigo amando. Ese es mi acto político más íntimo.

Hoy decidí poner fecha, no sé si para recordar el horror o para recordar que sobreviví. En este país ser lesbiana, en ciertos territorios, es una provocación involuntaria, no por lo que somos, sino por lo que representamos: desobediencia.

Ellos querían corregirme y yo solo existía.

Taché la fecha. No funcionó.

Carta que nunca envié; a ustedes, que creyeron que podían disciplinar mi deseo:

No me curaron.

No me cambiaron.

No me enderezaron.

Lo único que lograron fue mostrarle al mundo hasta dónde puede llegar el odio cuando se siente autorizado.

Yo sigo aquí.

Con miedo a veces.

Con cicatrices invisibles.

Con noches difíciles.

Pero sigo amando mujeres. Y cada vez que lo hago sin vergüenza, su proyecto fracasa otra vez.

Año 1, mes 4

He empezado otra vez terapia, jum..., terapia. Me cuesta pronunciar la palabra «violación», la escribo primero, la miro, la repito en voz baja, no fue una advertencia, no fue un exceso, FUE UN CRIMEN DE ODIO.

Lunes, 6:45 p. m.

Las noches son peores, de día puedo fingir que el mundo sigue funcionando, puedo ver cómo sigue girando la Tierra con el transitar del día. De noche no hay distracción, solo el techo, solo mi respiración, solo mi memoria intentando reconstruir lo que mi mente quiere borrar.

No puedo dormir, cuando cierro los ojos vuelvo a ser la misma persona asustada, temblando, con el cuerpo rígido, la «bicha rara», me da rabia esa palabra, «bicha». Como si amar mujeres me convirtiera en animal, en plaga, en algo que necesita corrección.

La repetí muchas veces en mi cabeza. «Bicha» ya parece más un adorno de sobreviviente.

Miércoles, 7:02 p. m.

Hoy amanecí con un asco enorme, todo me huele a semen, me bañé hasta que la piel me ardió, me estregué como si pudiera borrar todo lo que pasó en un instante, pero el asco no estaba en la piel, estaba era en mi memoria.

Tengo asco de mí, pero también asco de ellos. Odio esa lógica de muchos hombres: creen que la violencia endereza a las personas.

Mi cuerpo no necesitaba corrección, necesitaba respeto.

Martes, 1:14 a. m.

Hoy lloré, pero no hice ruido. No es que fuera débil, era más como cansancio. Estoy cansada de tener miedo cuando alguien camina detrás, cansada que un olor, una risa, un sonido disparen todas mis alarmas internas. Me cansé de explicar que lo que me pasó fue violencia dirigida y «correctiva», estoy cansada de defender mi orientación como si estuviera en un juicio permanente.

Miércoles, 3:32 a. m.

No puedo dormir, quizás porque el miedo tiene horarios.

A las tres de la mañana siempre me despierto. Mi cuerpo recuerda, aunque yo no quiera. Siento una presión en el pecho y tengo que encender la luz para convencerme de que estoy sola; temo a la oscuridad.

«Ya pasó todo», me digo esa frase como un mantra. Estoy sola, estoy a salvo, a veces me funciona y otras veces no.

Viernes, 11:00 p. m.

Fui a una reunión de mujeres víctimas del conflicto, de la unidad dizque de sanación emocional. Allí escuché palabras que me atravesaron:

arma de guerra, disciplina social, violencia correctiva. Ya sé que no soy un caso aislado, y eso me rompió, pero extrañamente también me sostuvo al mismo tiempo. Me rompe saber que es algo sistemático.

Domingo, 1:42 a. m.

Hay días en que me odio por tener miedo; hoy fue uno de esos días, pero después intento darme fuerzas y me digo que el miedo es una respuesta: sana algo que fue profundamente injusto.

La tristeza llega en oleadas, no es dramática, pero sí muy pesada. Se sienta conmigo a desayunar, me acompaña a las reuniones, se mete en la ducha, pero ya no me ahoga.

Estoy intentando aprender a sentir sin desaparecer.

Martes, 6.38 p. m.

Hablé ante la Comisión de la Verdad; no conté todo porque duele. Conté las noches sin dormir, conté el asco, conté de la palabra «bicha» usada como una sentencia, conté que sigo siendo lesbiana, a pesar de todo, cuando dije eso, sentí algo distinto al miedo.

No sé qué era, pero era parecido al orgullo, porque en el fondo, intentaron usar la violencia como borrador, pero no les funcionó.

Lunes, 9:00 p. m.

Hoy fui a terapia otra vez.

Sigo odiando esa puerta, el sonido de las herraduras viejas y oxidadas, la sala está impecablemente ordenada, las plantas demasiado vivas para mi alma muerta, los cuadros con frases sobre sanar, respirar, confiar... jum...

A veces siento que todo allí conspira para que una diga la verdad y confíe, aunque yo todavía no sé si vine a sanar o a comprobar que sigo rota por dentro. Ella me preguntó cómo había estado; dudé en responder, qué pregunta tan peligrosa, porque «bien» cabe en una sola sílaba, pero la verdad necesita muero por dentro.

Le dije que estaba cansada, no le dije que llevo ya 2 años durmiendo con un oído despierto, no le dije que todavía reviso las puertas tres veces, no le dije que cuando un hombre camina demasiado cerca de mí,

mi cuerpo recuerda cosas que mi boca aún no puede nombrar, tampoco le dije que sigo teniendo rabia... rabia vieja, rabia con muchas raíces.

Jueves, 1:00 a. m.

Hoy fui a la reunión de mujeres sobrevivientes. Entré tarde. Como siempre, me senté cerca de la puerta por si necesitaba huir, costumbres tan pendejas o quizás instinto de supervivencia, pero no quiero ni siquiera vivir.

Había café tibio, sillas de madera, cómodas, pañuelos, para secar tanto dolor... Silencios pesados y luego historias.

Una habló de la guerrilla; otra, de su esposo; otra, de un paraco que entró al pueblo y violó en un momento a más de 10 mujeres con todo lo que se podía imaginar; otra, de un policía y así, la guerra usaba nuestros cuerpos.

Yo escuchaba y pensaba lo mismo una y otra vez: ¿Cuántos hombres han aprendido a creerse dueños de la guerra, de las mujeres, de las violencias detrás del respeto?

Cuántas niñas y mujeres han sido obligadas a sonreír mientras algo dentro de ellas moría.

Hoy no lloré, hoy me dio rabia y curiosamente... eso se pareció mucho más a estar viva.

Miércoles, 1:00 a. m.

Hoy leí «cáncer del alma» en Cartagena era un evento de la comisión de la verdad, no sé por qué sigue doliendo, hoy desperté con una pregunta clavada en el pecho:

¿Quién decidió que los cuerpos de las mujeres eran territorio?

¿Quién convenció al mundo de que violar puede ser corrección... castigo... disciplina... guerra... tradición?

¿Quién les enseñó que amar a otra mujer merece insulto y violación?

¿Quién convirtió la masculinidad en permiso?

No tengo todas las respuestas, pero tengo memoria y a veces la memoria, es una forma de protesta.

Estoy en pleno evento de la comisión de la verdad de sanación, hoy no me siento víctima, hoy me siento archivo o quizás prueba,

testimonio, molestia, pregunta incómoda. La clase de mujer que ya no baja la mirada y eso... para este mundo... jum.... sigue siendo peligroso.

Sábado, 2:45 a. m.

Hoy creo que no sobreviví para convertirme en una versión cómoda de mí. Sobreviví para incomodar al silencio, para mirar de frente a todo lo que quiso romperme y así descubrir, con una rabia casi sagrada, que nunca aprendieron a destruir lo que tiene raíces.

Hubo días en que ir a terapia fue más difícil que quedarme rota. Días en que trabajar, reír, bañarme, contestar un mensaje o simplemente levantarme de la cama se sintió como cargar una montaña con los dientes. Pero aquí estoy, no intacta, no «curada», no convertida en ese cuento bonito que la gente prefiere escuchar, estoy real, con cicatrices que ya no piden permiso, con memorias que todavía arden algunos inviernos, con una niña adentro que sigue aprendiendo que el amor no debería doler, esconderse, ni pedir perdón.

Y si alguna vez vuelvo a temblar... que nadie confunda el temblor con debilidad, los terremotos también tiemblan antes de cambiar el paisaje.

Fin... o quizá, por primera vez, comienzo.

Manifiesto por la diversidad

Manifiesto por las víctimas de población diversa del conflicto para nombrar lo que durante tanto tiempo quisieron borrar.

Aquí estamos, diciendo en voz alta que las personas LGBTIQ+ también fuimos víctimas del conflicto, que nuestros cuerpos no fueron solo cuerpos: fueron territorios marcados, castigados, silenciados por ser distintos, por amar distinto, por existir fuera de la norma que otros impusieron con armas y miedo.

También fuimos asesinadas, asesinados y asesinades, también fuimos desaparecidas, desaparecidos y desaparecides, también fuimos expulsadas de nuestras tierras.

También fuimos sometidas a violencias que intentaron «corregirnos», como si la dignidad necesitara arreglo.

Hubo días donde nos llamaron «limpieza social», como si la vida pudiera barrerse, limpiarse. Como si nuestra existencia fuera una mancha, pero no lo era, nunca lo fue.

Cada historia LGBTIQ+ atravesada por la guerra es una historia que merece memoria, justicia y reparación. No somos un pie de página en el relato del conflicto, somos parte del corazón roto que este país aún está aprendiendo a mirar.

Este manifiesto es un acto de resistencia contra el olvido.

Decimos que nuestras vidas importan.

Decimos que nuestras muertes duelen.

Decimos que nuestras ausencias pesan.

Que nuestra bandera multicolor está manchada de rojo porque nos siguen asesinando, por nuestra diversidad, porque detrás de cada nombre hubo sueños, risas, afectos, proyectos de vida que fueron arrancados sin permiso.

Exigimos que la memoria histórica nos nombre sin miedo, que las instituciones nos reconozcan sin condiciones, que la reparación sea digna, diferencial y real, que nunca más la diversidad sea motivo de violencia.

No queremos ser recordadas sólo por cómo nos hicieron daño, sino por todo lo que fuimos y somos: fuerza, lucha, rebeldía, comunidad.

Este manifiesto no es solo denuncia, es también una siembra: si sembramos memoria para que no se repita, sembramos dignidad para que nadie vuelva a ser castigado por ser quien es, sembramos verdad para que el silencio deje de ser cómplice, porque las víctimas LGBTIQ+ también importan.

Porque también nos duelen, porque también somos historia y porque, incluso después del horror, seguimos aquí, porque hacemos memoria desde la diversidad.

Reconocer a las víctimas LGBTIQ+ es un acto de cuidado, dignidad y justicia y nombrarlas es resistir al olvido.

Porque acá somos, acá estamos y acá nos quedamos.

Carta a mí, cuando tenía 10 años

Hola, pequeña:

Hoy estuve pensando en mí, en nuestras cosas. Quería darte luz, así como cuando se enciende una vela en un cuarto que es muy oscuro.

Sé que nunca alguien te habló así, con calma, sin miedo a lo que eres, a lo que sentíamos, y por eso vengo yo. Sé que te sientes rara, que temes a cada sonido que habita en el mundo porque los escuchas al mismo tiempo, sin detenerse un instante; que no entiendes por qué no mirar a los ojos te hace grosera, sin entender que cansa; que tus movimientos rápidos y repetitivos recargan tu mundo pesado y dolido. Estás como si hubieras llegado a un mundo que no tiene instrucciones en tu idioma. Sé que la vida nos ha pesado y que, a veces, dudamos en avanzar o detenernos.

La vida no construyó un manual para sobrellevarla. Los ruidos son demasiado fuertes y acelerados, el mundo nunca se calla, las miradas son demasiado filosas y hay días en que tu propio cuerpo parece una casa donde no sabes moverte. No estás equivocada, tampoco estás dañada... Ten calma, respira.

Sé que te han hecho daño, que hay manos, palabras y silencios que no deberían haber existido, que te enseñaron a desconfiar hasta de tu propia sombra.

Sé que aprendiste a hacerte pequeña para caber en lugares que nunca fueron un hogar, pero escúchame bien: aunque nadie te lo haya dicho así, nada de eso ha definido tu valor. Has sido fuerte y tienes que entender que nada de eso fue tu culpa. Apenas empecé a entenderlo.

Sé que te miras al espejo y no te ves en lo que el mundo dice que es "bonito". Tu piel, tu historia, tu forma de sentir... te hicieron creer que eras menos, que eras estúpida, y te lo creíste de tanto escucharlo.

¿Y si te dijera que tú, mi pequeña, eres raíz, eres una historia viva, eres una fuerza antigua que no se rompió, aunque lo intentaron?

Quiero decirte que ese amor que no entiendes... Esa niña que te hace latir distinto, que te hace sonreír cuando la ves, esa sensación

que no tiene nombre en tu mundo todavía y que no sabes qué es; te digo que estés tranquila, no hay nada malo en eso. No temas, no hay nada que corregir. Tu corazón no se equivocó al aprender a sentir, al aprender a amar a una mujer; solo estaba aprendiendo a reconocer lo que la hará feliz, buscando un lugar donde habitar sin miedo. No será fácil, pero tenemos el alma de la Mujer Maravilla.

Mi pequeña, ¿recuerdas los libros que tanto te permitieron escapar del miedo? Ahora tú escribes esas historias y recibirás premios por ello, porque sé que hay momentos en los que quisieras desaparecer, como si no existir fuera más fácil que seguir sintiendo todo tan fuerte. Pero hay algo que tú todavía no sabes y yo sí: vas a crecer y no solo eso... vas a escribir, vas a ponerle palabras a todo lo que hoy te ahoga, y esas palabras van a abrazar a otras personas que también creyeron que estaban solas. Vas a ser ese ser que acoge y abraza, que entiende y acompaña. Créeme cuando te digo que vas a convertir el dolor en algo que respira y palpita distinto.

No te voy a mentir, no todo se arregla de una, y vamos a pasar por muchos dolores antes de empezar a comprender que somos sobrevivientes. No todo será perfecto, pero sí cambia, sí se transforma, poco a poco, y tú... tú te quedas.

Y digamos que eso ya es como una victoria.

Estaremos bien. Mamá nos abrazará sin miedo, tu hermanita volvió para abrazarte, tendremos esa Barbie que tanto soñamos y no solo una, muchísimas. Jugarás fútbol sin que nadie te señale y amarás profundamente. Construirás una familia con una mujer encantadora.

Si hoy nadie te protege como debería, quiero que sepas que en el futuro existo yo, mirándote con una ternura que nadie te enseñó. No tienes que entender todo ahora, solo quédate, solo respira otro día más, resiste, espera. Estás viviendo demasiado para alguien tan pequeña.

Yo me encargo de encontrarte después y curarte esas heridas con el mismo amor que aprendimos a construir, a decirle al mundo que no nos apagaron, que estamos avanzando.

Gracias por no detenerte.

Atentamente,

Tú adulta.

No sé quién soy ya

Luisa Fernanda Santamaría



Luisa Fernanda Santamaría

Magíster en Escrituras Creativas con Énfasis en Guion Largometraje de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y Maestra en Arte Dramático, egresada de la Universidad de Antioquia. Se enfoca en crear y realizar proyectos artísticos de memoria. Su guion Crónica de un Sacrificio, sobre el crimen de su padre y el genocidio de la UP, fue premiado por el FDC (2017); su exposición de álbumes y documental de la UP, en apoyo con el CNMH (2015) y MCM (2106), fue premiada por el Ministerio de Cultura y expuesta en Copenhague, Dinamarca (2017). Líder artista de víctimas de la UP en el componente de Reparación Simbólica (fallo de la Corte) y directora del documental Mujeres Artistas de la UP (2025-2026). Profesora de Guion para Cine en la Universidad de Antioquia. Fue productora en IDARTES, así como actriz y guionista en Canal Capital.

Berlín



LAS PALMAS
Hotel/Casino and Vacation Village

Berlín, Abril 2/89.-

Recordadas Tatiana y Nanda:

De nuevo les escribo, para mantener la comunicación, pues hasta ahora no he recibido absolutamente ni una tarjeta de ustedes; pero espero se encuentren bien de salud, no se hayan enfermado y estén bien en el colegio, así como manejándose bien con la mamá y con la señora trabajadora que hay ahora en la casa, estén contentas y tengan bastantes amiguitas.

Cuéntenme de ustedes, como les fué en las vacaciones de semana santa, si salieron a alguna parte y si han estado cuidando a la mamá y ayudándole bastante. En los pocos días que pasé con uds. en Colombia me di cuenta que uds. dos aún no han adquirido sentido de ayuda y colaboración con la mamá, es poco lo que se preocupen de trabajar en la casa, de mantener todo en orden. Yo no quiero regañarlas desde tan larga distancia, pero si quisiera que uds. dos pensaran y reflexionasen en que a la mamá le toca

PISCADERA BAY-WILLEMSTAD, CURAÇAO, NETH. ANTILLES



MEMBER OF THE GOLDEN TULIP CHAIN

PHONE: 625200-CABLE: AFROTEL-TELEX: 1080 AMERO NA



muy duro, una doble y hasta triple jornada, pues debe velar por el hogar, por el trabajo y por la personas de ustedes, educándolas y formándolas, por ello ustedes tienen que dejar el egoísmo y trabajar todas por mantener la casa organizada, para que la familia pueda estar tranquila, pese a que yo ya no esté con uds. todo el tiempo.

Me preocupa también, que uds. a toda hora no estén pensando sino en que les vamos a comprar; afortunadamente hasta ahora hemos podido sostener nuestro hogar con todo lo necesario y a veces con un poco más, a ustedes nada les falta, pero la situación económica en Colombia es muy dura, la mayoría de los hogares atraviesan dificultades, y no es bueno que ustedes se acostumbren a vivir como hijos de ricos, cuando no lo somos, ambos ganamos un salario bajo porque estamos dedicados a impulsar la lucha revolucionaria.

Finalmente, espero que superen la "peleadora", que parecen "perros y gatos", y no son hermanadas como debían serlo.....
Espero me escriban largo y pronto, que no esperen que les llegue una carta para responderme, pues ocurre que el correo hasta aquí es muy retardado y una carta se está tardando 10 y 15 días. Además escribenme y me dicen que piensan de lo que les he recomendado en esta carta. Entréguele por favor la otra carta a Marta y Gabriel.

Berlín, abril 2 de 1989

¿A dónde enviarte las cartas?... No sería solo una, sino miles de cartas; mi vida entera estaría destinada a escribirte...

Recuerdo escribir muchas cartas con mis padres, en especial contigo y con Marta, mi hermana mayor. Las hacíamos decorándolas durante el día y, al terminarlas, las entregábamos entre abrazos, besos o, secretamente, en algún lugar de nuestra casa.

Era como recibir regalos todos los días; se sentía un ambiente tan amoroso, tan seguro. El lugar lo transformaban las cartas; al abrirlas resaltaban los colores: corazones rojos, dibujos de casitas con arbolitos, montañas de fondo, perritos y las típicas figuras de palitos y bolitas, las cuales significaban la figura de nuestra madre, Consuelo Arbeláez, y de ti, Gabriel Jaime Santamaría, junto con nosotras, tus hijas: Luisa Fernanda y Marta Elena.

Se parecía a jugar amigo secreto, ya que, después de colorearlas y terminarlas, aparecían misteriosamente debajo de la almohada, en la sala, en algún cuarto o en lugares inhóspitos. Esto generaba una sorpresa enorme y sembraba una gran devoción de amor entre nosotros.

Cuando estábamos juntos, la familia, se respiraba un aire fuerte. Era extraño, me daba miedo a ratos y, para evadir esta sensación, te pedía que me compraras muchísimas cosas y todas me las complacías. Era como vivir en un mundo de cristal; incluso cuando te ibas al exilio, quedaba tu ausencia tan presente en nuestro hogar que se tornaba cristalizado y frío.

Pienso tanto en tus sinfines de *ires y venires* del exilio, ya que siempre recibíamos muchos regalos, además de los muchos más que te pedía. Llegabas con cinco maletas grandísimas, con muchas cajas de chocolates, collares, anillos, perfumes, hasta perlas en aretes (Majorica) y juguetes como esa réplica del tren de Alemania, con su carrilera, la cual daba círculos sin parar. Amé ese regalo.

Para ti nunca dejabas nada y, como no tenías tiempo de empacar los obsequios y menos de poner tarjetas, pues veías a diario a tantas personas por tu trabajo político y de lucha por los más pobres de

Colombia, en recintos del Gobierno, bajo el sol, en los barrios, en las veredas, en los pueblos, en los territorios, y para toda tu gente tenías un regalo. Tu gente, como nos decías al referirte al pueblo, campesinos, familiares, tus compañeros del PCC y de la UP.

Cuando te recogía Sánchez, el conductor, en el carro oficial para llevarte a la Asamblea Departamental o a la casa de tu padre, Jaime Santamaría, el Pianista, o a alguno de tus lugares de trabajo. Recuerdo que ese día subiste una maleta al carro y la llevaste a la casa de la abuela Rosaura y, al llegar una tía, un tío o algún primo, tomabas con tu mano el regalo de la maleta y, con un fuerte abrazo, lo entregabas; pero el de los abuelos siempre estaba empacado y con tarjeta.

Te confieso que muchas de esas maletas las asaltaba: como las dejabas a la vista y sin cerrar, yo las abría y tomaba una caja grande de chocolates. Estas cajas eran de color dorado, con empaques muy finos; se veían costosas. Tomé muchos regalos para mí y tú nunca te diste cuenta.

O cuando notabas que los regalos disminuían, dabas por hecho que era yo y, aun así, jamás me regañabas o me quitabas los regalos. Siempre fuiste tan generoso y bondadoso conmigo que, cuando debías regresar al exilio, mi estrategia para no llorar y no sentir cómo mi ser de porcelana se rompía en mil pedazos era pensar solamente en qué regalo pedirte en el aeropuerto. Aún recuerdo el perrito de peluche, Pulguitas, el cual venía dentro de una casita; fue muy famoso en los años ochenta, junto con el otro muñequito llamado Zigguy, de nariz protuberante.

Todavía conservo al viejo Zigguy. Siempre que lo observo, pienso en ti y en la promesa que hicimos de volvernos a ver pronto, y creo que ese sentimiento impide que el tiempo lo deteriore.

Perdóname el apenas responder tu carta, la cual nos enviaste el 2 de abril de 1989, en donde nos reclamas por qué solo pensamos en que nos compren cosas (lo cual me genera algo de risa) y, además, por qué no recibías cartas de nosotras, tus hijas.

Tu carta aún la conservamos. Es muy especial, ya que además la escribiste en las hojas del membrete de ese hotel Las Palmas al que fuimos a visitarte, lo cual me hace revivir más momentos contigo en mi mente.

Ese día estabas solo, sin ese grupo de seguridad (DAS). Pasamos una tarde divertida a pesar de todo. Almorzamos en el restaurante;

recuerdo que había un televisor muy grande. Estaban transmitiendo un partido de fútbol muy importante del Atlético Nacional; la narración era el fondo que ambientaba el almuerzo.

Había muchas personas viéndolo agitadamente y, en coro, gritaban «GOOOOOLLLLLL» o sufrían por los penaltis, en donde quien gritaba más fuerte eras tú, aunque tu equipo siempre fue Millonarios. Las personas, durante la transmisión, tomaban licor y comían palomitas de maíz. Luego nos metíamos contigo a la piscina mientras mi madre leía el periódico desde las sillas; junto a estas, una mesa con un parasol.

Siempre en tus cartas preguntabas sobre nuestras vacaciones y que, por favor, cuidáramos a nuestra mamá, que no teníamos el sentido de ayuda. Pero eran regañños insinuados y ahora me doy cuenta de que tú tampoco ayudabas en los oficios domésticos. Hacías el esfuerzo de corregirnos, lo cual no te gustaba hacer y por eso lo señalabas desde la distancia, como con esta carta.

Porque cuando estábamos juntos jamás desperdiciábamos el tiempo en nada más que jugar, abrazarte, reposar sobre tu espalda y dormir entre tus brazos. Me sentía tan poderosa y segura contigo, además de pasar ratos escribiéndonos, de acompañarte a tus reuniones, pasear, comprar mecatos y comer con mi madre, juntos.

Luego de tu crimen, que no se pudo llorar en silencio porque fue un escándalo en la Asamblea Departamental de Antioquia, en el interior de tu oficina como diputado de la UP y vicepresidente de esta. A manos de ese joven de tan solo 19 años, hijo de la vecina de nuestra casa. Un plan orquestado entre el gobierno encubierto, paramilitares dirigidos por Carlos Castaño y su hermano Fidel, además de la fuerza pública: militares y Policía. Cuánta vergüenza sentí por mi país y lástima.

Pero mi madre, como siempre, sosteniendo la dignidad, te despidió en la Asamblea, allí mismo, en el lugar del crimen, con un sepelio grande. No cabían los ramos de flores que iban llegando con los días ni las pancartas; se escuchaban consignas en contra del Estado y también las canciones sociales, como la de «El pueblo unido». Hasta fueron a cantar para ti los del grupo de la zarzuela de tu padre, el maestro Jaime Santamaría, quien había fallecido dos meses antes que tú. Recuerdo que recibiste la noticia desde Alemania, lo cual aceleró que vinieras por la falta que te hacíamos.

En cámara ardiente.
Recinto de la Asamblea Deptal de Antio-
quia.
Medellín.



Días 27, 28 y 29
de Octubre.

Año 1989 -

Foto del primer día del sepelio.
Exposición titulada "Álbumes de Memoria y Narraciones Visuales
Galería UP" de Luisa Santamaría.

Toda tu gente hizo guardia a tu féretro durante esos cuatro días. A su vez, intervenían representantes de diferentes corrientes como líderes, dirigentes, algunos sacerdotes de la Iglesia, los cuales se acompañaban con músicos y coros, militantes, sindicatos de obreros, familiares y amigos, quienes venían de diferentes regiones del país y de Bogotá.

El primer día te acompañó toda tu gente durante veinticuatro horas seguidas. Había empleadas que servían a cada uno tinto, aromática, café, consomé, sándwiches y alimentos continuamente, para que todas las personas hiciéramos presencia y no quedaras solo.

La Savira Londoño.

*Primer día acompañando a Marta Elena
y Luisa Fernanda Santamaría.*



*Días 27, 28 y 29
de Octubre.*

Año 1989 -

Foto.

Exposición titulada "Álbumes de Memoria y Narraciones Visuales."
Galería UP" de Luisa Santamaría.

La intervención del sepelio final, el último adiós, fue por tu esposa, Consuelo. Muy valiente, con orgullo por ti, por dignidad y furia, denunció al gobierno y reveló la identidad del sicario: Marco Antonio Naranjo Meneses, a quien tus escoltas del DAS asesinaron para borrar toda huella. Tu sangre, al final, se mezcló con la de ese incauto suicida. Nunca he podido descifrar el significado de esto y creo que jamás lo comprenderé.

Luego de tu crimen, nos tocó asumir una vida muy diferente. Lo dejamos todo y nos refugiamos en el mar por un tiempo largo. Por otro lado, para tu tranquilidad, es hasta enfermizo el orden y la limpieza que, sobre todo, mi hermana y yo mantenemos, ahora cada una en su hogar. Debes sentirte muy orgulloso, porque tus valores y principios están inculcados en nosotras. Mi madre siempre te amó y aún habla de ti como su maestro de vida personal y de su vida política.

Por mi parte, heredé de ti ese sentido de ayuda hacia todo. A veces se me convierte en un peso que no logro sostener por momentos y entro en crisis existencial, como proteger y ayudar a los perritos que habitan en la calle. Por un tiempo tuve hasta 12 perritos; ahora tengo cinco y uno en donde la mamá.

Deseo expresarte que mi hermana Marta y yo no podíamos poner las cartas continuamente, pues en ese proceso de tu exilio contábamos tan solo con edades entre los seis y los 12 años de Marta y diez años míos.

Por consiguiente, salir solas a la calle era peligroso. No entiendo cómo nos reclamabas esto. Ahora también apenas leo, con conciencia, que nos sugerías que las enviáramos con la tía y su esposo.

Me cuestiona bastante que, paradójicamente, Don Berna y toda esa liga mafiosa implicada en tu crimen trabajaban en el mismo barrio donde vivíamos. ¡Qué laberinto! Me pregunto si tú y nuestra madre lo sabían y, en ese caso, no entiendo por qué seguíamos viviendo en ese barrio. Siempre escuché que era por quedar cerca de la casa de la abuela Rosaura.

Lo siento mucho; me pesa y me lastima. Te repito, y perdóname de nuevo, el responderte apenas ahora, pues en ese entonces ignoraba que nuestros días como familia estuvieran contados.

Si supieras que me interesa mucho escribir sobre tu memoria y también sobre la de los demás mártires de la Unión Patriótica... Bueno, padre, por favor, perdóname, pues no recuerdo si en algún momento

te respondí al fin y, para saldar mi deber moral contigo, te respondo en esta carta. Deseo confesarte también que es apenas ahora porque conseguí la fortaleza para hacerlo.

Me pregunto si existe ese lugar mágico en donde se puedan enviar cartas de hijos para padres muertos. Para padres ausentes.

PD: Por cierto, desde tu partida no tengo vacaciones ni navidades... Perdí la motivación por la festividad y ahora construí mi propio universo, en el que no festejar me hace muy feliz.

Atentamente,

A handwritten signature in black ink that reads "Luisa Santamaría". The script is cursive and somewhat stylized, with the first name "Luisa" and the last name "Santamaría" clearly legible.

Tu hija eternamente, Luisa Fernanda (Chiky, Ferdinanda, Nandita) como me decías...

FECHA: 24-abril-2026

Mitín del P.C.C.

En las afueras de la Basílica Metropolitana,
parque de Bolívar en Medellín.



Gabriel Jaime Santamaría M.

Año 1978

Foto.

Exposición titulada "Álbumes de Memoria y Narraciones Visuales.
Galería UP" de Luisa Santamaría.

Retrato familiar

Ese día nos reunimos toda la familia en donde nuestra abuela Rosaura para celebrar, como de costumbre, los cumpleaños de algún primo, navidades o diferentes festividades a las cuales nos tocaba asistir por hacer parte de una familia tradicional.

La casa era en un barrio de Medellín; desde su interior se escuchaba, a veces, la música de las casas vecinas, quienes también se reunían con frecuencia en las diferentes fechas especiales.

Pero, aun así, con esos familiones, era un barrio con silencios para dormir. Recuerdo que en las diferentes celebraciones compartíamos alguna cena especial: una verdadera bandeja paisa o jamones de pavo con ensaladas y una torta negra bañada en vino, la cual era decorada con una espuma blanca de sabor a vainilla.

En una parte de la casa, en la sala, habitó por mucho tiempo ese mueble antiguo. Era de cuero. Se sentía, al sentarse sobre este, un leve frío. La ventana aún existe y, desde allí, se ve la misma casa de enfrente, pero ahora reformada.

Es muy nostálgica esta fotografía. Me quedé con el recuerdo, para siempre, de ese día del retrato familiar. Incluso de ese momento también existe otra fotografía en la que aparezco sosteniendo entre mis manos una bomba que, al inflarla, adopta una figura alargada, decorada con círculos de colores. Por eso concluyo que estábamos en algún cumpleaños de alguno de tantos primos, pues tengo 15 tíos y tías y mi madre, Consuelo Arbeláez, es la hija mayor.

El retrato tiene un valor muy único, sobre todo para mí: me refiero al gesto de la posición de las manos de toda la familia, pues con ellas hacemos algún contacto entre nosotros, como mi madre y yo, que entrelazamos nuestras manos. Esto me hace recordar que en otra fotografía mi mamá hace ese mismo gesto con las manos de Rosaura, es decir, mi abuela.

En cambio, mi padre, Gabriel Jaime Santamaría, pone su brazo largo y grande sobre nosotras, el cual enmarca a toda la familia, inmortalizando el gran amor que nos tenía.

Miro varias veces nuestro retrato familiar y me detengo en mi hermana Marta, la mayor. Y me pregunto: ¿qué será lo que sus manos expresan?, ¿es tímida, seria o ríe?, ¿por eso une ambas manos? Miro los rostros de mis padres y me reflejo en ambos; la carita de mi hermana no ha cambiado tanto, incluso su risa en la fotografía aún la hace.

Este momento persiste desde ese día, como si alguien hubiera cerrado la puerta de la casa de mi abuela con candado y nunca más logramos salir de ese tiempo. Y por eso mi padre ya no está con nosotras, porque alguien nos dejó con un candado, alguien dejó encerrada a la familia que éramos y mi padre no logró salir jamás de ese recuerdo.

Itacuí (Antioquia)
casa de la familia de Consuelo (su esposa)



Consuelo Orbelaiz, Luisa Fernanda y
Marta Elena Santamaría A. y Gabriel
Saime.

Año 1984

Foto.

Exposición titulada "Álbumes de Memoria y Narraciones Visuales."
Galería UP" de Luisa Santamaría.



La foto: donde mi madre Consuelo enlaza sus manos con la abuela Rosaura, acompañadas de Evelio Orozco, mi segundo padre.

Denuncia final

Como dagas afiladas, la vida decide enviarme mensajes. Es una manera en que interpreto cómo mi carácter es forjado por acontecimientos y consecuencias de mis decisiones, incluyendo, en parte, las de mis padres, como el libro titulado *Al final de este túnel... tiene que haber luz*, Gabriel Jaime Santamaría, 27 de octubre de 1989.

Este libro de memoria, *Al final de este túnel... tiene que haber luz*, lo considero como un archivo valioso, el cual poseo hace 35 años, ya que contiene las transcripciones con las últimas denuncias hechas por mi padre, Gabriel Jaime Santamaría, diputado, fundador y presidente de la Unión Patriótica en Antioquia.

Indudablemente, cuando leo las denuncias se me asemejan a una bola de cristal, convirtiendo a quien la posee en una especie de pitonisa, como quien pudiera comunicarse con mi padre o hablar desde su espíritu y su pensamiento al revelarse la verdad sobre ese pasado, el cual mostraba, en tiempo real, la historia violenta, el genocidio de la UP, las injusticias, sus victimarios y que, asombrosamente, en este presente y en el futuro de Colombia continuarán sin resolverse.

Es hasta una historia de aventura la que hay detrás de este libro, pues mi madre, Consuelo Arbeláez, profesional del partido de la UP, siempre estuvo muy atenta y receptiva con el océano que era el caso de mi padre, Gabriel Jaime Santamaría, y aún lo es, pues desde el principio ella descubrió y denunció a los responsables del crimen de su esposo. Y nadie nos creía, nadie por parte de los entes del sistema responsables de resolver la investigación del crimen.

Por lo tanto, luego del suceso trágico de Santamaría, por ser esposa, madre de sus dos hijas y compañera de trabajo político de la UP, tenía una dignidad y un honor que defender y, en ese trasegar, se encontró con Marta Lucía Zamora, abogada que, para ese momento, era la directora fiscal de la nación, a quien le tocó trabajar en el 2012 como investigadora del enigmático caso Colmenares.

Mi madre llegó al encuentro. Era en los bajos del sótano, en las cafeterías públicas de la Asamblea Departamental, para poder sacarle

copia al libro, el cual contenía las denuncias desde el año de 1986 hasta el 10 de octubre de 1989, diecisiete días antes del asesinato de Gabriel Jaime, el 27 de octubre de 1989.

La reunión inicia entre mi madre y Marta Lucía, conversando sobre temas personales, sobre su dolor y sufrimiento por tantos crímenes de la UP, por las viudas, por las víctimas y, principalmente, por el objetivo del encuentro: proponerle que llevara el caso de Gabriel Jaime Santamaría. Cuando llega el momento de la despedida, como obsequio le entrega el libro, editado por la Asamblea Departamental de Antioquia, en reconocimiento y memoria al trabajo impecable de mi padre, Gabriel Jaime, como diputado por la UP y porque también se desempeñó como vicepresidente de esta corporación.

Marta Lucía, al día siguiente viajaba al exterior y, durante el vuelo, se leyó el libro, causándole un interés muy especial en las dos últimas denuncias, pues en la del 1 de octubre de 1989, Gabriel Jaime señalaba con nombres propios a los responsables de la masacre de Segovia de 1988; además, advertía al gobierno sobre la segunda masacre que se iba a cometer en esta región.

Después del encuentro de mi madre con Marta Lucía, transcurrieron 10 años y se da un fallo proferido por la Corte Interamericana de Derechos Humanos el 30 de enero de 2023, en donde condenan al Estado colombiano por ser el responsable del exterminio de la Unión Patriótica. Por coincidencias de la vida o como si fuera un mensaje enviado por mi padre desde el otro lado del silencio, recibí nuevas noticias sobre esta denuncia, lo cual contribuyó a la justicia respecto a la masacre de Segovia.

Ni con el crimen de mi padre lograron silenciarlo, pues él estaba enterado de todo por medio de Rita Tobón, la alcaldesa de Segovia, quien lo había buscado desde el año posterior y luego de la masacre para que le ayudara a conseguir protección y denunciar a los implicados en esta, con el fin de prevenir más masacres. Así mismo, los corresponsales del nordeste antioqueño habían enviado a mi padre un comunicado, una prueba, en donde se anunciaba la planeación de la nueva masacre en Segovia y Remedios, regiones en donde mi padre, Gabriel Jaime, trabajaba por ser presidente de la UP en Antioquia.

Afortunadamente, Gabriel Jaime logró denunciar con detalles toda la situación de Segovia y quedó grabada en la Asamblea Departamental de Antioquia, lugar donde fue asesinado, pues estas últimas denuncias agravaron su situación y fue sentenciado a muerte por el Estado encubierto en complot con los paramilitares, el DAS y la Fuerza Pública. Luego de la muerte de Gabriel Jaime, se cometieron 14 masacres más en Segovia y otras en Remedios.

El mandato actual de la Corte de 2023 abarca una reparación simbólica y obliga al Estado colombiano a financiar y realizar, con las organizaciones y las víctimas de la UP, cuatro medidas reparadoras: un documental, una campaña de medios públicos, un monumento y cinco placas conmemorativas sobre los líderes, dirigentes y militantes asesinados por pertenecer a la UP.

Por lo tanto, una vez se da el fallo, como si el destino nos hubiera puesto una cita a Marta Lucía Zamora, como la directora de la Agencia Nacional de Defensa Jurídica del Estado (ANDJE), el interlocutor entre el Estado y las víctimas de la UP en la sentencia y coordinador de las medidas de reparación simbólica ordenadas por la Corte, y a mí, Luisa Santamaría, como la representante artista de víctimas de la UP por parte de la organización Derechos con Dignidad, la cual nos representa ante la Corte por llevar también casos de la UP, entre estos el de mi padre, Gabriel Jaime Santamaría.

Ese día conocí a Marta Lucía y le expresé que me preocupaba el tiempo, pues luego del fallo ya habían transcurrido seis meses y no habían iniciado con la realización del documental de la UP, el cual, según la sentencia, tenía un plazo de dos años para producirse, y yo quería trabajar en esta tarea, pues tengo experiencia en memoria artística de la UP y por mis padres.

Marta Lucía, desde el primer momento en que me vio, fue fraternal. Estaba muy conmovida y, desde el inicio de la reunión, se extendió para narrar el encuentro que había tenido con mi madre por esas épocas antiguas sobre el caso de mi padre, Gabriel Jaime, en el que le había obsequiado el libro con las denuncias sobre la masacre de Segovia.

Me contó que ese libro fue investigado y que, siguiendo las pistas que dejó mi padre sobre los responsables de la masacre de Segovia, llegaron

al autor intelectual de esta, César Pérez García, condenado en 2013 a 30 años de prisión por su responsabilidad en estos hechos, en donde paramilitares, el día 11 de noviembre de 1988, asesinaron a 43 personas en Segovia por ser simpatizantes o integrantes de la Unión Patriótica.

César Pérez financió esta masacre debido a que la UP había ganado las elecciones locales y, para ejercer el control político, los eliminó. También se le comprobó que tenía vínculos con mandos paramilitares como Iván Roberto Duque (alias Ernesto Báez) y Fredy Rendón Herrera (alias El Alemán), así como con altos oficiales del Ejército Nacional. El grupo armado MRN (Muerte a Revolucionarios del Nordeste), asociado a Pérez, actuó con apoyo logístico de la XIV Brigada. Y, como todo un señor criminal, César Pérez García fue un político colombiano del Partido Liberal, representante a la Cámara por cinco períodos, diputado, concejal, presidente de la Cámara de Representantes y, además, era líder del Movimiento Convergencia Liberal en Antioquia.

La otra denuncia de Gabriel Jaime, la del 10 de octubre de ese mismo año en la Asamblea, también aportó para dar con la identidad del autor intelectual de la masacre de Segovia. Allí advirtió que ya se había denunciado durante la instalación de la duma departamental las operaciones que se preparaban por parte de oscuras fuerzas del paramilitarismo fascista, cuando se acercaba la primera conmemoración de la masacre de Segovia, a manos de mandos militares y de policías, como lo señaló la Procuraduría General de la República, que auspiciaron, por acción u omisión, la actividad de los criminales de ACDEGAM al mando del tristemente célebre y hoy detenido, afortunadamente, Alfredo Vaquero, alias Vladimir.

Afirmó que ACDEGAM fue el organismo pantalla utilizado para atraer al país al coronel Klein y los mercenarios que, para vergüenza de nuestro país y de ese gobierno actual, instruyeron a los sicarios de la violenta Operación Exterminio, que costase la vida de 1.000 militantes de la UP y de activistas liberales y conservadores, magistrados y jueces de la República, hasta consumir los asesinatos de los eximios patricios republicanos: Luis Carlos Galán, Héctor Abad Gómez y Jaime Pardo Leal.

«ACDEGAM es la columna vertebral de MORENA, el movimiento de extrema derecha que se ha adherido a la candidatura presidencial

del doctor Hernando Durán Dussán, constituyéndose en su promotor ideológico y columna financiera».

Así era mi padre: franco con la verdad, defensor de las causas, sin miedo y sereno, pero a la vez con voz potente y con enfado por vivir de cerca la situación, por conocer cara a cara a los culpables.

«La detención de Vladimir, la cual fue respondida por los cerebros del narco-sicariato con el asesinato, al día siguiente, del coronel Vlademar Franklin Quintero, comandante de la Policía de Antioquia, a cuya memoria rendimos sentido homenaje el día de hoy y siempre».

«Y aun así continuaron con su prepotencia, pues su proyecto político consistía en barrer todo lo que signifique ideas de democracia, civilidad, progreso social, y, no bastando con esto, el día de ayer se habían manifestado con el asesinato de Marta López y Miguel Soler, empleados de El Espectador, en un nuevo intento por apagar la luz del periodismo independiente».

Mi madre se encontraba en el recinto y estaba muy preocupada porque escuchaba a las personas decir en voz baja que, luego de todas estas denuncias, lo iban a matar; sin embargo, mi padre, Gabriel Jaime, enérgicamente continuó con la denuncia y afirmaba: «Exigimos al Gobierno garantías, pues no existen para el ejercicio honesto del periodismo, puntual básico de las libertades y la democracia».

Podría extenderme muchísimo más con las denuncias y verdades que solo mi padre sabía decir, exponer en el momento preciso y trabajar para resolver en ese entonces, pero prefiero compartir textualmente una de sus últimas e importantes denuncias, las cuales le costaron la vida y que también a nosotras, como familia, nos costaron tantas cosas, como un cambio de vida abrupto, además de arrebatarlos muchas de nuestras oportunidades, de fragmentarnos a mi madre, a mi hermana y a mí como mujeres y como seres humanos que somos.

...Al final de este túnel... tiene que haber luz, como un recuerdo de su obra, la Corporación aprobó, mediante Ordenanza número 11 del 4 de diciembre de 1989, exaltar la memoria de tan distinguido diputado a través de la edición del presente libro y la colocación, en un lugar visible de las instalaciones de la Asamblea Departamental de Antioquia, en donde fue asesinado Gabriel Jaime Santamaría, del óleo

del político inolado. El acto de la ordenanza contempló igualmente una petición a la Secretaría de Educación y Cultura del Departamento para que se dé el nombre del dirigente desaparecido a uno de los establecimientos educativos de Antioquia.

Esta publicación es, pues, el justo reconocimiento al incansable hombre, al compañero de diputación que entregó su vida en la defensa de sus ideales. Su pensamiento se ve reflejado en los artículos que conforman esta sencilla obra.

Por José Prieto Mesa, presidente de la Asamblea Departamental.

Gabriel Jaime Santamaría

Fundador, presidente de la UP en Antioquia,

Diputado por la UP, vicepresidente de la

Asamblea Departamental de Antioquia y

Miembro de la Dirección del Partido Comunista.

*Rueda de Prensa.
Por amenazas a población de Segovia.
Asamblea Deptal de Antioquia.*



*Gabriel Jaime Santamaría y Rita Jón
Jón (alcaldesa de Segovia).*

Diciembre 1987



Ultima Intervención de Gabriel J. Santamaria

Denunciando Posibles masacres en :
Segovia, Remedios y Amalfi.

296

Medellín, Octubre 1o. de 1989

INTERVENCION DEL HONORABLE DIPUTADO GABRIEL JAIME SANTAMARIA EN LA SESION DE INSTALACION DE LA ASAMBLEA DEPARTAMENTAL.

Señor Presidente doctor José Prieto Mesa, Señores Diputados, Señor Contralor del Departamento, Secretarios del Despacho, Gerentes de los Institutos Descentralizados, Compañeros y Compañeras de las barras: Ciertamente que el hecho de esta elección me satisface y la recibo como un homenaje a la valiosa lucha que ha emprendido la UNION PATRIOTICA en el departamento de Antioquia y en la República de Colombia, como un homenaje a la sangre derramada por los fundadores de la UNION PATRIOTICA: CARLOS GONIMA HERNANDO GUTIERREZ, ALBERTO LEON MUÑOZ y tantos y tantos líderes y dirigentes de la Unión Patriótica, así como un acto de homenaje a la memoria de mi compañero ALEJANDRO CARDENAS VILLA, sacrificado cuando desempeñaba la Presidencia encargada de la UNION PATRIOTICA en Antioquia a raíz de mi viaje al exterior por razones que ustedes y la opinión pública conocen suficientemente ya. No voy a ser muy extenso porque mis predecesores nos dieron ejemplo de como en estos momentos hay que entrar a esbozar solamente una parte del pensamiento y seguramente en el curso de las sesiones vamos a conocer el pensamiento de todos y cada uno de nosotros sobre los diversos temas en debate. Pero no quiero desaprovechar esta oportunidad sin decir algunas cuantas cosas que tienen que ver con el devenir histórico de Antioquia y de nuestra Patria Colombiana yo creo que desafortunadamente tuvo que perder la vida ese inolvidable líder de la civilidad y de la democracia: el precandidato del Liberalismo doctor LUIS CARLOS GALAN SARMIENTO, a cuya memoria brindo homenaje para que la Nación y para que la República se dieran cuenta de las implicaciones, de la gravedad que frente a los hechos conmueven a la Patria, y a nuestro Departamento. Pero durante mucho tiempo, pese que a la voz de la UNION PATRIOTICA se dirigió reiteradamente señalando a la opinión pública que el baño de sangre no iba dirigido solamente contra la UNION PATRIOTICA, sino que desgraciadamente estaba enfilado contra todo lo que signifique democracia y república libre de nuestra patria; desafortunadamente existieron autoridades que contemplaron con los brazos cruzados este

baño de sangre contra la UNION PATRIOTICA, en el cálculo egoísta de que ese baño de sangre iba a liquidar la idea de la UNION PATRIOTICA.

Pués bien, sepa el Departamento y sepa la Nación que la UNION PATRIOTICA está viva que la UNION PATRIOTICA acaba de realizar un segundo Congreso Nacional y que ha reiterado su compromiso con la democracia colombiana levantando la candidatura presidencial de ese joven caudillo popular, del más joven de todos los candidatos, de nuestro compañero BERNARDO JARAMILLO OSSA, quien precisamente emergió de las filas de la UNION PATRIOTICA en Antioquia para convertirse en el máximo Dirigente de la Unión Patriótica, luego del asesinato de nuestro inolvidable Presidente JAIME PARDO LEAL, y además, el segundo Congreso de la UNION PATRIOTICA señaló ante el país que el camino para la solución de los problemas nacionales tienen que consistir en un gobierno de todos porque es un país de todos.

La grave crisis social, la gravísima crisis económica que golpea durísimo las "espaldas" del pueblo Colombiano y más, tienen repercusión sobre los trabajadores del pueblo Colombiano y más, tienen repercusión sobre los trabajadores del departamento de Antioquia, esos inmensos problemas que hoy conmocionan la Patria no tiene solución con un gobierno de un solo partido, se necesita el concurso de todos los Colombianos amantes de la democracia, de la civilidad y de la república, en ese gobierno están depositadas las esperanzas de nuestros compatriotas y a él la UNION PATRIOTICA con los liberales, con los conservadores, con los socialistas, con los católicos, con los militares honestos, con las fuerzas de seguridad honestas, a ese gobierno la UNION PATRIOTICA ofrece su concurso, ofrece la sangre de sus mil mártires y ofrece la necesidad de construir una nueva Colombia. Por último compañeros, por último compatriotas se han escuchado voces de las cuales yo diverjo, se ha dicho que es necesario el diálogo con todos y estamos de acuerdo, es necesario un diálogo donde participen las fuerzas vivas de la Nación, es necesario un camino de entendimiento; vive la humanidad precisamente el momento que abrió Gorbachov con su política de glasnot y Perestroika, de entendimiento, de convergencia y de diálogo, diálogo para liquidar la mayor amenaza que pende sobre la humanidad que es una posible guerra nuclear que nos destruiría a todos, diálogo para solucionar los problemas regionales, conflictos álgidos como el de Afganistán, como el del Oriente Medio, los conflictos de Centro América y diálogo que está en camino de solucionar la grave crisis nacional. ¿Pero diálogo con quién? ¿Cómo? ¿Y para qué? Hay diálogos que son imposible moralmente, lo decimos con energía, en este momento el diálogo con los narco-traficantes que han hundido a la Patria en un camino de sangre, que financiaran la infraestructura del sicariato, es un diálogo que es imposible levantarlo en la Patria, porque el Presidente Barco, que

durante mucho tiempo no se dió cuenta siquiera que se había posesionado, ya ha empezado a ejercer su autoridad política; deploramos sí, que hubiera tenido que pasar de por medio el execrable crimen de LUIS CARLOS GALAN, para que se diera cuenta el Presidente de la República del terrible drama de la Sociedad Colombiana, porque los narco-fascistas paramilitares son enemigos de la humanidad, porque si tienen, como dijera el Presidente Barco, el hecho casual de haber nacido en Colombia, no son Colombianos porque debido al desmedido afán del dinero que crea este flagelo del crimen, han anegado la Patria con bombas explosivas y han buscado el luto y el dolor de miles de hogares Colombianos y Antioqueños. Hay que diferenciar pues Compatriotas: Una cosa es el diálogo con el movimiento guerrillero que tiene elevados ideales de Patria, que lanzan ideas políticas a los Colombianos y que lo que quieren es que cese la guerra sucia contra el pueblo Colombiano y acabe la miseria que enluta a los Colombianos, pero muy distinto es el diálogo con aquellos que por encima de todo, lo único que los guía es el frío interés de la moneda.

Por eso entonces, diferenciamos en qué clase de diálogo, precisa la Patria y acompañemos al General Maza Márquez y a algunos sectores del Gobierno en la gran cruzada que han emprendido para liquidar las bases del narco-sicariato fascista y paramilitar que asola a Colombia.

Una cosa es sostener que la salida de las encrucijadas es el diálogo, principio que desde la UNION PATRIOTICA sostenemos y apoyamos y otra cosa es pensar que en estos momentos ya están creadas las condiciones para sentar a los narco-traficantes en la mesa de conversaciones, y no hay condiciones hoy, porque a punto de bombazos, a punta de asesinatos y amenazas no se llega al diálogo.

CASTAÑO

Yo voy a terminar leyendo un comunicado de nuestros corresponsales del Nordeste Antioqueño, ellos con pruebas que tenemos en las manos anuncian que se prepara una nueva masacre en Segovia y Remedios:

"EL NARCOTRAFICANTE FIDEL CASTAÑO LO IMPULSA Y FINANCIA". Fuentes de información serias, presentadas y denunciadas por los habitantes de Segovia, Remedios y Amalfi anuncian alarmadamente y lanzan un agudo S.O.S. ante lo inminente de otra masacre en el municipio de Remedios, vereda Cañaveral llamadas: Guaguas y El Hendidor. Por el hecho de habérsele impedido el traslado ilegal de un ganado, para cuya movilización deben tramitarse unos requisitos de Ley, Fidel Castaño viene anunciando con bombos y platillos y ante la mirada complaciente de unidades de XIV Brigada, una nueva masacre en Remedios O Segovia.

↑ *Aca' la denuncia que Gabriel Jaime hiciera en su posesión en la Asamblea Deptal de los Mpios de Segovia, Remedios y Amalfi, antes de las masacres.*

La furia de Dn. Fidel es tal, que ni el Capitán de la Policía de Segovia escapó a las amenazas. Desde la finca denominada "Los Chamizos", ubicada en San Miguel (La Dorada - Caldas), se han movilizado 300 sicarios de una banda compuesta por 500 mercenarios que reciben adiestramiento y entrenamiento en el sitio: "Las Dantas" de San Miguel. Dicha banda la comanda un tal Mario Chamizo y el otro conocido como Jorge "vaso de leche". El primero recluta y paga los sicarios, el segundo: "vaso de leche", se sabe con certeza que está al servicio del ejército, en compañía de un tal: Ramiro Tangarife, que guía los ataques de la XIV Brigada contra la vereda El Recreo de Remedios. "Vaso de leche" ha salido de las Dantas con sus asesinos para hacer "unos trabajitos" en Remedios. "Por eso estamos convencidos que es él, el que va a cometer la masacre" dicen los habitantes de la región.

Los habitantes del Nordeste no se explican cómo es que la policía en Amalfi le hace "calle de honor" a "Don Fidel", cuando aterriza en la plancha del colegio de ese municipio, en donde también posee una "Fisca" muy bien organizada.

Tampoco se explican que a pesar de la guerra que el Presidente de la República lanzó contra los narcotraficantes, cómo las fuerzas de la XIV Brigada, guardan silencio de estos procedimientos de "Don Fidel" con quien tienen excelentes y amistosas relaciones.

El clamor de los habitantes del Nordeste Antioqueño que a gritos solicitan de los Periodistas, del señor Ministro de la Defensa, del Presidente de la República y demás autoridades departamentales y nacionales un : ¡ Hagan algo !.

El hilo de las versiones reales indican que la masacre se ve venir y rematan reflexionando: "Sería lamentable que volviéramos a llorar sobre nuestros muertos, porque el Gobierno y el Estamento callaron frente a estas denuncias".

Señor Presidente, Señora Gobernadora, Señores Funcionarios del Gabinete Departamental, Señoras y Señores: Nosotros LA UNION PATRIOTICA no quiere, no desea más entierros de gente humilde del pueblo, por eso comunicamos ante la opinión pública estos datos y necesitamos que se prevenga una nueva masacre en el Nordeste Antioqueño.

Muchas gracias señoras y señores.

Carta a mí misma

Fecha: 08 de mayo de 2026

Por Luisa Santamaría y Lukas Velásquez, basada en «La bufanda de Isadora» de Farley Velázquez.

Siempre te dicen que debes conquistar el éxito, no comer, utilizar las palabras adecuadas, no interrumpir, respetar, obedecer, guardar silencio, no insultar, no romper, no salir tarde, no fumar, no dormir, hacer ejercicio y conseguir dinero...

Qué preocupación tan enorme debe de ser para ti llegar a ser alguien en esta vida, en este país de bandidos, de triquiñuelas, de mentiras y de barbarie. Nacer, crecer, consumir para luego existir. Nacimos castrados, manipulados y sellados. Nuestras mentes están atadas de por vida a esta máquina, a este sistema de creencias que se valida constantemente a través de pantallas siempre presentes.

Parece que solo existe una salida: la de formar un hogar, y ahora sí que se vengán los problemas, pues de esta manera eres más atractiva para la sociedad, porque sola inspiras pesares. Porque debes salir acompañada de noche, debes tener a un hombre siempre a tu lado para que, cuando salgas a tus 46 años, no piensen que saliste a buscar placeres, a desnudarte ante un desconocido o a conversar entre vinos y licores acerca del romántico sueño revolucionario de querer cambiar el mundo.

Será mejor comprarse una armadura o un somnífero para adormecer los deseos y dedicarse a conquistar el éxito, darse a conocer y ser alguien cueste lo que cueste. Afortunadamente, has elegido el camino de buscarte, de mirarte en los espejos rotos de la memoria. Pero si se mira atrás... tu padre ha muerto, Evelio ha muerto, tus abuelos han muerto, los líderes han muerto, los amigos, los buenos, los malos.

Pero la ciudad te extorsiona, te manipula, te presiona, te enferma, te exprime y te deprime. Te vuelve un enfermo mental, recontamina el alma, ya no soportas estar sola, no soportas tu casa, el trabajo, la universidad, las vitrinas, los muertos y esos abismales bolsillos sin dinero por momentos en tu larga y existente vida.

Y, sin embargo, observas el mundo con los ojos de una prostituta a la espera de su momento, de un drogadicto o de un borracho de fin de semana, de algún sábado con los ojos embotados de música; alguna vez, otro muchacho loco, de esos de mochila pegados a una flauta, de esas mujeres que cuelgan de oníricas telas que nos hablaron de poesía, de lo importante que es el arte para un país de muertos caminando.

Lléname de teatro, cultiva tu universo, en donde puedas meterte en el lugar donde otros son lo que no son, de tener un altar para hablar con las mujeres y hombres que se atreven al púlpito de las artes escénicas. Trabarse con el movimiento, inventarse otro mundo para no morir de aburrimiento, se podría ser famoso, ser alguien, soñar y sacar a flote las inmoralidades reprimidas, matar sin ser condenado, sin cargar con el rótulo de la indecencia ¿Y por qué no?, dejarse crecer el cabello o raparte por completo, leer a Rimbaud, a los comunistas, sobre conflicto en Colombia, el genocidio de la Unión Patriótica; conquistar ciudades, países, mujeres y por supuesto hombres, hablarles de nuevos lenguajes, convencerlos a todos de que se es una necia, un necio, inconformes que deliran.

Piensa que los sueños te llevan a grandes cosas, que es posible salir de la miseria. Tener ya el derecho y el honor para hablar de la libertad. Ahora busca ese lugar en donde puedas crear tu personaje, pensarlo en voz alta y analizarlo para escoger qué decir, recibir consejos sin buscarlos, ponerle un carácter adecuado para cada situación teniendo en cuenta la gramática, la narración, el tono, cómo saber cuándo llorar, reír, saber de dónde viene, su destino o final.

En el fondo, tú sabes que estar en el lugar del teatro es diferente a estar en la vida del común, en donde te tiras a los abismos pensando que era el camino, empacas la maleta y te vas, sin sumar y restar las posibilidades que tienes para subsistir, si ese es el estilo de vida que sueñas, si es en ese viaje en donde te obligaran a dejar tus sueños, por ir tras la emancipación y la realización de ser madre obligatoriamente.

No puedes vivir sin mirar que este país nos impone buscar la felicidad en las fechas capitalistas: el Día de la Madre, el Día del Padre, los cumpleaños, las vacaciones de Semana Santa o de mitad de año, los festivos, diciembre y Año Nuevo, las dos fechas del año más esperadas por la clase burguesa y popular en contraste.

Para ti, la Navidad es aburrida porque la gente tiene sus manos solo llenas de consumo, las casas decoradas con naturaleza artificial y nieve de algodón o en aerosol. Lo único que disfrutas es cuando recibes los obsequios en las pocas navidades que has pasado con tu madre y hermana. Algunas veces incluso no llevas regalos, poco participas de esas fechas, poco te importan y poco te seducen.

En esas fechas pagas un escondite hasta por 8 años, porque constantemente estás amenazada por el sistema o la incomprensión. Si el teatro es el arte de la derrota, preferimos la televisión o, más fácil, que otro me emplee y finalmente me utilice para no perderse en el limbo del futuro teatral.

La emancipación femenina y la liberación sexual dejaron a un lado la posibilidad de reivindicarse por medios dignos. La cultura voyerista y pornográfica doblegó el furor revolucionario para domesticarlo ante la cámara, el mismo afán exhibicionista que ahorcó a Isadora Duncan con su propia bufanda, el mismo afán por lucirse que volteó la tortilla a esos jóvenes que soñaron alguna vez con cambiar el mundo a través de un escenario; hombres y mujeres que esculpieron sus cuerpos para poder ser deseados a través de la cámara, actores que han hecho la misma mutación y actualmente atraviesan todas las disciplinas y oficios, actores convertidos en modelos *influencer* y patrones del deber ser y la belleza, maniquís de un circo macabro donde lo único que importa es controlar sujetos con el ego exacerbado y agravado por una sociedad del espectáculo que aplaude mientras el personaje se consume y arde en llamas solo porque el “el show debe continuar”.

Debes comprender esto para que no sigas cargando tu maleta, acompañando caminos y realidades en donde se vive una vida impuesta por el capitalismo y sus costumbres banales. Sigue en tu universo, tienes el talento, la formación que con sacrificio has labrado para realizar tus metas. Por tu vida, sálvate, continúa, confía en ti, no sigas tropezando con el cíclope que no tiene cómo ver más allá. Abre tus manos, atesora solo lo bueno y aprende del lodo que a veces cubre tu cuello. “Sé feliz y bórralo todo”.

Para: Luisa Santamaría

De: Luisa Santamaría

El Camino que retomo...



Obra de Teatro Telaraña – Montaje de último semestre UdeA / 2010

La que algún día fuimos...



Mi Familia



Foto. "Con Rafael Medina Santamaría, Negro, Jaibo, Guajira, Nahomy y Horus".

Analogía entre ficciones y metáforas

El texto dramático *Santasangre* es una obra de teatro escrita por Luisa Santamaría, basándose en *Drácula* de Bram Stoker, en donde el personaje de Mina resulta ser la protagonista y es representada por tres Minas, dándose la multiplicidad.

La imagen del Conde Drácula y su accionar con respecto a sus víctimas dan cuenta del abuso de poder, en analogía con lo que ha sido el gobierno por décadas en Colombia. A continuación, se comparten dos fragmentos de su obra *Santasangre*: «Paisaje III Mordida Fatídica» y «Puerto de Whitby».

Paisaje III Mordida Fatídica

Drácula necesita nuevas víctimas para saciar su sed de poder y sangre, ya que su castillo heredado por sus antecesores está ubicado en Transilvania, en donde los pobladores fueron asesinados a manos del mismo vampiro.

Para resolver su problema de alimentación, contrata a Jonnathan Harker, abogado, quien viaja desde Whitby para entregarle las escrituras del nuevo castillo que compró a su nombre. Pero Drácula enfurece y lo arroja de su castillo entre la noche y los lobos. Continúa con sus planes y viaja en un barco miles de kilómetros con todos sus ataúdes y pertenencias, mudándose a Whitby, en donde inicia su nuevo círculo de víctimas, tomando la sangre del capitán y su tripulación. Una vez llega a tierra, se apodera de Mina, la prometida de Johnnathan, y también de Lucy, su mejor amiga, ambas mujeres atractivas.

Puerto de Whitby

Mina descubre que Jonnathan no regresará del castillo de Drácula al perderse entre la noche espesa. Además, padece por la muerte de Lucy, su mejor amiga, a causa de las mordeduras del vampiro. Mina, en venganza, cita a Drácula de madrugada en el puerto, corta sus venas y, con un falso beso duradero, lo distrae hasta la puesta de sol, para lograr que muera. Mina, minutos después, cae palideciendo debido a que pierde mucha sangre hasta morir.

Paisaje III - Mordida Fatídica

Mordida Fatídica

1. Cuarto de Lucy

Mina 1 le da las medicinas a Lucy, mientras Mina 2 y 3 le colocan en la frente paños de agua tibia.

Mina 1: (A Lucy) ¿Sabes? Me alegro de pensar que Jonathan no estaba en aquel barco, pero ¿dónde está mi Jonathan? ¿Lucy? ¡Lucy! (*Lucy no hace mucho caso*). Si al menos supiese que puedo hacer algo por él, por ti. ¿Qué piensas, niña?

Lucy: No debimos asistir al funeral del capitán... ¡Qué muerte tan extraña! Resultar atado al timón, con el rosario entre las manos y toda esa sangre... No se va de mi cabeza la imagen del barco, las ratas sobre los cuerpos... y el silencio... Mina, ¿tienes miedo?... Y las otras muertes... la del hombre del cementerio, los niños, las mujeres, los ancianos, tu Jonathan, que no aparece, mi enfermedad... Todo será la peste o será... ¡Oh, Dios! Y ese perro furioso y aterrado saltando de ese barco de la muerte... Es terrible, Mina, y estamos tan cerca de todo eso.

Mina 2 y 3: No llores, Lucy, todo va a estar bien. También tengo miedo.

Mina 1: Desde que llegó ese barco, todo ha cambiado; según el forense, el capitán debió morir al ser sobresaltado por un terror enorme que todavía estaba marcado en su rostro después de muerto, y es esto lo que te asusta... Pero no temas, mañana verás el sol... Si quieres, vamos de paseo... al bosque o de compras... lo que tú quieras... Dime, ¿qué quieres?... ¡Lucy, dime! (*Abre la mitad de la cortina y le señala la luna*).

Mina 2 y 3: Es luna llena.

Lucy se para encima de la cama y caen los pañitos de agua al suelo.

Lucy: ¿Ves esa neblina? Así mismo fue como la neblina tapó el claro de luna que resplandecía ese día en la piel pálida y los ojos apagados, sin vida... del capitán muerto. Me estremezco ante la sola imagen de ese hombre. Quiero dormir y no pensar. Ayúdame, Mina.

Lucy se inclina y recoge los paños del suelo; Mina 1 observa el cuello de ella y lo toca.

Mina 1: Lucy, confíesame: la otra noche, ¿recuerdas?, cuando te desperté de tu crisis de sonambulismo, en el cementerio, ¿qué soñabas?

Lucy: No, no soñaba... Todo era real... Deseaba estar aquí, en este lugar... y, sin embargo, huía; algo me daba miedo... no sé qué... Recuerdo haber cruzado las calles, haber atravesado el puente. ¡Oh! En aquel momento un pez saltó y me asomé a verle... Luego, al subir la escalinata, los perros se echaron a ladrar; era como si el pueblo entero estuviese lleno de perros. Y luego tuve la sensación de una sombra alargada, con unas pupilas relucientes, tal como el otro día, al ponerse el sol. Al mismo tiempo gocé la sensación de estar rodeada por una dulzura inefable y una tristeza sin límites, todo a la vez... Después... fue como si me hundiese en un mar verde y profundo... Sentí un fuerte zumbido en los oídos, como seguramente sienten los que se ahogan... Creí dejar de existir, como si mi alma abandonara mi cuerpo, flotando en el aire... Recuerdo que el faro oeste se hallaba por debajo de mí y tuve una sensación de dolor, como si estuviese en medio de un temblor de tierra. Por fin volví en mí... gracias a tus sacudidas; vi tus gestos antes de sentirlos....

Mina 1: Te perseguí hasta el banco del cementerio... y vi una mancha negra o un hombre alto y delgado. Yo corrí y me escondí. Luego vi, a la perfección, despejada por las nubes, que este hombre se aproximaba a tu cuello... ¡Lucy, este hombre mordió tu cuello! (Lucy se desmaya).

Mina 1 va a la ventana y la cierra. Cuando regresa, se encuentra con Drácula, que muerde el cuello de Lucy. Las Minas gritan de una en una, hasta convertir su voz en una sola.

Mina 1 va a levantar a Lucy y, al mover la cobija, la cama aparece inundada de ratones.



Lectura Dramática
SANTASANGRE

Basada en la novela Drácula de Bram Stoker

Dramaturgia y Dirección: Luisa Santamaría Grupo: La Camerata
Teatro Ateneo Porfirio Barba Jacob
Viernes 19 de Noviembre Hora: 8 p.m. Boleta: \$5.000 Estudiantes \$10.000 Público General
calle 47 # 42-38 Torres de Bomboná
Informes: Tel: 216 07 08 www.ateneodemedellin.com , luisasantamaria2@hotmail.com

Ateneo
FORNITO ENSEÑA 14008



Puerto de Whitby

Bajo la niebla, Mina decide vencer a Drácula y lo cita en la banca del puerto. El público, tras los cristales, como adivinos, observa el final.

Mina: Aquí estoy, ¡sanguinario Conde Drácula! ¡Miserable Inglaterra! ¡Te auguro períodos de espanto si esta bestia sigue viva! (*Dirigiéndose al público*). ¡Y pobres de los que se sonrían, pues, si mi suerte es nefasta, no me sobrevivirán mucho tiempo!

Drácula: ¡Dulce santa, por caridad, no estés tan malhumorada!

Mina: (*Sacando una espada de su vestido y suplicando al cielo*). ¡Abra la tierra sus fauces, hierva el infierno, rujan los demonios, oren los santos porque desaparezcas precipitadamente de aquí! ¡Que se cancele la vida de Drácula, te ruego, y que yo viva lo suficiente para poder exclamar: «¡Ha muerto la bestia!»!

Drácula: Señora, ignoras las reglas de caridad que exigen devolver bien por mal y bendecir a los que nos maldicen.

Mina: (*Apuntando con su espada al cuello de Drácula*). ¡Horrible demonio, en nombre de Dios, vete y no nos molestes más! ¿¡Por qué has hecho tu infierno de esta dichosa tierra, llenándola de imprecaciones y gritos de maldición!? ¡Si gozas al contemplar tus viles acciones! ¡Avergüénzate, avergüénzate, montón de deformidades! ¿¡Por qué es tu presencia la que hace exhalar la sangre de esas venas (*señalando la tumba de Lucy*), vacías y heladas, donde ni sangre queda ya!? (*Mina, cortando sus muñecas, de las que caen gotas de sangre*). Me muero de fastidio. ¡Es la tumba, voy hacia los gusanos! ¡Oh, Dios, que has formado esta sangre, venga su muerte! ¡Oh, tierra, que has bebido esta sangre, venga su muerte! ¡Cielo, destruye con centellas al criminal o bien, tierra, abre tu boca profunda y trágalo vivo (*mirando con amor a Drácula*), como devoras la sangre de mi único consuelo, de mi única amiga, Lucy, a quien asesinaste con tus colmillos, guiado por el infierno! (*Drácula corre a las manos heridas de Mina y chupa su sangre*).

Drácula: (*Mirándola con respeto*). Vamos... ten calma, querida... No es la primera ni la segunda vez que la sangre de tus venas sacia mi sed.

Mina emite un débil y doloroso gemido.

Mina: ¡Ah!... ¿Quién me podrá impedir que gima y llore? ¿Quién deplorar mi suerte y atormentarme? ¡Quiero aliarme con mi amarga desesperación contra mi alma y convertirme en mi propia enemiga! *(Con lágrimas en sus ojos)*.

Drácula: La úlcera inflamada de tus profundos odios, recientemente despertada, debe preservarse con cuidado, atenderse y tratarse. *(Besando a Mina)*.

Mina: *(Con ironía y muy débilmente)*. ¡Oh, asombro! ¡El diablo diciendo la verdad!

Drácula: ¡Todavía es más asombroso ver ángeles tan coléricos! Permíteme, divina perfección de mujer, que me justifique en esta ocasión de tantos supuestos crímenes.

Mina: ¿Dónde está Jonathan?

Drácula: Yo no he asesinado a tu marido.

Mina: Pero sí a mi amiga Lucy, que está en el cielo, donde tú no irás nunca. *(Abrazándolo)*.

Drácula: ¡Que me agradezca, entonces, por haberla enviado!

Mina: *(Con mucha tristeza por él)*. ¡Que una negra noche entenebrezca tu día y la muerte, tu vida!

Drácula: ¡No blasfemes contra ti misma, bella criatura! ¡Tú eres mi día y mi noche! ¿Hacemos las paces? *(Abrazando a Mina)*. Sé sincera conmigo y acepta este anillo. *(Coloca el anillo en la mano de Mina, besándola; ella lo abraza profundamente, esperando a que el sol, al salir, lo convierta en polvo)*.

Drácula se escurre en la puesta del sol como ceniza entre los brazos de Lucy. Pero al desaparecer salen de diferentes lugares sus sombras: la mujer hermosa, la niña, la anciana, la mujer suicida, el rey.

Mina: ¡Y este veneno, este beso mil veces maldito! *(Mareada)*. El crimen es castigado por el crimen; el cruel sanguinario, ahora sumido en la sombra de la muerte, aquel jabalí que sorbía nuestra sangre caliente como agua de fregar, ha muerto. ¡He vencido a la bestia! *(Con una sonrisa, alza sus brazos bañados en sangre)*. ¡Que allí se hunda y que la mar lo trague! ¡Vagabundo sin valor!... Me muero de fastidio, es terrible. Voy hacia los gusanos, me muero de horror. *(Cae palideciendo y de sus manos salió toda la poca sangre que le quedaba)*.

Escribir para sanar

Mi vida hecha un poema

Yenni Landázuri



Yenni Landázuri

Yenni Landázuri es maestra, escritora y poeta que cree profundamente en el poder de las palabras para sanar. Soñadora incansable, le apuesta a la paz, la equidad y al renacer del ser humano, como el ave fénix que resurge de sus cenizas. A través de su poesía transforma el dolor en esperanza, dejando atrás las heridas del pasado, mientras extiende una voz de consuelo y fortaleza a las víctimas del conflicto armado y a todas las personas que han sufrido injusticias. Su obra nace del corazón y busca sembrar dignidad, reconciliación y esperanza en cada lector.

En honor a la memoria

En honor a la memoria de aquellos tiempos vividos, cuando, entre monedas de a pesos, bronce y centavos, y el billete de 100 pesos, fue el comercio de ese tiempo.

En honor a la memoria de aquella niñez bonita, cuando, entre corridas por las carreteras, jugábamos al *jamie*, al *catápis*, *ponchado*, el *botatarros*, las escondidas, a la *rueda que rueda* y otros juegos bonitos de los que hoy ya no conocen los niños.

Contando cuentos por las noches, cuentos infinitos, sin afanes, sin prisas, mucho tiempo para imaginar, solo jugar y estudiar, sin distracciones, sin wifi ni celular ni internet, las tareas realizadas y bien investigadas, caminando grandes distancias a una biblioteca llegaba y entre libros y grandes enciclopedias mis tareas realizaba.

En honor a mi memoria de normas y valores, cuando el respeto existía, cuando se pedían permisos y se hacía lo correcto, las palabras obscenas eran pocas y el docente casi paterno.

Tiempos aquellos. Se interactuaba, más contacto humano, más diálogo y acuerdos entre personas vistas cara a cara, amigos reales de la cuadra; hoy muchos de ellos me traen a colación mis momentos vividos.

En honor a mi memoria, cuando conocí la pérdida, cuando supe la crueldad del conflicto armado, cuando un corazón y mi tierra quedan manchados del último color de mi bandera.

No existió la piedad, solo un puñal atravesando el corazón de una madre y una hermana: en el año 2000, en el Divino Niño, así se llama el barrio, donde en esa noche, con muchos niños jugando al fútbol, le quitan la vida a mi hermano.

Hago una pausa en este recuerdo, pues al evocarlo renacen aquellas lágrimas que son pocas para la pérdida.

En honor a la memoria de un encuentro con Dios y su propósito en mi vida, él me dio la sanación, sanó mi dolor, me enseñó el perdón y la reconciliación.

En honor a la memoria, cuando me tocó partir a la ciudad de la eterna primavera, que en ese tiempo sí era, donde extrañaba familiares

y los amigos de mi tierra, pero que al resurgir y empezar de las cenizas se encontró una nueva era. Un nuevo resurgir.

En honor a la memoria donde formé una familia, unos hijos, un hogar, donde hallé la alegría y estabilidad emocional.

En honor a la memoria, donde buscando el refugio conocí la Unidad de Víctimas de Belencito, buscando un apoyo por el cual sostener la vida, y en la indemnización encontré un poquito de alivio a la pérdida y al dolor que el conflicto armado me dejó.

En honor a la memoria encontré unas amigas, Yomaira y Consuelo que, sintiendo mi dolor, nos apoyamos al escribir nuestra historia en palabras, trayendo a colación momentos tristes vividos. Al escuchar sus historias, mi dolor aún se opaca, no dejando de ser menos que el de ellas, pero en cada letra y en cada escrito que se dice entre sollozos, lágrimas y palabras entrecortadas de dolor e indignación, ellas son admiradoras de mi poema «Yo sí sé lo que tú sientes», porque se refleja un dolor compartido.

Al conocer sus historias y en mi escribir para sanar, doy a entender que en la memoria de Colombia quedan madres que dan hijos, quedan hermanos, esposas, con un gran vacío de saber que nuestra soberanía no fue libre como se pensaba al alzar la bandera y derrocar la violencia, y el cruel dolor que nos deja el conflicto armado.

En honor a la memoria siempre, de corazón a Dios pido que se acabe esta violencia que corazones deja partidos y que nuestras generaciones solo lean en mi escrito cómo se superó lo que nos dañó el conflicto, y que ese supuesto acuerdo de paz algún día se haga cumplir en ellos, y que por fin se cumpla ese sueño, ese gran juramento, ese acuerdo de paz tan anhelado, tan soñado.

En honor a la memoria, este, mi escrito les dejo.

Gracias.

Había una niña

Había una niña que le encantaba jugar en la oscuridad porque, curiosamente, en las noches más oscuras encontraba una luz. Ella caminaba por calles silenciosas, en donde las sombras parecían interminables, pero a aquella niña curiosa algo le robaba toda su atención: una pequeña luciérnaga que alumbraba su camino.

A aquella niña le asombraba pensar cómo un ser tan diminuto podía guardar dentro de sí una luz tan grande, tan intensa, tan viva. Quería descubrir el secreto de aquel resplandor y entender de dónde nacía tanta magia. Muchas veces intentó atraparlas para conservar su brillo, pero, al hacerlo, comprendía con tristeza que, al alejarlas de su libertad, la luz se apagaba lentamente.

De sus manos pasaron los días, las noches y las estaciones. Es cierto que en su niñez le encantaba jugar con el grillo, el cual, siendo ella feliz, lo ataba de un hilo por la cola y dejando seguir al vuelo de este. Aquella niña amaba ver las estaciones primaverales de las mariposas, todas ellas hermosas por sus infinitos colores, pero nada superaba la fascinación que le tenía a la luciérnaga, tal vez porque, sin darse cuenta, aquella criatura le enseñó algo que guardaría para siempre en su interior, en el alma.

Le enseñó que, incluso en medio de la oscuridad, siempre existe una guía, una pequeña luz capaz de conducirnos: una luciérnaga.

Y cuando llegaron, y al crecer, y cuando llegaron los momentos difíciles; cuando esa niña se hizo grande y la tristeza oscurecía su corazón, y la vida parecía llenarse de sombras, ella recordaba aquel brillo, recordaba aquella luciérnaga. Entonces comprendió que la verdadera luz no depende del tamaño, ni de la fuerza, ni de las circunstancias, sino de la capacidad de seguir brillando aún en la oscuridad, aún en la adversidad.

Desde entonces, cada vez que la noche aparecía, ella ya no le temía, porque sabía que dentro de sí también habitaba una pequeña luciérnaga, la que quedó guardada en su corazón.

Yo sí sé lo que tú sientes

Yo sí sé lo que se siente
allá en la lejanía.
Yo sé lo que se siente estar
en una ciudad que no es mía,
caminando entre las multitudes voy buscando compañía,
esas compañías que dejé en la lejanía.
Familiares y amigos no veo aparecer...
¿Cómo hacer?, ¿cómo hacer para volverlos a tener?
Yo sí sé lo que tú sientes aquí, en mi cercanía,
madrugando vez tras vez,
buscando una esperanza para nuestras vidas.
Entre azul y blanco
esperando amanecer,
vas viendo los rostros de aquellos que,
al igual que tú,
sienten el mismo padecer:
de aquella cruel violencia
que nos marcó de por vida
y que ella es la culpable
de esta triste lejanía.
Pero hoy quiero decirte: ¡no te rindas!
Todo tiene mejoría.
con paciencia, fe y aguante,
tu vida será lo que soñaste algún día.
¡Yo sí sé lo que tú sientes!

Joven, tú eres digno

Si hay algo que a mí me ha molestado es saber
cuánto daño a la muchachez le han causado,
cómo su lozanía ha maltratado
y de su gran dignidad han abusado.
A mí me duele ver niños maltratados
que incluso por sus padres han sido abusados,
negándoles el amor, sin darles lo mejor,
y que sea el ICBF quien les dé protección.
Tú que eres digno de todo el bienestar
que en tu pujante vida te podemos dar.
A ti nadie nunca te puede maltratar
y con un alto «¡Basta!» tú puedes reclamar.
Tú, que eres digno de todo el honor,
tú mereces todo, todo lo mejor.
Mereces cariño, respeto, educación,
sana convivencia, sana asociación,
un hermoso entorno donde puedas florecer,
un lugar seguro en donde crecer.
Es que yo te asocio con el esplendor
y con los abries de donde sale lo mejor.
Tú eres el futuro de una gran nación,
y con un fuerte aplauso te damos a ti este gran honor.

No al reclutamiento de niños, jóvenes y adolescentes

No me quites mi libertad
pues es mi derecho, es mi humanidad.
Soy el reflejo de la dignidad
que todos los niños queremos;
que es la libertad.
No me condenes a esa mancha oscura,
ni a los grilletes, ni a las ataduras.
Quiero estar con mamá,
quiero ir a estudiar,
quiero dormirme cansado, pero de tanto estudiar,
y quiero tus manitos al frente diciendo:
¡Basta ya!
Ya no más niños armados,
ya no más niños reclutados,
ya no más niños que a la guerra, a la fuerza, se los han llevado,
dejando corazones tristes y desconsolados.
Por eso que todos los niños digan: ¡libertad!

La Unidad de Víctima

¡Wow! La Unidad de Víctima nos ha recompensado
por tantos años de lucha, pérdidas y dolor causado.
No en vano hemos madrugado,
con frío, calor y hasta de hambre pasados.
La indemnización nos ha aliviado,
un poco el dolor y el daño causado,
pero nunca podrá devolvernos
a ese ser amado,
ese que en la memoria vive
y por siempre será recordado.
¡Cómo quisiera volver al pasado,
y no perder ni un minuto estando a tu lado!
Añoranzas de un triste adiós solo no ha quedado.
En mi memoria sigues vivo,
jamás serás olvidado.
Ya son muchos los años que sin ti he pasado,
no te recuerdo triste, por siempre serás recordado
en estos escritos te he plasmado,
son ellos mi refugio
ante tu gran ausencia,
mi hermanito amado.

Me tocó empezar de cero

Me tocó empezar de cero,
yo no quería, pero me tocó.
Dejé mi entorno en donde crecí,
dejé mi cultura donde me formé,
dejé mi barrio en donde jugué.
Fueron sus calles las que caminé,
fueron sus fincas por las que pasé,
fueron sus frutos los que saboreé
y en sus ríos me bañé.
Muchas personas a las que conocí,
hoy las recuerdo, ya no están allí.
Todo ha cambiado, es triste decir,
perdí mi vida desde que salí
de aquel entorno en el que viví.
Hoy me ha tocado empezar de cero,
no sé cómo lo hice, me quito el sombrero.
Pero se vale empezar de nuevo,
se puede tener un nuevo comienzo:
es como tener un renacimiento.

La vida no es vida

La vida no es vida en este país.
En este país que ya ni a los niños
los dejan vivir,
no sienten dolor,
no sienten temor
al ver tanta gente
perdiendo este don.
Siéntate un momento
y piensa el dolor
que siente mi Dios
al ver su creación,
cómo la destruyen
sin comparación.
Cuando está lloviendo,
¿no piensas que Dios
está llorando
con tanto dolor?
Sus lágrimas corren
por alrededor,
mojando a la gente
que sienta temor,
y para que acabe
esa quemazón,
ya que la vida
es su creación.
¿O acaso no piensas
en todo el dolor
que a su paso dejas
con tu matazón?
Padres, madres,
hermanos, hijos
pierden la razón,

se ven afectados
en su corazón.
Pierden su sonrisa,
no hay motivación,
porque a su ser amado
perdieron sin razón.
Pierden sus terrenos,
su ubicación,
salen de sus predios
sin voltear atrás,
esperando que algún día
los puedan recuperar.
Muchos de ellos quedan
como mi mamá,
que al perder a su hijo
no volvió a reír
ni a cantar más.
Solo le ha ayudado,
a medio calmar,
los antidepresivos
que a diario se tiene que tomar.
Y las peticiones,
que a su Dios eleva,
que le ayuden a olvidar
ese cruel momento
que de su mente
no ha podido borrar:
Cuando tristemente
a su hijo enterró,
a un joven de 18 años,
que su vida no acabó
de completar...
Ella muerta en vida
tuvo que quedar.

Basta ya

Lloré lo que tenía que llorar,
incalculables fueron mis momentos
de aflicción y desolación.
Mi cama y mi almohada se cansaron,
mi preciado espejo ya no quería mostrar mi reflejo,
hasta él mismo entristecía,
no encontraba la forma de decirme:
«cambia esa cara».
Hasta que un día desperté,
corrí,
me miré en ese mismo espejo
grité:
¡basta ya de llorar!
La vida sigue,
hay que luchar
por los que quedan,
por los que han quedado,
y continuar.
Desde ese día
mi espejo me regala
el mejor de los reflejos.

El regalo del perdón

Te perdono, de todo corazón,
te perdono,
ya mi herida está cerrada,
ya la deuda está saldada.
Te perdono,
aunque no fue fácil.
Después de tanto tiempo
logré trascender y comprender
que el perdón sana;
que es reconfortador.
Te perdono
porque tú, al igual que yo,
también fuiste víctima,
fuiste víctima y un títere
de un sistema que todo lo resuelve
de manera vil.
Fuiste víctima
de sus más bajos intereses.
Por eso te devuelvo
la dignidad del perdón,
recíbelo como un regalo,
como un acto de amor.

El idioma universal

Existe un idioma universal
el cual habita en el alma,
que al compartirlo con otros
les suscita calma.
Con tu sonrisa puedes
transformar al mundo,
generar confianza
y crear muchos vínculos.
Cuando veas en alguien
un rostro de tristeza,
obséquiale sonrisa,
notarás la diferencia:
se tranquilizará, se animará,
y con su sonrisa te responderá.
Un corazón estresado
no podrás tener
si una sonrisa en tu rostro
logras mantener.
Hasta las joyas más preciosas
pierden su valor;
si una sonrisa mantienes
tendrás el mejor resplandor.

Reconciliación

Atrás quedó el dolor,
atrás quedaron mi rabia,
mi enojo, mi llanto
y desesperación.
Pude perdonar,
pude reconciliar,
mirarnos frente a frente
e interactuar.
Qué sanador es el perdón,
qué apropiada es la reconciliación,
crear un ambiente sano,
lleno de confianza y valentía,
sin guardar rencor.
Qué bonita es la vida sin odios,
qué bonita que es la vida en armonía,
qué bonito es un entorno
donde reine la alegría.

Ausencia

Nada fácil es acostumbrarme
a despertar
y que ya no estés aquí.
No ha sido fácil
esto sí que duele:
dejarte partir
e imaginar que nada ha pasado.
¿Cómo se anula el pasado?
¿Cómo se ignora tu existencia?
Aquella que me hizo feliz
dio razón a mi existir,
esta ya no es vida
porque no soporto vivirla
en tu ausencia.

Me liberé

Fueron muchos los años
cargados de rencor,
vivía día a día
como leña en el fuego.
Cada recuerdo tuyo
era un motivo
para cobrar mi venganza,
defender tu memoria
y tu honor.
Mi frustración aumentaba
al no encontrar
a los culpables
que me separaron de ti.
Estaba cargada
del más terrible sentimiento
de venganza,
se notaba en lo que hablaba,
se notaba en mi mirada,
al despertar solo decía:
¡Lo logré!
Pero me di
el más lindo de todos los regalos.
Ni las joyas más preciadas
superan su valor.
Te regalé a ti y a mí
el regalo del perdón;
de la reconciliación.
Desde ese mismo día
hay paz en mi corazón.

¿Qué pasó con el amor?

Y me pasmé,
quedé en silencio profundo,
y mis pensamientos
no tenían ningún rumbo.
Mi alma se llenó
de mil preguntas,
todas ellas gritándole
a oídos que no escuchan.
Mi alma aplastada
por el dolor se pregunta:
¿qué pasó?,
¿qué pasó con el amor?
¿En dónde se encuentra ese ser
que a su imagen hizo Dios
y que de vida lo formó?
¿En dónde está?
¿Dónde poder encontrar en el ser
el respeto y la tolerancia,
sin fijarte en su color,
o su sexo o su tendencia?
¿Por qué juzgar las diferencias?
¿Dónde está la tolerancia?
Se pierde la fragancia
que sintió mi Dios
cuando expresó al final de su creación:
«Y vio Dios
que todo lo que había hecho
era muy bueno».
Pero qué triste es saber
que con tu actuar
ahora Él cambia de pensar,
al mirar tu forma de tratar,

y se arrepiente de crear
a un ser lleno de maldad.
Qué pesar,
esto tiene que parar.
¡Basta ya!
Los buenos
tenemos que ser más.

Resurgir del dolor

Encontré un poder,
un poder maravilloso
que quisiera que todos lograran tener.
Pasé por el dolor,
la tristeza,
la pérdida
y el no encontrar qué hacer.
Me sentí vulnerable, inestable,
tan frágil como el hielo
que se derrite poco a poco,
como una mariposa
cuando pierde su vuelo.
Pero ese poder me dio razones de emprender.
Ser resiliente me dio fortaleza,
me volvió fuerte
a las tristezas y a las adversidades.
Me recuperé
y fui capaz de emprender de nuevo
con valor y entereza.
Ese poder fue: la resiliencia.

Los buenos somos más

Hay algo que de mi mente no he podido sacar:
un triste pasado que en mi vida
ha dejado lágrimas, amarguras,
terribles recuerdos y ataduras.
Estos han sido como el fuego abrasador
que genera quemaduras.
Fui víctima, fui víctima,
débil y frágil,
de un sistema que todo lo resuelve
con el arma de la destrucción,
sin compasión,
sin detenerse a pensar en el dolor
que a su paso dejan con su matazón.
Triste y en cenizas ha quedado mi corazón
al no encontrar la razón
cómo estos atarbanes atacan
y dejan terrible destrucción.
Triste y en cenizas ha quedado mi corazón,
esperando el momento en que se cumpla
el mal llamado juramento,
Acuerdo de Paz, tan soñado, tan anhelado.
Sé que, como el ave fénix, me levantaré,
me levantaré de las cenizas en las que me dejaron,
porque los buenos somos más,
porque nuestra confianza, nuestra fuerza y fortaleza
provienen del Dios de la paz y del amor.
Él que sanó mi corazón
y me enseñó la no repetición,
me enseñó a perdonar para sanar,
me enseñó a confiar
de que muy pronto reinará
la paz y la unidad.

Cuando ya no existas

Cuando ya no existas, pasarán los años y ya no estarás en esta tierra.
Pasarán los días y seremos historia, recuerdo de lo que fuimos,
recuerdos lejanos.

Solo nos queda vivir el presente:

cuidar a la familia, cuidar nuestra gente,
tener buenos amigos, lejanos y presentes.

Solo nos queda cuidarlos, tenderles la mano.

Deja tu legado: un legado de amor, de entrega y de servicio.

Deja tu huella, dedicando tiempo a sembrar un futuro compartido.

Algo que permanezca cuando ya no estés,

algo que inspire y que te recuerde.

¿Qué dejaré para que me recuerden cuando ya no exista?

Les dejo mis fotos, mis momentos vividos,

les dejo a mis hijos, ellos me recordarán por toda su vida.

Les dejo mi libro,

el cual te enseñará cómo transformar el dolor
en letras de amor.

Eso les dejo.

Les dejo un legado,

para que me recuerden cuando ya no exista.

Y tú, ¿qué dejarás para que te recuerden
cuando ya no existas?

Eres luz

Aunque los golpes y las tormentas te han opacado,
aunque las grandes dificultades te debilitaron.
Fueron muchas las lágrimas que has derramado.
Pero estás vivo,
aún no te han derrotado.
No dejes que se apague la luz de tus ojos,
la luz de tu sonrisa.
Brilla como el sol,
brilla con luz propia.
Irradia amor sanador,
dando lo mejor de tu corazón.
Demuéstrale al mundo tu poder,
el que hay en tu interior,
y no desfallezcas.
Brilla que eso
será tu solución.

A Fer, un faro en la Casa de la Memoria

En la Casa de la Memoria
habitan corazones que alguna vez se quebraron,
lágrimas que aprendieron a caer en silencio,
historias atravesadas por la pérdida,
por el dolor,
por la desesperanza
y por recuerdos que dejaron huellas profundas.

Al entrar en ella,
uno puede sentir el peso de las vivencias rotas,
de las ausencias,
de aquello que el tiempo no consigue borrar.

Allí llegan mujeres, hombres y niños
con historias marcadas por la tristeza;
seres que buscan, entre los recuerdos,
un lugar donde su dolor pueda ser escuchado
y donde el corazón encuentre un poco de consuelo.

Pero también hay quienes llegan para encender la luz.

Y entre ellos estás tú, Fer.

Un hombre cuya sonrisa parece encender una lámpara
en los lugares donde alguna vez reinó la oscuridad;
un ser cuyos ojos reflejan
una generosidad difícil de explicar con palabras.

Tu carisma, tu bondad
y esa manera tan tuya de entregar lo mejor de ti
hacen que quienes llegan a la Casa de la Memoria
encuentren algo más que recuerdos:

encuentren esperanza.

Porque a veces una sonrisa puede decir:
«Aquí estás a salvo, aquí tu historia importa».

A veces, un gesto amable
puede convertirse en refugio.
Y a veces, compartir el conocimiento,
escuchar con respeto
y entregar el corazón al servicio de los demás
puede ayudar a reconstruir aquello
que la vida alguna vez quebró.

Fer,
gracias por hacer de la memoria
un territorio de esperanza.

Gracias por tu apoyo,
por tu aporte,
por tu trabajo realizado con esmero y empeño,
por compartir tus saberes,
tu carisma,
tu dedicación
y esa bondad que se percibe incluso antes de pronunciar una palabra.

Sigue alumbrando como un faro.

Que tu sonrisa continúe dejando una huella bonita
en quienes atraviesan las puertas de este lugar.

Que quienes lleguen con el corazón cansado
puedan encontrar en ti
una mano amiga,
una palabra que fortalezca,
una presencia que acompañe

y una razón más para creer
que después del dolor
también puede florecer la esperanza.

Porque honrar la memoria
no significa quedarnos viviendo en el dolor.

También significa transformar las heridas en aprendizaje,
las historias en dignidad,
los recuerdos en conciencia
y la memoria en un camino
hacia el bienestar y la esperanza.

Hoy, en honor a la memoria,
quiero agradecerte por estar allí,
por sembrar humanidad donde existen heridas,
por aportar luz donde alguna vez hubo oscuridad
y por ayudar a construir una cultura
de bienestar, refugio y esperanza.

Gracias, Fer,
por tu gran apoyo,
por tu gran aporte
y por la hermosa persona que eres.

Que nunca se apague esa luz que llevas en los ojos,
porque quizá no imaginas cuántos corazones
pueden encontrar un poquito de alegría
simplemente al encontrarse con tu sonrisa.

Con mucho cariño y gratitud,

Yenni Landázuri
Escritora y poeta



CERTIFICADO DE DEFUNCION



MINISTERIO DE SALUD

CONFIDENCIAL

Los datos que el DANE solicita en este formulario, son estrictamente confidenciales y están protegidos bajo reserva estadística por la ley 79 de 1993, Art. 5º

(consulte instrucciones al respaldo)

Nº A687486

I. INFORMACIÓN GENERAL									
1. TIPO DE DEFUNCION Muerte letal: 1 ☐ Si 2 ☒ No		2. FECHA DE DEFUNCION Año: 00 Mes: 07 Día: 10		3. HORA DE DEFUNCION Hora: 17 Minutos: 30 AM ☐ PM ☒		4. SEXO 1 ☒ Masculino 2 ☐ Femenino 3 ☐ Indefinido		5. LUGAR DE DEFUNCION Antioquia Departamento: Antioquia Municipio: Medellín	
6. AREA DE DEFUNCION 1 ☒ Cabecera municipal 2 ☐ Centro poblado (inspección, corregimiento o caserio) 3 ☐ Rural disperso		7. SITIO DE DEFUNCION 1 ☐ Hospital/clínica 2 ☐ Centro vigilado de salud 3 ☒ Casa/domicilio 4 ☐ Lugar de trabajo 5 ☐ Vía pública 6 ☐ Otro ¿cuál?: 9 ☐ Sin información		8. APELLIDO(S) Y NOMBRE(S) DEL FALLECIDO Primer apellido: Londoño Segundo apellido: Martínez Nombre(s): Elkin Emilio		9. DOCUMENTO DE IDENTIFICACION 1 ☐ C.C. 2 ☐ C.E. 3 ☐ C.G. 4 ☐ Pasaporte 5 ☐ N.I.P. 9 ☐ Sin información No. 8436071		10. EL FALLECIDO ERA 1 ☒ Celoso 2 ☐ Casado 3 ☐ Viudo 4 ☐ En unión libre 5 ☐ Separado o divorciado 9 ☐ Sin información	
11. E DAD 1 Menor de un año (00-23) 2 Menor de un año (01-23) 3 Menor de 2 años (01-23) 4 De 2 o más años (años cumplidos) 17		12. NIVEL EDUCATIVO 1 ☐ Primaria completa 2 ☐ Primaria incompleta 3 ☐ Secundaria completa 4 ☐ Secundaria incompleta 5 ☐ Universitaria completa 6 ☐ Universitaria incompleta 8 ☐ Ninguno 9 ☐ Sin información		13. REGIMEN DE SEGURIDAD SOCIAL (¿cuál la muerte fatal o de menor de 2 años, la de la madre?) 1 ☐ Contributivo 2 ☐ Subsidiario 3 ☐ Vinculado 4 ☐ Ignorado		14. EL LUGAR DE RESIDENCIA HABITUAL (para la muerte fatal o de menor de 2 años, la de la madre) País: Colombia Departamento: Antioquia Municipio: Medellín		15. AREA DE RESIDENCIA (para la muerte fatal o de menor de 2 años, la de la madre) Barrio: Diversano Dirección: Cabecera municipal 1 ☐ Cabecera municipal 2 ☐ Centro poblado (inspección, corregimiento o caserio) 3 ☐ Rural disperso	
16. PROBABLE MANEJO DE MUERTE 1 ☐ Natural 2 ☒ Atenuada 3 ☐ En estudio (sólo Medicina Legal)		17. CERTIFICADO EXPEDIDO POR 1 ☐ Médico tratante 2 ☒ Médico no tratante 3 ☐ Médico legista 4 ☐ Personal de salud autorizado		Firma de quien emite el certificado: Juan Bravo		Firma de quien recibe el certificado: 30-02-2011			



Hermano mío

Al caer la noche, cuando el ruido se calma, cuando todos se encuentran en sus aposentos, en ese momento se hace clara mi memoria, sin ruidos, solo en el que mi memoria queda: el fuerte ruido de un disparar, el fuerte ruido del correr de quienes fueron compañía. Pero que en el momento de los hechos él solo se encontraba tras recibir un impacto de las balas que su cuerpo atravesaban.

En mi mente, después de tantos años, no se borra aquel teléfono rojo del barrio, en el cual marcaba al 123, gritando por auxilio, implorando que su vida se salvara, implorando ayuda, ayuda que nunca llegó. Mientras, poco a poco, su vida se desplomaba en la muerte de aquel que me acompañó desde su niñez hasta los 18 años. Hoy solo queda en la memoria de quien compartió su historia, hoy en mis archivos solo queda su nombre en el certificado de defunción del 10 de abril del 2000, a las 10:30 p.m.

Una carta a mi yo del pasado

Te miro a través del tiempo, como se ve por un retrovisor lo que en el pasado viviste: cómo superaste el no tener, cómo superaste las carencias, cómo superaste las hambrunas, en ir cada día a la casa de la tía Vicenta por un poco de aceite para hacer el arroz y freír dos huevos que, batiéndolos hasta el cansancio, rendían para cuatro.

Hoy digo a quien me dio a luz que tiene la maldición del aceite: nunca tiene. Tu escasez era mucha. De niña, puras bolejas comías, teníamos muchas, pues al ser el rechazo de las medidas de las bananeras, las cuales botaban en las carreteras y los barrios, a los cuales la necesidad apremiaba, cogíamos cuantas quisiéramos, acompañadas de los gorditos que en la carnicería nos regalaban para complementar un almuerzo o una cena.

¡Qué niña tan dura! Y cómo no, con una madre de cuatro hijos, siendo padre y madre, que como pudo se la solventó para darnos un techo, el cual llovía más adentro que afuera, y a medias comida.

Te miro y te admiro, porque muchas fueron las molidas de maíz tostado, reconocido y apetitoso «coffee», como decían las abuelas: «abogaviejo», las cuales en los colegios se vendían. Te admiro porque, antes de irte a la escuela, tus tareas realizadas; y si no lo hacías, una pela te ganabas, con lágrimas hasta el cansancio.

Te miro por el retrovisor y te admiro por cómo superaste la pérdida de tu hermano amado. Eso es de una mujer valiente. ¡Qué fuerza sobrenatural tuviste!

Te veo en aquellos ríos, mientras se evoca el querer vivirlos, porque recordar es vivir. Me le quito el sombrero a tu historia, llena de amor y desamor, de aquel Cupido que, traspasando su flecha romántica, también deja grandes heridas.

¡Qué fuerte y guerrera has sido! Te has superado ante el no tener, ante el dolor, al empezar de nuevo en la lejanía, en la pérdida de tus orígenes, donde perdiste el paso de 26 años de historias.

Muy pocos están para acordarse de aquella niñez tuya. El paso del tiempo borró casas, calles, familias y amigos. Ya es un pueblo

diferente, en el cual un día creciste, pero que queda en la memoria por tus valores, por tu resiliencia y entrega, por tu sanación interior, por tu no repetición, por el perdón a los que te causaron gran dolor.

Quedarás en la memoria por ser parte de una sociedad culta, donde los buenos tienen que ser mayoría, sin importar el dolor que los enmarca.

A esa niña del pasado y mujer del presente se le recordará en el futuro como la maestra Yenni Landazuri. Así quedará en la memoria, porque surgió de las cenizas, tal como el ave fénix.

Narraciones de amor, esperanza, verdad y muerte

María Yomaira Agudelo Gómez



María Yomaira Agudelo Gómez

Nacida en Medellín. Contadora de profesión y especialista en Política y Legislación Tributaria. Viuda de su compañero de camino Alberto Muñoz, cofundador del partido Unión Patriótica (UP) y quien se desempeñaba como su secretario ejecutivo para Medellín. Fundadora de la Fundación Revivir del Fénix, en asocio con otras mujeres sobrevivientes del conflicto armado en Colombia. Su amor por las letras la llevó al camino de honrar la memoria y curar el alma a través de la escritura.

Premonición

Era un verano de junio, de vacaciones, las más esperadas, no eran las vacaciones largas, pero eran las mejores. Todos los niños éramos los dueños de la calle, nos abalanzábamos a ellas como si nos acabarían de soltar de un encierro interminable.

Salíamos en la tarde luego de haber hecho cualquier cosa que la mamá nos mandara.

A mí me gustaba lavar el patio; no jugábamos en él porque la mamá lo mantenía lleno de mil flores, las mismas que hacían la mugre cuando se les caían las hojas y las flores secas. Recuerdo que duraba horas lavando ese patio, porque me gustaba ver caer el agua y ver cómo se llevaba todo con ella y, luego, yo me bañaba con la misma manguera. Era como si de mí también saliera lo malo, lo seco. Creo que desde entonces entendí mi pasión por el agua, que para mí es sanadora.

Luego del quehacer en la casa, que eran oficios menores, pero que la mamá se inventaba para tener entretenidos a seis muchachos que no tenían que ir a estudiar, salíamos a la calle como hormigas, pero desordenadas, cada uno por su lado a buscar a los amigos y a hacer lo que más le gustaba.

El barrio aún hoy está ubicado en medio de dos quebradas, La Hueso y La Pelahueso. Nunca he sabido cuál es una y cuál es otra. Lo cierto es que a las niñas nos tocaba pasar una de las quebradas de piedra en piedra y atravesar toda la manga para ir al colegio. A mí no me parecía nada divertido pasar esa quebrada, sobre todo en la temporada de lluvias, porque era agua sucia, no era como la que me gustaba. Pero en las vacaciones de verano esa quebrada se transformaba para nosotros —o nosotros nos transformamos para ella— y nos íbamos con bolsa plástica en mano y frascos de mermelada con hoyos en la tapa que hacíamos con clavos y martillo que cogíamos al papá de sus herramientas y nos íbamos a pescar. Yo creo que nunca pesqué nada, pero mis hermanos sí eran unos buchones, como les decía el papá, pescaban unos pescaditos blancuzcos que iban a parar en los frascos con hoyos al patio de la casa y que, al final, yo no sabía si la mamá los

botaba o se morían de tanto darles migas de pan para que vivieran. Esa era una de las diversiones preferidas, o cuando en las noches el papá nos acompañaba al borde de esa manga, que era inmensa para nosotros, a ver brillar a las luciérnagas y tratar de cogerlas. En fin, fue una tarde de esos veranos de las vacaciones cuando sus ojos la miraron.

Era una niña de unos trece años, con su piel blanca y pecosa su carita, su cabello largo, lacio y claro que llevaba anudado con dos trenzas que caían a cada lado sobre sus orejas, hasta llegar a los hombros. Llevaba uno de sus trajes favoritos, una camiseta sin mangas con rayas horizontales blancas y naranjas, metida dentro de un short de color naranja, coquetamente ajustado con una correa blanca de cuero, unas medias hasta la rodilla, igual con rayas blancas y naranjas, y unos tenis estilo mocasines, naranjas también.

Salió de su casa en esa tarde de verano con los patines en la mano, que a veces se los ponía sentada en la acera y otras se los llevaba en las manos hasta llegar a la esquina donde su primera mejor amiga la esperaba para ir a patinar.

Esa tarde se sentó en el umbral de la puerta de su casa a ponerse los patines. Era una labor que demandaba bastante rato, porque eran unos patines de metal que tenían una especie de llave con la que se ajustaban al largo del pie. Como todas sus hermanas usaban los mismos patines y tenían pies más grandes que los de ella, siempre el ajuste era para acortarlos, tarea que resultaba más difícil que alargarlos.

Estando en esa labor sintió que la miraban. Alzó su mirada a la casa del frente y allí sentados, en un par de muros que servían de apoyo a la reja que cerraba el antejardín de la casa, estaban un par de jóvenes que la miraban. Ella, desprevenidamente, los miró sin darles ninguna importancia. Los jóvenes continuaron en su charla que, al parecer, era divertida porque se reían.

Los jóvenes vecinos también estaban de vacaciones de la universidad; poco se veían en su casa, incluso en vacaciones. Claro, eran diez años o más mayores que la niña.

Los jóvenes, al cabo de un tiempo, se mudaron de la casa del frente. La niña creció al igual que su hermana mayor, que tenía un amigo en esa casa y, a pesar de la mudanza, siguieron con su amistad.

Esta amistad llevó a que un día, la niña que ya era joven se enterara que uno de aquellos jóvenes le dijo al otro, el día que la niña salió a patinar: “Si algún día me caso, me voy a casar con esa monita”, el otro se rio bastante, lo tomó a chiste, y le replicó “pero no ves que es una niña”, a lo que él otro respondió muy serio “la voy a esperar”, y así fue.

Esa niña que salió todas las tardes de vacaciones a jugar y a buscar a sus amigas era yo. Y esa fue la primera vez que sus ojos me miraron, sin saber que, pasados varios años, sus ojos me mirarían de otra manera.



El primer encuentro

Todo empezó porque la madre de uno de los jóvenes llamó a casa buscando a mi hermana mayor; ella no estaba y yo recibí el mensaje.

Cuando mi hermana llegó, le conté sobre la llamada y el recado: la madre le mandaba a decir que su hijo, Alberto, así se llamaba el joven, se sentía muy solo en Moscú, donde estaba estudiando, y que, además, había un invierno de 40 grados bajo cero nunca antes visto. Ella quería que le escribiéramos porque seguro que él se iba a alegrar mucho.

Mi hermana me animó a que le escribiéramos. Yo lo hice, en una esquila que tenía pintado un gato calentándose enfrente de una chimenea. Le hablé de documentos políticos, de una revista que traía temas de actualidad política y de algunos artículos que me interesaban. Él, en su respuesta, se sorprendió de que yo tuviera interés en la política y así, durante muchos meses, cruzamos cartas. Mi hermana nunca más le volvió a escribir.

A su regreso, pasaron algunos meses antes de que me buscara. Llamó a mi casa y, para él, fue otra sorpresa que yo trabajaba.

Esa tarde, después de averiguar mi sitio de trabajo y hora de salida, fue por mí, pero acompañado; llegó con un amigo médico y su novia y nos fuimos a bailar. Esa noche fue realmente de amigos, de dos personas que existían hacía varios años, pero apenas se estaban conociendo.

La niña de los patines, que ya era una joven, se fijó en aquel muchacho que recordó sentado en el muro con su amigo. Era un hombre de mediana estatura, con ojos cafés claros como la miel, cabello ensortijado, un cuerpo delgado, pero atlético, con una sonrisa corta y un humor negro e inteligente.

La joven sabía de su recorrido político y, por las cartas, se acercó un poco más a su intimidad y sus propósitos.

Luego de bailar esa noche, la joven supo que su tardanza en buscarla era porque tenía una novia, con la que tuvo un intento de boda fallido. Además, estábamos en el gobierno del señor Julio César Turbay Ayala (1978-1982), quien decretó “El Estatuto de Seguridad” (Decreto 1923 de 1978), que fue un régimen penal

de excepción diseñado para combatir la subversión. Esta política, aplicada bajo estado de sitio, legalizó la represión militar, resultando en torturas, detenciones arbitrarias y desapariciones forzadas. Limitó derechos fundamentales como la libre expresión y reunión, y autorizó despidos masivos. Permitió que civiles fueran juzgados por militares en consejos verbales de guerra. Facultó a las Fuerzas Militares para realizar registros sin control judicial previo. Los sectores universitarios, sindicales e intelectuales fueron objetivo del gobierno bajo la doctrina de seguridad nacional. La Comisión de la Verdad ha documentado que este periodo se caracterizó por graves violaciones a los derechos humanos, lo que generó un fuerte movimiento en su contra.

Entonces, la demora no fue solo por su exnovia, sino que también al regresar de Moscú tuvo que pasar un tiempo sin muchas apariciones públicas por la represión que se vivía entonces. Los jóvenes que se iban a estudiar a los países comunistas eran objetivo militar, tanto que la extinta Unión Soviética no les visaba el pasaporte; tenían solamente el sello del país por donde llegaban a Moscú y de donde se suponía que salían para Colombia. En el caso de Alberto, fue México el país de entrada y el de salida, Francia.

Pasaron muchos años para este primer encuentro. Esa noche, él la miró con sus ojos miel pequeños, pero alegres y expresivos, con un interés especial en ella. La niña de los patines en las vacaciones de verano nunca supo si su primera mirada fue la misma de esa noche a la joven que ya era, que ya no tenía más vacaciones en las calles de su barrio, que ya tenía que enfrentar la vida. Pero esos mismos ojos un día la mirarían de otra manera.

La vida continuó

Fue algo desconcertante para la joven que aquel chico la hubiese buscado y a la vez desapareciera. No hubo constancia como para tener una relación que fuera más allá de ser amigos y compartir algunos gustos o pensamientos en los que coincidían.

La joven recién había terminado un noviazgo con un hombre once años mayor, fueron pareja desde que ella tenía 15 años. La relación se terminó porque él consiguió una novia mayor, que ya casi terminaba la universidad, y ella pensó: «¿Será que va a pasar igual? ¿Sería posible que aquel joven, Alberto, estuviera con una muchacha mayor que llenara más sus expectativas?».

Tenía aún sus pecas y su cabello claro y largo, pero ya le había tocado salir a trabajar y pagarse su universidad. A pesar de su fortaleza y madurez, seguía siendo una chica dulce, risueña, alegre e inocente, a la que le gustaba bailar, el cine, la música, los libros y nadar.

Su pasión por los cuentos la llevó a escribir desde muy niña ensayos y su inspiración era cualquier situación cotidiana, como el hombre grande que se sentó junto a ella en el bus, los juegos de los niños en la calle, las fiestas de la universidad, las historias de sus padres; cualquiera podía ser el tema de su historia.

Recordaba los ojos pequeños color miel de aquel muchacho que algún día la miraron con algún interés, pero pensó que de pronto había tenido un desencanto.

El paseo en tren

Aunque yo no fui muy cercana a su casa, mi hermana y mi madre sí lo fueron. Ese diciembre de 1980, las dos familias decidieron hacer un paseo.

Terminamos yendo: la madre de Alberto, su hermana con su esposo y sus dos hijos, su hermano menor, mis padres, mis cinco hermanos, algunos amigos de la mamá de Alberto con sus parejas, sus hijos y yo.

Recuerdo que mi madre se apresuró a comprar las cosas para hacer el fiambre para llevar. Ella lo hacía y mi padre la ayudaba a empacar como solo él sabía: asegurando las ollas con cuerdas para que nada se derramara y, luego, empacando en bolsas de paseo similares a las que hoy se usan para mercar.

Nos levantamos muy temprano porque debíamos estar en la estación Cisneros del tren a las seis de la mañana. Allí nos encontramos todos, se compraron los boletos y partimos rumbo a Cisneros.

Una vez allí, nos instalamos en una manga despejada junto al río. Era importante estar junto al agua porque era donde nadábamos y, además, se cogía el agua para hervir y hacer el chocolate que tomábamos en la tarde con la parva que se llevaba para el algo y regresar.

Fue un día muy lindo, tanto su paisaje como lo vivido: nadamos, jugamos balón, caminamos, pero, sobre todo, se respiró tranquilidad y amor. Nos regresamos en el último tren, creo que eran como las ocho de la noche o más cuando llegamos nuevamente a la estación Cisneros, cansados del sol y de las actividades de todo el día.

En el tren casi todos durmieron, menos Alberto y yo. No veníamos juntos, pero se las ideó para acercarse a mí y tomarme de las manos. Nada nos dijimos, no fue necesario: con las miradas todo quedó dicho el 28 de diciembre de 1980.

Una vez más esos ojos color miel miraron a la niña de los patines y a la joven con quien bailó esa noche del primer encuentro. Esos mismos ojos la mirarían después de otra manera.



Año nuevo

Pasaron tres días luego de ese paseo en el tren. No supe más. Un día sonó el teléfono en mi casa, era la mamá de Alberto preguntando por mi hermana otra vez. Ella respondió: era una invitación que nos hacía a ella y a mí de pasar el 31 de diciembre en casa de unos amigos de ella. Mi madre dio la autorización, aunque ya éramos mayores de edad, mi madre siempre tenía que dar el permiso.

Así fue, nos recogieron en un carro Suzuki y nos fuimos a la fiesta. Allí, tuve la sensación de que solo bailábamos Alberto y yo, parecía que solo estuviéramos nosotros. Ya sus ojos color miel no dejaban de mirarme: era una mirada cargada de afecto, de conexión profunda, de belleza, de buscar en el otro un «no sé qué» y todo al mismo tiempo; de esas miradas que solo se ven y no se pueden explicar. Esa noche, al dar las doce, cuando el año viejo se va y empezamos a vivir uno nuevo, me dijo: «Ya somos novios», y nos besamos.

A partir de esa noche fuimos inseparables. Hacíamos lo cotidiano, pero era perfecto, nos encontrábamos después de mi salida de la universidad, nos veíamos un rato y me llevaba a la casa, a veces nos íbamos para la oficina de uno de sus amigos a tertuliar. Los domingos íbamos al estadio a ver jugar al Nacional y después nos quedábamos en la calle con amigos en la «farra», como si no tuviésemos que madrugar, recuerdo el enojo de mi madre por eso.

Íbamos también los sábados al teatro Libia, donde la JUCO (Juventud Comunista de Colombia) tenía un cine club; presentaban la película y luego se discutía sobre ella. Una de las películas favoritas de Alberto, que vimos varias veces, era *Los Girasoles de Rusia*, una película rodada en la antigua Unión Soviética, que trata sobre una historia de amor en tiempos de guerra. Sin imaginarnos que iba a ser un poco parecido a lo nuestro después...

Nos volvimos inseparables, al punto que, a los cuatro meses, en abril, llegó muy serio a mi casa e invitó a mis padres a cenar a un restaurante muy especial que nos gustaba mucho. Ahí les dijo que nos íbamos a vivir juntos. Ya tenía separado un apartamento que casualmente quedaba

cerca al restaurante donde cenamos, cosa que yo no sabía y que también me enteré en la cena. Esa misma noche fuimos a verlo.

Mi padre nada dijo. Mi madre se emborrachó. Fue la primera y última vez que la vi en ese estado. Fue muy duro para ella. Yo, de un hogar católico, conservador, me iba a vivir con el novio, que además era ateo y comunista. Fue realmente muy difícil para mis padres, sobre todo para mi madre, quien me decía y me repetía que ni siquiera habíamos tenido un noviazgo largo para conocernos, como era la costumbre, que era relámpago, que adónde íbamos a parar y finalmente me dijo que me fuera.

El 28 de agosto de ese año, Alberto y yo nos casamos. Eso trajo un poco de tranquilidad a mis padres, pero a su familia nunca le dijo.

Fue una ceremonia civil, con un juez en ese entonces y dos testigos que fueron uno de sus mejores amigos y una compañera mía de la universidad. Fue un viernes al finalizar la tarde y el juez ya tenía unas cuantas copas encima, no se sabía cuál tenía más afán, si el juez para seguir su farra o mi compañera y yo porque teníamos un examen parcial en la universidad.

Terminada la ceremonia, si así se le puede llamar, nos fuimos los cuatro para la universidad. Alberto y su amigo Diego se quedaron en un bar que se llamaba El Bloque 11, que hacía las veces de tienda y cafetería en el día y en la noche se transformaba en bar.

Mi amiga Helena y yo entramos tarde a presentar el examen. Recuerdo que no recordaba nada, no sabía cómo resolver lo que me preguntaban; es más, ni entendía las preguntas. No sé a qué fui, creo que a acompañar a mi amiga. Como es lógico, perdí el examen y casi pierdo la materia.

Luego de esto nos fuimos al Bloque 11 y de ahí nos fuimos a bailar.

Aún sus ojos miel me miraban. Los mismos ojos que luego me mirarían de otra manera.

El hombre

Era un hombre soñador, siempre pensando en una sociedad más equilibrada, una vida para todos sin tanta desigualdad, sin tanta pobreza, ignorancia e injusticia, y dedicó su vida a ese fin. Desde niño fue becado donde estudió hasta la universidad. Perteneció a las Juventudes Comunistas de Colombia (JUCO) y luego pasó al Partido Comunista de Colombia.

Era abogado de profesión y, por su misma convicción de ayudar a las causas justas, se especializó en derecho laboral. Fue el secretario general del movimiento estudiantil de la Universidad de Medellín, donde empezó su carrera y de donde lo expulsaron por promover la huelga más grande que se ha hecho en dicha universidad por los derechos de los estudiantes.

El rector de entonces de la Universidad de Antioquia casi les cierra las puertas a los expulsados, diciendo enfáticamente: «no recibo sino estudiantes que tengan un promedio igual o superior a 4,5», pero el joven Alberto lo tenía y terminó allí su carrera. Siendo estudiante, trabajó en Simesa y allí fue dirigente sindical; luego pasó a trabajar en un juzgado hasta que se graduó. Fue a estudiar Ciencias Políticas a Moscú y, a su regreso, se dedicó a litigar para poder manejar su tiempo y hacer política, que era el camino para lograr una justicia social.

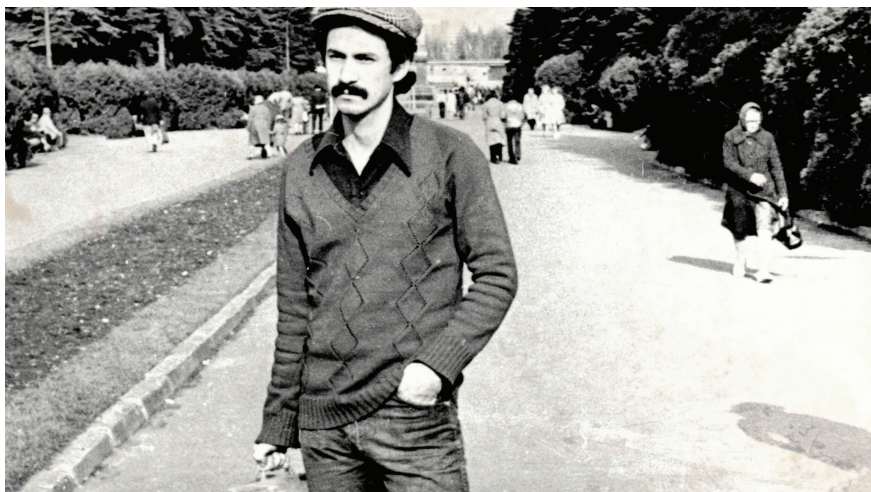
Era un hombre organizado con su tiempo, hacía deporte, política, leía incansablemente y atendía su oficina. Fue campeón de tenis de mesa a nivel nacional en los torneos de universidades que se hacían en ese entonces. Le gustaba trotar y nadar, dormía en promedio 4 horas y tenía un defecto, que a veces era virtud: era perfeccionista, al punto de que su ropa en el clóset se ordenaba por colores y se hacía embetunar los zapatos dos veces al día, parecían un espejo donde mirarse; la suciedad y el desorden lo irritaban, por fortuna he sido muy limpia, pero no tan ordenada.

Su tiempo lo manejaba casi que milimétrico, excepto cuando salíamos de paseo, allí se transformaba. Nunca sabía dónde íbamos a parar, ni él mismo, solo se le ocurría en el camino. Yo siempre debía

empacar ropa para el calor y para el frío. Con él era así, salíamos para el Peñol y terminábamos en la Dorada, por dar un ejemplo.

Siempre con una sonrisa ligera y con su humor negro e inteligente, le gustaba bailar y el fútbol. Pero ese hombre tan íntegro tenía un defecto que él mismo reconocía y luchaba contra él: era muy celoso. Esto nos causó problemas y malentendidos, pues, aunque superados, fueron muy complejos.

Pero cuando llegaba la calma, esos ojos miel que me miraban como siempre, a pesar de que un día me mirarían de otra manera.



Nuestro hijo

Cuando nos casamos, ya estábamos embarazados. En general, fue un embarazo normal, pero me engordé demasiado, era un bebé enorme y para el último mes empecé con una condición que no era normal.

Pasé más de ocho días en la Clínica León XIII, con membranas altas rotas, sin que me hicieran nada, solo médicos y estudiantes que entraban y salían a ver los casos de todas las mujeres que estábamos allí como conejillos de Indias. Recuerdo que ya no quería que ninguno de esos estudiantes me mirara, ni menos que me tocaran y no me dejaban salir porque perdía el seguro. Alberto pagaba un médico particular para que me atendiera porque quería cuidarnos a mí y al niño. Un día logró que este médico fuera a visitarme y dijo que estábamos en un riesgo muy grande de quedarme sin líquido amniótico, que no se explicaba por qué no me habían inducido el parto, y habló en la clínica para que me dejaran salir por mi propia voluntad y riesgo. Así fue. Firmé los documentos y me fui con mi hermana que me acompañaba.

Llegué a la casa de mi madre y casi que inmediatamente empecé a sangrar. Llamamos al médico y me dio indicaciones de llegar al Hospital San Vicente de Paul. Me hospitalizaron, revisaron y me indujeron el parto.

Era una noche fría de mucha lluvia. Me pasaron al quirófano cuando reventó la fuente y estuve lo que para mí fue una eternidad, sola, esperando una dilatación que no se consiguió, en ese cuarto que estaba más frío que el exterior.

Después de una inyección de anestesia epidural, nació el bebé.

Fue el niño más hermoso, blanco, grande y pulido que había visto nunca en otro recién nacido. Era tan grande que se llevaron una muestra del cordón umbilical al laboratorio para ver si era diabético, porque los niños tan grandes suelen nacer de personas diabéticas o ser ellos diabéticos. Pero nada de eso fue: era grande, siempre lo fue.

Tenía las orejas tan pulidas que la mamá de Alberto se refirió a ello con un chiste: «Que no quería nacer porque se estaba puliendo las orejitas».

Era tan bello y blanco que sus primos lo apodaron arrocito.

Al otro día que llegué a casa de mis padres, una vecina entró a llevarle un regalo y a conocerlo. Se quedó pasmada, sin palabras cuando lo vio y luego dijo: «Si no la hubiera visto salir ayer para la clínica y llegar hoy, hubiera dicho que ese niño tiene por ahí dos meses». Era muy fuerte y, acostado, levantaba la cabecita hacia arriba y miraba para todos los lados.

No tuve la naturaleza de tener leche materna para alimentarlo y siempre tenía hambre, por lo que se tuvo que recurrir a los teteros y se empezó un proceso de cambio de leches, pediatras e inmunólogos, porque el niño resultó extremadamente alérgico.

Nació a las 2 de la mañana del 20 de febrero de 1982. A esa hora, yo con un frío extremo, Alberto decidió discutir sobre el nombre, cómo se llamaría. Yo siempre le dije que su nombre era Alejandro. Él no estaba muy convencido, finalmente me dijo que si lo combinábamos con David y así lo llamamos David Alejandro. Alberto después les decía a todos: «Tiene el nombre de dos grandes de la historia» y eso lo hacía muy orgulloso.

Alberto fue un muy buen padre, pero no quiso más hijos. Contundentemente me dijo: «No quiero dejar más huérfanos». Siempre pensó en el riesgo que se corría en este país por pensar diferente. Le gustaban los niños, pero sentía mucho temor.

Alberto era un hombre impecable para vestirse, pero a la hora de jugar con el hijo era otro. No le importaba nada: tirarse al suelo, que le regara la sopa encima, que le pusiera sus manitas sucias en la camisa, nada le importaba. Para él, David era su gran amor, su consuelo, su catarsis, su vida.

Teníamos una gran biblioteca en una de las habitaciones de la casa, nos pasábamos largas noches acomodando los libros con las fichas respectivas, cual biblioteca pública. Estando el niño de meses le compró sus primeros libros. Era una colección hermosa de los 101 más famosos cuentos de la historia, venían en pasta dura y la pasta variaba de colores. Se los acomodamos en la parte inferior de la biblioteca para que sus manitas los pudieran alcanzar, hacíamos como si leyésemos un cuento cada noche, pero realmente se lo narrábamos porque era muy pequeñito para leerle literalmente, lo hicimos cuando fue creciendo. El

niño se aprendió los cuentos rápidamente y por el color y la posición en la biblioteca sabía cuál era, si Pulgarcito, si Caperucita, si Pinocho, en fin, hasta que un día cogió uno de los libros y él nos leyó a nosotros, no literalmente, sino contado como lo hacíamos nosotros antes con ÉL. Yo creo que por esa razón empezó a hablar antes que caminar y aprendió a leer antes de los cuatro años. Fue un lector asiduo como su padre, deportista, con su misma risa corta y sus chistes negros e inteligentes, lo único que no le gustó heredar de su padre fue su nariz, porque era fea.

Dejé la universidad porque quince días después del nacimiento del niño regresé a estudiar y un profesor me trató mal porque le dije que no entendía. El problema se volvió más grande y a mí me suspendieron por un año y al profesor lo vetaron de dictar cualquier materia en cualquier facultad de la universidad.

Yo me dediqué a cuidar del niño por su condición de salud. Su alergia era extrema y se asfixiaba constantemente. Nos la pasamos de clínica en clínica y de tratamiento en tratamiento. En las noches en vela cuidándolo, Alberto siempre estaba a su lado, así tuviera audiencias, trabajo político, lo que fuera, primero fue el hijo para él.

Alberto lo miraba con sus ojos color miel, con una ternura que solo un niño inspira. Es la mirada más linda que queda en mi recuerdo.

Darío Henao era gran amigo nuestro. Fue concejal por la Unión Patriótica en Fredonia, de donde era oriundo. También fue abogado y laboralista. Un día decidieron abrir una oficina en Fredonia para atender a campesinos, labriegos, trabajadores, obreros, de manera gratuita y ayudar con sus derechos laborales. Entonces, cada casi ocho días estábamos en Fredonia. Ellos atendían la oficina el sábado y ya la pasábamos en familia en la noche del sábado y el domingo.

Cuando el niño tenía tres años, Alberto se lo llevo para Urabá a un concejo de guerra, hasta los militares lo cuidaron, era como si no se quisiera perder un minuto de su vida o como si le quisiera dejar su legado o las dos.

Las madres tenemos un amor incondicional con los hijos, el de Alberto era igual.

David Alejandro fue un gran hijo, mi gran amor, mi amor eterno y sé que también lo fue para el papá.



Viaje en familia

Resultado de los acuerdos de paz en el gobierno del señor Belisario Betancur, el 28 de mayo de 1985 se funda el partido político Unión Patriótica, que reúne no solo a miembros del Partido Comunista Colombiano, sino a gentes sin partido, liberales y conservadores disidentes que ya creían en sus líderes, simpatizantes, artistas, movimientos estudiantiles y sociales, porque otorgaba una alternativa real de cambio en el país. De ahí se desprendió la responsabilidad de Alberto de liderar esa bandera como secretario ejecutivo de la UP para Medellín. Por tal razón, la actividad política durante los años 1985 y 1986 fue muy intensa, se acercaban las primeras elecciones populares para las alcaldías. Las campañas se adelantaban en un ambiente de esperanza, de mucha credibilidad, de mucha conciencia y compromiso, pero también de mucho temor, porque se empezaron a orquestar por parte del gobierno de derecha y grupos al margen de la ley los primeros asesinatos y desapariciones.

Alberto estaba bastante agotado y estresado, ya no dejaba que saliéramos con él. Mi trabajo de apoyo político se redujo a lo que pudiera hacer desde la casa o desde su oficina con documentos, llamadas y una que otra reunión.

También recibíamos en nuestra casa a quienes venían de Bogotá a los actos o reuniones políticas en Medellín, porque la vía para el aeropuerto era por Santa Elena y nuestra casa quedaba en un punto estratégico, a una cuadra del Teatro Pablo Tobón Uribe, entonces se volvió un punto de encuentro. Allí se detallaban pormenores, se organizaban documentos, se esperaban a otros compañeros, era una pausa, se tomaban un wiski y continuaban.

Recibimos a los compañeros Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Gabriel Jaime Santamaría, Pedro Luis Valencia, entre otros no menos importantes. Eran días de mucha esperanza con alegría y expectativa, pero también de tensión.

El 26 de septiembre del año 1986, recibimos una de las peores noticias: su amigo, compañero de lucha de trabajo, Darío Henao Torres,

había sido asesinado en la Avenida Oriental de Medellín, a unos pasos del Comando de la policía.

Esa noticia fue devastadora y nuestra vida no fue la misma.

Para el año 1987, continuaba el trabajo político intenso. Se realizó un acto en Medellín por la campaña para alcalde en el Coliseo menor. Un acto masivo pero agobiante. Ese año se vivió en medio de esquemas de seguridad, escoltas, cambios de ruta para el trabajo, cambio de casa para dormir, saliendo de la casa a medianoche por amenazas e irnos a donde amigos, familias, hoteles.

Ya no salíamos juntos de la casa, nos encontrábamos después del trabajo y me alejaba de él. Me decía: «Si nos disparan, que alguno de los dos quede vivo y yo quiero que seas tú por el niño».

En tanto agobio y tanto trabajo personal y político, un día Alberto llegó con los tiquetes y el plan de hotel para San Andrés. Arreglamos todo rápidamente y nos fuimos. Fue un viaje tranquilo, lo vi de nuevo en el suelo jugando con el niño como si quisiera olvidar todo o ignorar todo, fue un oasis donde se calmó el estrés, donde volvimos a ser familia, donde nos sentamos a la mesa juntos, donde disfrutamos el agua que tanto nos gustaba a los tres. Nos olvidamos de que había un mundo y creamos el propio. Fueron solo unos días, pero vividos a plenitud.

Sus ojos miel me volvieron a mirar con ese amor del principio, hubo chistes negros e inteligentes, hubo risas y sueño tranquilo, como hacía mucho rato no lo teníamos.

Vivimos ese viaje en familia como si no se volviera a repetir, lo vivimos sin saber que sería el último.



Y fue esa noche

Todo transcurrió como casi todos los días, subiendo a casa por la avenida La Playa, yo con su maletín y mi cartera y él llevando en hombros a su niño. La tensa calma se rompió al pasar por la heladería Mimos. El pequeño rompió en llanto porque se quería comer un helado, prohibido por su doctor, por sus alergias. Al papá, en ese momento, ya no le importó ninguna recomendación y le compró el helado más grande, más dulce y más lleno de sabores. Se lo entregó y en su mirada vi como si fuera el último helado que le vería saborear a su hijo, pero con la alegría contagiosa del niño al recibir semejante manjar.

Así continuamos el camino hasta llegar a la casa. Casi era una noche como todas, pero no. El ambiente era tenso, preocupante, silencioso, como el de hacía dos meses atrás, en los que se aumentaron los muertos, las persecuciones, los acechos.

Alberto no se cambió la ropa como siempre; simplemente recogió las mangas de su camisa y se aflojó un poco la corbata, como si aún estuviera en la oficina, y se metió entre sus papeles de la audiencia que debía atender al día siguiente en Bogotá.

Esa noche no jugó con su hijo, casi no me habló. Solo cenamos en familia y me dijo que estaba preocupado por la audiencia. Pero yo sabía, en su mirada y en sus palabras, que esa no era su preocupación. Era demasiado responsable con sus casos; la tenía preparada con mucha anticipación. La audiencia no era la razón. Tenía una mirada casi ausente, triste, nostálgica. Estaba triste por los amigos que ya había perdido, por la situación del país, por nuestra propia situación de escondernos, de tener siempre miedo, de ya casi no salir juntos por el temor a que nos dispararan a los dos. «No me tomes de la mano porque, si nos disparan, que sea a mí; uno de los dos debe quedar vivo para el niño y debes ser tú», me lo decía casi todas las mañanas que salíamos a trabajar o al regreso en las tardes.

Esa noche no fue normal, demasiado tensa, demasiado callada. Acostamos al niño y también la empleada dio sus buenas noches.

Él se quedó entre sus papeles y yo me quedé organizando lo que se hace normalmente para el otro día. Siempre le sacaba su ropa, la corbata que le combinara con la camisa y el traje; al niño, su uniforme. Y esa noche no alisté ropa para mí. Fue una noche rara.

Me quedé leyendo y acompañándolo en silencio.

Antes de la medianoche, otra vez, el ruido de la moto frente a nuestra puerta. Él me miró descompuesto, asustado como nunca antes. Yo corrí a abrir el postigo de la puerta, que era una puerta grande de madera, como la de todas esas casas antiguas del barrio, con una valentía aterradora. Él me gritó que no abriera; no obstante, yo lo hice y ahí estaban de nuevo los dos mismos hombres que, con una frecuencia no normal, llegaban al frente de nuestra puerta en una moto, con gorras para tratar de hundir sus rostros en ellas y que no los reconociéramos. Pero eran los mismos hombres, la misma motocicleta que nos persiguió durante todo el trayecto de San Jerónimo a Medellín una noche, la misma que venía a nuestra puerta en las noches con los mismos hombres amenazadores.

Como siempre lo hacíamos, cogí el teléfono y marqué al DAS, que quedaba sobre Ayacucho, a dos cuadras de nuestra casa. Siempre la misma respuesta: «Ya vamos», y, efectivamente, llegaban en «un santiamén». Venían en una camioneta grande, se metían en contravía por la entrada principal de la Placita de Flores, dos, tres o más hombres armados y, también como siempre, por arte de magia, los hombres de la moto salían a toda velocidad antes de que la camioneta llegara. Los buscaban, según ellos, por todo el barrio y montaban operativos para la búsqueda; nunca tuvieron éxito en la misma. Y también, como en tantas noches, nos decían: «Tranquilos, si los ven de nuevo, nos vuelven a llamar». Esto se repitió muchas noches, pero esa noche fue particular; fue más tensa, más callada, más preocupante.

Finalmente, me despedí de Alberto como a las dos de la mañana y me fui a acostar. Él se quedó aún entre sus papeles de la audiencia y sus pensamientos.

No había pasado una hora cuando escuché al niño llorar, un llanto de miedo, de angustia. Los dos nos fuimos a verlo y nos dice que tenía un sueño miedoso.

Yo lo llevé a dormir conmigo y, finalmente, Alberto se acostó más tarde en la cama de Alejandro para no despertarnos.

Lo que nunca le conté fue que mi pequeño me dijo que había soñado con su papá y que lo había visto con unos huequitos en la cabeza, en el corazón y en su cuerpo. En sus palabras, Alejandro tenía cinco años.

Con ese sueño, más enrarecida me pareció la noche, más angustia tuvo mi corazón.

Nos levantamos a la misma hora. Alberto llevó al niño hasta el bus del colegio y se despidió de él. Yo corría a vestirme porque esa noche no había alistado ropa para mí. Nos despedimos, pero fue una despedida triste, angustiosa. Yo lo veía muy preocupado. No me dijo nada. Yo pensaba que era por nosotros, por el futuro, por el miedo a que lo asesinaran, por todo.

Esa mañana sentía que deberíamos irnos del país. Sentía que nos deberíamos quedar y luchar y seguir optimistas. Esa mañana pensé que ya no lo volvería a ver más. Esa mañana, en el silencio de nuestras miradas, pensábamos que podían ser las últimas. Que podía ser la última mañana de vida.

Llegué a la oficina en el recién inaugurado Centro Administrativo La Alpujarra y, como nunca lo había hecho, cual comportamiento de mujer celosa, lo primero que hice fue coger el teléfono y llamar a Alberto. Sentía la necesidad de escucharlo, de saber de él, aunque hacía una media hora nos habíamos despedido. Lo sorprendente fue que a él no le extrañó; es como si hubiese estado esperando mi llamada. Me dijo que ya había llegado el escolta y: «Ya estoy listo, ya me voy, un beso».

Me senté en mi escritorio y me dispuse a trabajar. Creo que no había pasado media hora desde cuando hice mi llamada y el teléfono de la oficina sonó. No sé por qué mi corazón saltó. La llamada era para mí. La empleada, entre gritos, llanto y su hablar chocoano, me decía: «Venga, doña Yommy, que a don Abeto le dispararon».

Su cuerpo estaba en el suelo, a media cuadra de la casa. Tenía los huequitos que Alejandro vio en sus sueños. Diecisiete disparos entraron en su cuerpo atlético, pero delgado, provenientes de una subametralladora de uso privativo del DAS. Y el escolta, desarmado, impávido a su lado.

Esa noche fue premonitoria, triste, silenciosa, preocupante.

De ahí siguieron muchas otras noches de depresión, tristes, nostálgicas, silenciosas, solitarias, de odio, de perdón, de miedo, de valentía, de sombras y de luz.

Siguieron otras noches de lucha, de levantamiento, de llanto, pero de pies caminando, buscando hasta el fin la verdad, para que no se repitan más noches de guerra, de miedo y angustia, para que sean más noches de paz y una más.

Y sus ojos miel ya nunca me volvieron a mirar.



SUCESOS

Medellín, Sábado 7 de Noviembre de 1988

Asesinado secretario ejecutivo de la UP en Medellín

Otro duro y preocupante golpe sufrió la Unión Patriótica en Medellín: tres sicarios baron con la vida de quien era el secretario ejecutivo de la Unión Patriótica en Medellín, abogado laboralista, Alberto Le Muñoz Lopera.

El crimen ocurrió a las 8 y 10 minutos de la mañana a escasos metros del teatro Pablo Torres Uribe, exactamente al frente de la sede del grupo de teatro La Parra, sobre la carrera 40. A las 8 horas el abogado salía de su oficina y había avanzado unas dos cuadras, pues residía en las canchas de la Placita de Flores. En compañía de un agente de la DAS que desde hacía seis meses el gobierno le había asignado para protegerle la vida.

Los sicarios, que se movilizaban en un automóvil Renault 9 de color azul, encañonaron a los dos hombres, despojaron de una ametralladora al agente de la DAS y procedieron a acorralarlo profesional con un arma de silencioso. En el suelo se encontraron 11 vainillas de pistola ametralladora 9 milímetros. En el cuerpo recibió 9 impactos que produjeron la muerte en el acto.

El vehículo utilizado por los sicarios, que había sido visto por vecinos desde tempranas horas circulando por el lugar y paralizado cerca al sitio donde finalmente se cometió el crimen, fue encontrado una hora después abandonado en cercanías de Envigado.

ERA UN HOMBRE EXCEPCIONAL

Muñoz Lopera tenía 37 años de edad. Había nacido en el municipio de Segovia y se había titulado como abogado en la Universidad de Antioquia. Estaba casado con la señora Yomaira Gudeño, quien trabaja como empleada en una dependencia gubernamental. De ese matrimonio quedó un hijo de 6 años, de nombre Alejandro.



Esta es la dramática imagen del crimen. Muñoz Lopera había acabado de salir cuando fue atacado por tres sicarios.

cuando dijo: "Era el hombre más bueno que he conocido. Era todo un homenaje a los humildes, por eso lo mataron".

Ovidio Marulanda, dirigente del Partido Comunista en Antioquia, al cual también pertenecía Muñoz Lopera, dijo que como militante de la Unión Patriótica éste vivía amenazado de muerte, pero que esas amenazas se volvieron más insistentes últimamente y por esa razón se había solicitado escolta. La tenía desde hacía unos dos meses.

Agregó el dirigente comunista que "este crimen demuestra que mientras el gobierno no tenga otra actitud más definida para acabar con los grupos paramilitares, las escoltas no sirven de nada".

pierde uno de sus mejores cuadros dirigentes y los sindicatos de la ciudad a uno de sus más respetados y queridos asesores.

Como Secretario Ejecutivo de esa organización política en Medellín, tenía el manejo de los asuntos electorales y en general la información y la organización de la UP en Medellín.

Aparte de muchos procesos judiciales en que defendió a los trabajadores, como abogado laboralista últimamente tenía bajo su responsabilidad la representación de los damnificados de Villatina en su demanda ante el estado. Hacia pocos días había recibido el poder individual de los damnificados para gestionar dicha demanda.

Sus actividades profesionales

COMU

El Partido Comunista en Medellín comunicó el crimen de la siguiente manera:

1-Que el no nació doctor Vi ponsable el movim reconoció
2-Que una vez p ra cuen ra sobre los vestigac hechos al ambigües

3-Que ficacia n tos de se
4-A la

730 noches de oscuridad

Esa mañana del 6 de noviembre de 1987, a un compañero de la Universidad de Antioquia que se desempeñaba como Juez, le correspondió el levantamiento del cadáver, y le podía más su llanto que su deber. Sé que rápidamente hizo montar su cuerpo al carro de la morgue.

Eran aproximadamente las 8 de la mañana cuando lo asesinaron, sé que mis hermanos y vecinas me acompañaron, pero no recuerdo más. Y empezó la noche, no se ha qué hora y un nuevo día y otra noche en la que me vi en la sala de velación Villa Nueva, que en ese entonces quedaba por la placita de Zea, irónicamente cerca de la sede donde funcionaba la Unión Patriótica.

Fue una noche larga, de mucha gente entrar y salir, de muchos amigos aún vivos, entre ellos Carlos Gonima, que con Alberto se habían hecho una promesa que quien se fuera primero de los dos, el otro le llevaba una serenata y que le cantaran “Tu eres mi amigo del alma” de Roberto Carlos y Carlos cumplió, sin saber que a los escasos tres meses estábamos cantándole a él la misma canción, cumpliendo por Alberto la promesa. Luego esta se fue repitiendo y repitiendo muchas noches más.

Al día siguiente fue su sepelio. Con una gran multitud lo despedimos en Jardines Montesacro. No se pudo cremar su cadáver porque era tema de investigación.

No sé a dónde llegué, imagino que a casa de mis padres, pero no recuerdo esa noche.

Yo trabajaba en el municipio de Medellín y había vuelto a la universidad.

Solo sé que llegó el mes de diciembre, que para nuestro hijo era una fecha muy especial, por no dejar de lado que para mi familia también lo era y sigue siéndolo.

A David le gustaba cambiar las figuras del árbol de Navidad todos los días. Le gustaba que lo armara a la entrada de la casa y él llegaba de jugar y lo primero que hacía era ponerle al árbol más figuras o cambiarlas de lugar. Esa Navidad en la que faltó su padre, yo no hice

árbol en nuestra casa, pero sí había uno en la casa de mis padres. Él continuó con su ritual, aunque no fuera su árbol.

Siempre en las navidades, mi madre hacía natilla, buñuelos, dulces de mora y tomate de árbol y estos se intercambiaban con los vecinos. Podía ser la misma natilla, pero lo importante era compartir y estar en comunidad y esas fechas eran las mejores para hacerlo.

Teníamos para Navidad ropa y zapatos nuevos que los estrenábamos el 24 y el 31 de diciembre. Teníamos el regalo del Niño Jesús que mi madre lo seguía escondiendo y poniéndolo en la cama de cada uno como una sorpresa. Yo hice lo mismo en mi casa y para David era algo que lo hacía muy feliz, como a mis hermanos y a mí cuando éramos pequeños.

De ese 24 de diciembre del año 1987 no recuerdo mucho, ni siquiera recuerdo el regalo que compré para David para poner en su almohada. Solo recuerdo que ese 24 de diciembre lo arruiné por completo con mi llanto, mi depresión y el 31, que siempre recuerdo esa fecha como muy especial porque un 31 de diciembre Alberto y yo nos hicimos novios. Me tomé no sé cuántos wiskis para mitigar mi tristeza. Una tía quería que fuéramos a su casa porque había una fiesta. Yo no quería, pero para no arruinar también otra noche de familia, asistí. Sé que me emborraché y no recuerdo más de esa noche hasta el día siguiente, que llovía a cántaros, el día estaba gris, tan gris como mi corazón. Pensé que era muy temprano, pero para mi sorpresa eran las dos de la tarde.

Transcurrían mis días entre mi labor en el municipio y el estudio en la universidad, debía responder a los dos. Además, tenía un niño que educar y proveer, pagar cuentas que nunca me había tocado pagar; no sé cómo lo hacía, pero sí sé que llegaban las noches de llanto, angustia, recordando los ojos miel que me miraban, negándome a olvidarlos y olvidar su mirada amorosa y profunda. Pero esas noches se hicieron peores porque no parábamos de ir a sepelios y enterrar a los amigos.

Cuando un día desperté de mi letargo, me di cuenta de que habían pasado dos años, dos años de continua violencia, matanza y desapariciones, entierros y soledades, nos quedamos sin amigos, nos quedamos solas con nuestros hijos.

Habían pasado 730 noches de oscuridad de las que tengo solo recuerdos vagos.

Hoy estoy tratando de recuperar esas noches y encontrar en ellas sus momentos felices.

María Yomaira Agudelo Gómez



Entrega del informe final a la JEP – Caso 006 (UP)

**Intervención de María Yomaira Agudelo Gómez,
viuda de Alberto León Muñoz Lopera**

Buenas tardes.

Señoras y señores de la mesa directiva, familiares y amigos de las víctimas:

Este es un día de esperanza, un día en el que nuestro clamor está siendo escuchado. Esperamos conocer quién dio la orden, por qué la dio y, sobre todo, que la verdad salga a la luz y se borre para siempre el estigma que ha recaído sobre la memoria de nuestros seres queridos.

Lo hacemos por ellos y por nosotras: las viudas, los hermanos, las hermanas y nuestros hijos, quienes hemos vivido el flagelo del estigma y la persecución durante más de tres décadas.

Que el país entienda que nuestros muertos eran personas de carne y hueso, como usted, como yo, como cualquiera. Eran trabajadores, profesionales o personas dedicadas a sus oficios, que cada día salían, como cualquier ser humano, a laborar para educar y alimentar a sus hijos. Mientras tanto, las mujeres estudiábamos, nos dedicábamos a la difícil tarea de sostener un hogar o militábamos hombro a hombro junto a nuestros compañeros.

Pero un día, por la negligencia y el absurdo de un Estado, nos vimos solos: sin el compañero, sin la compañera, sin el padre, sin la madre, sin el hijo, sin la hija, sin el hermano, sin la hermana. Después llegaron los allanamientos a nuestras casas, como si allí estuviera escondido el asesino; las amenazas y los desplazamientos urbanos, porque una familia estigmatizada no podía vivir dignamente ni ser aceptada como vecina.

Los hijos mayores no solo tuvieron que abandonar sus estudios, sino también sus sueños, para comenzar demasiado pronto su vida laboral.

Muchos de esos hijos ya no están. La depresión y la angustia les ganaron la batalla y decidieron partir. Otros murieron de manera prematura.

Los hermanos se fueron al exilio, cargando con la culpa por la muerte de su hermano o de su hermana, porque también eran perseguidos.

Hoy tampoco están muchos padres y muchas madres. Murieron en la tristeza, esperando una respuesta que nunca llegó. Muchas mujeres también partieron sin obtener respuestas, sin encontrar alivio para su dolor.

Y qué decir de nuestros padres, obligados a soportar un doble dolor: el de la pérdida de su hijo o hija y el de contemplar una vida joven, llena de ilusiones y proyectos, truncada por la violencia.

Pero, después de más de tres décadas, aquí seguimos. Mujeres y hombres que sostenemos la bandera de la resistencia, buscando la verdad, la dignificación de nuestros familiares ultrajados y asesinados, esperando un perdón público por parte de los dirigentes del Estado; esperando que se conozca la historia de horror que vivimos en este país, que los culpables respondan por sus actos y que estos hechos no se repitan jamás.

Con esta memoria se repararía, al menos en parte, una democracia maltratada y engañada. También abriríamos camino para las nuevas generaciones, que hoy levantan su voz, para que puedan seguir haciéndolo con sus ideas y sus acciones, sin ser condenadas por ello. Necesitamos una inclusión verdadera, porque la inclusión no solo abarca las razas, las etnias o las orientaciones sexuales; también debe reconocer el derecho a la diferencia de pensamiento y el respeto por quienes piensan distinto.

Necesitamos un país donde la opinión contribuya a construir y no sea motivo de persecución; un país donde no tengamos miedo de hablar, donde se respete la libre expresión y, por encima de todo, se respete la vida. Ese respeto es el fundamento de una verdadera democracia.

Estas palabras me salen del alma, pero no son solo mías. Hoy tuve la responsabilidad de expresar el sentimiento, el dolor y la esperanza de cada uno de los familiares de las víctimas; de contar lo que ha sido nuestra vida durante más de treinta años. Sin embargo, el tiempo y las palabras siempre serán insuficientes para narrar todo lo vivido y para explicar cómo hemos logrado mantenernos en pie, luchando para que algún día la verdad y la justicia nos den la razón y podamos decir que nuestros muertos, por fin, descansan en paz, y que su ejemplo, sus palabras y su entrega por un país mejor sean reconocidos y permanezcan como un legado para las nuevas generaciones.

Y, mientras ese día llega, seguiremos esperando. Una espera larga, casi eterna, pero sin rendirnos.

Una carta para mi querida Yommy

Te veo y me pregunto a qué horas hiciste tantas cosas, a que horas pasaron tantas. Te recuerdo a los veintes, aún con la ilusión de ser una bailarina, lo hacías y todavía hoy por hobby y por no olvidar tu sueño, pero otra cosa tenía la vida para ti. Muy temprano pasaste de la adolescencia a una vida adulta, con tu timidez e inocencia, tenías ya la responsabilidad de un trabajo y una carrera que la vida eligió por ti, fría y calculadora y que tu trataste de humanizar con el servicio, transmitiendo tu conocimiento a otros sin egoísmo.

Luego en esos veintes conociste a quien fuera tu amor ideal y a quien fuera tu amor verdadero y eterno. El primero representaba casi todo lo que buscabas en un hombre, casi porque el ideal no existe, pero era lo principal, inteligente, sensible con el dolor del otro, amoroso, un excelente padre al extremo de alcahueta.

Cumpliste sobre todo tu promesa de tener un hijo con un hombre inteligente, humano, disciplinado, físicamente atlético. Lo que vino por añadidura era su trabajo político al que tú tampoco fuiste ajena porque también soñabas y sueñas aún con un país más equitativo, donde se puedan expresar las opiniones con tranquilidad, sin miedo a ser cayados.

Te veo de su brazo con El, en las fiestas de familia, de amigos, en los paseos a los pueblos, acompañándolo en su trabajo político en los barrios de la ciudad que no conocías y que solo en teoría sabías que existían con tantas carencias de servicios públicos, de trabajo, de transporte, hasta que Él te llevo a ver esa realidad y allí te enamoraste más de la política y lo que se podía hacer por la gente, el pueblo y el país. Fue así cuando te involucraste con el recién nacido partido Unión Patriótica y del cual tu hombre casi ideal fuera el secretario ejecutivo para Medellín y que te hacía sentir muy orgullosa, por su trabajo y compromiso.

Tu segundo y gran amor, el verdadero, el infinito, el eterno, tu hijo, un niño que nació con una talla más grande del promedio y siempre fue así, alto y hermoso, además de inteligente e inquieto por la política. Los dos con un sentido del humor que pocos entendían, con chistes negros y atrevidos.

En esos veintes pensabas que esa vida tan llena, también con sus dificultades, días de altos y bajos, pero vivida, era para muchos años, pero en esos veintes lloraste muchísimas noches con sus días porque perdiste absurdamente, inhumanamente tu primer amor, asesinado por los que no quieren un país pleno, en paz.

Y fue ya en los veinte de tu hijo, cuando también se fue, en unos días veinte de los años dos mil, dejando el vacío más profundo en tu ser, se llevó con él la mitad de tu corazón y de tu alma.

Hoy te quiero abrazar mi querida Yommy y decirte que no todo son recuerdos tristes, que tienes los más lindos y profundos recuerdos de una vida llena de amor, de lealtad, de sinceridad, de ilusión y también de compañía y de unos brazos extendidos que te cobijaron con su amor incondicional como lo hicieron tus padres y tus hermanos, que también sintieron el dolor como tú.

Quiero decirte que estás viva, que continúes tu camino al lado de los que te aman, que te hacen reír, que entienden y respetan tu pensar y tu llanto cuando llega con tus recuerdos.

Que tu luz no se ha apagado y la tienes que seguir irradiando a cuantos te necesitan a tu paso y que tampoco olvides tus logros y tus recompensas.

Siempre has sido y serás una mujer fuerte, luchadora, con la esperanza intacta y con todas las ganas de vivir pese a las dificultades.

Sigue adelante, continua tu camino con lo que más te gusta hacer, baila, escribe, ama, viaja.

Te abrazo con todo mi amor desde mi alma hasta tu alma.

Hay noches que duran años. Noches de miedo, de silencio, de ausencia. Noches en las que el dolor parece detener el tiempo y la memoria se convierte en la única forma de mantener cerca a quienes ya no están.

Aquí conviven la carta que una viuda escribe a la mujer que fue hace treinta años, el diario íntimo de quien sobrevivió al infierno noche tras noche, la declaración pública de una madre ante la Jurisdicción Especial para la Paz, y el poema que una hija dedica a quien acompaña tantas historias rotas. Se entrelazan voces que hablan del desplazamiento, del reclutamiento forzado de niños y jóvenes, de la diversidad sexual atravesada por la guerra, de la pérdida de hermanos y compañeros, y también del perdón, la reconciliación y la ternura que insiste en florecer.

Como en Las mil y una noches, cada relato aplaza la muerte con la fuerza de contarse: aquí no es Sherezada quien narra para salvar su vida, sino un colectivo de sobrevivientes que narra para que la memoria del país no se apague. Un libro coral que documenta el horror sin quedarse en él: que insiste, historia tras historia, en que después del dolor también puede florecer la esperanza.

Porque después de tantas noches de guerra, también hay que aprender a contar las noches de paz.

Y quizá, cuando llegue la última, descubramos que siempre queda una más.

Museo Casa de la Memoria

Entrada libre. Calle 51 #36-66,
parque Bicentenario, Medellín, Colombia.

Horarios: martes a viernes: de 9:00 a. m. a 6:00 p. m.

Sábados, domingos y festivos: de 10:00 a. m. a 4:00 p. m.

www.museocasadelamemoria.gov.co



MUSEO
Casa de la Memoria

